DEL CONCIERTO AL DESCONCIERTO

HYDRA ROSIS



Del concierto al desconcierto

HYDRA ROSIS

Copyright © 2023 Hydra Rosis
Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

DEDICATORIA

A todas esas personas que han amado en silencio pero encuentran en la música la terapia perfecta para cada uno de sus días.

AGRADECIMIENTOS

A quienes me ayudan y animan a diario para seguir escribiendo. Ana, gracias por tu paciencia leyendo y corrigiendo la novela.
A mi chica, por ser música cuando había silencio.

Prólogo

El tema del universo siempre me ha fascinado mucho. Al mismo tiempo, me ha generado bastante miedo y me ha provocado una gran inquietud, haciendo que me niegue a creer que seamos los únicos seres que habitan esta galaxia. Demasiadas preguntas con muy pocas respuestas.

La música y los festivales es otra de mis grandes pasiones. De ahí que surgiese la idea de dos asteroides perdidos en el medio del cosmos, que por una razón inexplicable, se encuentran. Y son dos, como podrían ser un millón, porque si de algo estoy segura es de que el mismo sentimiento puede cambiar de forma radical en personas distintas. Lo mismo que una canción, siendo la misma música y letra, puede significar cosas muy distintas para quienes la escuchen.

PRIMERA PARTE

Las Tres Nornas

Las Tres Nornas es un grupo indie formado en 1999 cuando Raquel (vocalista y guitarra) y Julia (bajo) se conocen en la biblioteca de la facultad mientras ambas estudiaban filología alemana. Julia era un año mayor, pero le quedaba alguna asignatura y Raquel le ayudaba con los apuntes. Además, tenían la suerte de compartir residencia de estudiantes, lo que les facilitaba mucho las cosas. A Sandra la conocieron un año después en un bar, rodeadas de cervezas y con unas inmensas ganas de comerse el mundo. Esta última se encargaría de la batería.

Raquel era una soñadora, siempre iba con una libreta en el bolso, escribiendo frases, muchas veces sin sentido. Sin embargo, con el paso del tiempo, se unían milagrosamente formando estrofas increíbles. Creía que podía cambiar el mundo, al menos era lo que decían todas las chapas que tenía en su vieja chaqueta totalmente tuneada. Cuando Julia le contó que tocaba el bajo y que había dado clases de guitarra durante muchos años, Raquel lo vio claro. Le aseguró que tenía un puñado de canciones, con unas letras interesantes. Solo necesitaban una buena batería para que su grupo se formase. A Julia le hacía gracia los planes disparatados de su amiga. Nunca la tomaba en serio. Eran tales los pájaros que anidaban su cabeza que el simple hecho de pensar en formar un grupo, hacía que una sonrisa se esbozase en su rostro. Sin embargo, hay locuras que tan solo necesitan de unos pocos minutos para surgir.

Una tarde previa a los exámenes finales, Raquel llegó ilusionadísima a la habitación de Julia, diciendo que había comprado entradas para un concierto. Julia no tenía muchas ganas de ir.

—Joder tía, que el lunes es el examen de literatura y no hemos empezado —se quejó Julia.

—Nos hemos leído todos los libros, no hemos pirado ni una clase, ¿qué más quieres?

—Aprenderme los apuntes —rio su amiga.

—Venga, nos encerramos en la biblio un par de horas. A las sieta subimos a cambiarnos. Una cervecita, dos quizás. En cuanto acabe el concierto nos venimos para casa y mañana a las nueve estamos de nuevo en la biblio.

—Sabes que no lo cumpliremos.

—Que síííííí.

Bendita la hora en la que Julia accedió a ir con su amiga, aunque en realidad ninguna de las dos cumplió su promesa de retomar sus apuntes. Aquella misma noche conocerían a Sandra, y desde ese momento, nada volvió a ser lo mismo en sus vidas.

Mientras Raquel iba a por un par de cervezas, volvió a sacar su idea de formar un grupo. Cada vez estaba más pesada.

—Solo necesito una buena batería, pero que sea chica. Quiero un grupo solo de mujeres, estoy harta de que los hombres proliferen la industria musical.

Una chica empezó a reír, dando un codazo a su guapísima acompañante, quien estaba a su lado sin enterarse de la conversación que su amiga había escuchado.

—Sandra, te buscan —soltó lo suficientemente alto como para que su amiga le escuchase, al igual que Julia y Raquel.

—¿Cómo? —preguntó Sandra sin enterarse de nada.

—Estas dos chicas buscan una batería.

—¿En serio?

Julia dudó, pero para cuando pudo darse cuenta Raquel ya estaba en la barra hablando con ella y pidiendo otra birra más. Raquel las engatusó poco a poco. Después de la tercera cerveza

estaba en su salsa. Les aseguró que tenía unas letras muy buenas. Sin lugar a dudas, solo ella sabía cómo venderse.

Dicho y hecho. Acordaron una tarde, una prueba de sonido donde, tras repasar unos clásicos indies, tantearon sus habilidades y vieron cómo quedaban por primera vez juntas.

—Cojonudo, acabáis de conoceros y ya sonáis de lujo. ¡Qué flipe! —La colega del concierto había acompañado a Sandra.

Comenzaron a darle forma a las letras de Raquel, algunas disparatadas, otras en cambio, profundas y dolorosas. Una tarde a la semana ensayaban en el garaje de una amiga. Era el mejor día de la semana.

—Yo solo os digo que si os hacéis famosas, quiero entradas gratis el resto de mi vida.

—Eso está hecho, nunca te faltará la primera fila —aseguró Raquel entre risas.

Su música funcionaba. Las tres hicieron una maravillosa piña, a lo que se unía que poco a poco se fueron haciendo grandes amigas. Sandra encajó perfectamente, y en unos pocos meses, eran inseparables. De ensayar un único día a la semana a alquilar una pequeña sala por horas cerca de la residencia, donde cada vez pasaban más horas. Su ilusión incrementaba día tras día, a pesar de saber lo difícil que era el mundo de la música, y más, siendo mujeres, sus canciones cada vez sonaban mejor.

—Hay un concurso la semana que viene. Solo es un tema. —Raquel les pasó el folleto que había cogido.

—¿Os atrevéis? —preguntó Julia con miedo.

—¿Por qué no? *Muñeca de pelo rosa* nos sale bastante bien —aseguró Raquel convencida.

—Vale, vamos a ver —dijo sacando un boli de su bolso—, Lo primero que pide es el nombre del grupo, ni siquiera lo hemos pensado.

—Las Tres Nornas —dijo Raquel sin dudar. Muchas veces se imaginaba nombres para el grupo y aquel llevaba un tiempo dándole vueltas en su cabeza.

—¿Qué? —preguntó sorprendida Sandra. No sabía de qué iba el tema.

—¡Me flipa! Explícaselo a Sandra —contestó Julia.

—Según la mitología germana, son tres hilanderas que cosen los destinos de los seres humanos. Sandra, tú serás *Skuld*, lo que es necesario que ocurra, porque siempre estás pendiente de todo lo que va a pasar. Julia será *Urd*, lo que ha ocurrido, el destino, porque siempre nos recuerda los errores para no volverlos a cometer. Yo seré *Verdandi*, lo que ocurre ahora, porque no tengo cabeza para más. —Las tres rieron ante la explicación de Raquel.

—Joder, me encanta. Las Tres Nornas, qué bien suena.

Aquel día se presentaron con mucha ilusión, cantando su canción con los nervios propios de hacer algo por primera vez, pero sabiendo que ahí había germinado algo. Fueron muchos los errores, pero aún más los aprendizajes. A pesar de no ganar, aquella primera canción les hizo empezar a conseguir pequeños conciertos. Primero, solo asistían sus compañeros de la uni, pero poco a poco, y con la ayuda del boca a boca, los bares empezaron a quedarse demasiado pequeños. Sus letras gustaban a la gente, muchos decían que eran poesía pura con una música muy pegadiza. La voz de Raquel era única mientras que Sandra y Julia tocaban como los ángeles.

Un amigo de un amigo les propuso un concierto en su sala. Cobraban mucho más de lo que habían ganado hasta el momento, y dado el tamaño del lugar, podrían tener hasta el triple de personas. Aquella noche reventaron la sala. Todo el mundo comenzó a hablar de ellas y el nombre del grupo sonaba por todas partes en la ciudad. La gente comenzaba a pedirles sus temas grabados y la oferta de las distintas salas, se dispararon.

Originales, frescas y con una idea que enamoraba. Un importante productor de la zona fue a verlas y supo que ahí haría negocio. Habló con ellas y les propuso grabar una maqueta. Ninguna de las tres lo dudó. En pocos meses las reproducciones de su álbum se habían triplicado. Comenzaron a ser teloneras de grupos importantes y con el paso de los meses fueron llamadas como cabeza de cartel en pequeños festivales.

Y así, echándose varios discos a las espaldas, empezaron a ser conocidas, y preferidas, dentro del mundo indie/pop. Imprescindibles en los grandes festivales, llenando grandes carpas, plazas de toros y estadios de fútbol.

***

Las Tres Nornas lucharon duramente por recibir el lugar que les correspondía en la industria de la música. Con su primer disco, *Enraizadas*, empezaron a ser conocidas. Este se colocó en las listas revelación en 1999. Año en el que Raquel cumplió los 20, Julia 21 y Sandra 19. Unos años después consiguieron abrirse un hueco con su segundo álbum, el que hizo que su nombre pasase del anonimato a ser reconocidas. El tercero las consolidó como grupo. Este contaba con continuos guiños a la referencia de su nombre y una gran introducción a la mitología germana.

Este tercer disco había sido un éxito, con una gira por todo el panorama español. Todos sus fans llevaban camisetas de Yggdrasil, el árbol de la vida o el fresno del universo de la mitología germana. Raquel y Julia, grandes apasionadas de ella, fueron introduciendo a Sandra poco a poco en su universo. Las raíces y ramas de este árbol mantienen unidos los diferentes mundos, y de su raíz emana una fuente, llenando el pozo del conocimiento. Las Nornas viven bajo las raíces de este árbol del mundo, en el centro del cosmos. Ahí se tejen los tapices de los destinos. La vida de cada persona es un hilo en su telar, y la longevidad de cada una de estas personas es la longitud de su cuerda.

Estas hilanderas del destino, que con su música habían conquistado el corazón de cientos de personas en sus años como grupo, tenían un séquito de fans. La gente coreaba sus letras en cada concierto con devoción. Podían dejar el micrófono entornado a ellos que cantarían cada una de las canciones, sin dudar en una sola frase. En alguna entrevista, entre bromas y preguntas curiosas habían llegado a decir que su música había formado parejas, matrimonios… En esos momentos, se sentían como las verdaderas tres Nornas, hilando el destino de estas personas que habían unido sus vidas gracias a su música.

Sin embargo, fue su cuarto disco el que les hizo estar en todo lo alto durante muchas semanas, agotando entradas y siendo el centro de atención para todos aquellos que amaban la música. No había sido fácil sentarse a crear un nuevo disco después del éxito del anterior, y de una gira en la que habían dormido más noches fuera de su casa que en sus respectivos hogares. Sin embargo, lo habían conseguido.

Raquel era quien más letras aportaba al comienzo, pero con el paso de los discos, Julia y Sandra se unieron a su capacidad creativa. Sandra estaba obsesionada con los planetas, asteroides y todo lo que tuviese que ver con el espacio. Su libro favorito era *El Principito*, y quería que el próximo disco de las Nornas estuviese enfocado hacia ese tema. De primeras, Raquel y Sandra se sintieron reacias. Su tercer disco había empezado a hacerlas despuntar, necesitaban algo muy potente y esa temática les parecía demasiado trillada en el arte.

Sandra insistía, haciendo dibujos raros en las servilletas del bar.

—¿No os parece alucinante lo pequeños que somos? Tres locas que hacen canciones y un montón de personas que las recitan mientras nosotras, a veces, ni creemos lo que hemos escrito.

—Bueno, a veces es cansado cantar siempre lo mismo —espetó Sandra dando un trago a su

cerveza.

—Lo sé, lo sé, creo que si vamos por este camino podemos hacer un disco interesante. El espacio, ese gran desconocido…

—¿Qué es eso? —preguntó Julia al ver el dibujo que estaba haciendo Sandra.

—Un cinturón de asteroides. Les ponen nombres de diosas de la mitología.

—¿En serio? —Julia mordió el anzuelo.

—Sí, griegas, romanas, pero también germanas.

—Tengo una idea —Raquel acababa de conectar con lo que Sandra intentaba decir pero no lograba verbalizar. Sus horas y horas en la carretera habían conseguido que pudiesen llegar a entenderse sin dar muchos detalles.

—Dos asteroides muy alejados, dos personas tan distintas que se enamoran. Pero podemos hacer que haya muchos más. Tenemos un par de canciones buenas, sería cambiar un par de palabras y darle sentido.

—¿Veis? Os dije que era buena idea —Sandra se sintió orgullosa.

Y así fue como surgió su disco más vendido, superando con creces las ventas de sus otros tres discos juntos. *Cinturón de asteroides* se puso en el primer puesto con su primer single *Perdida en el cosmos*. Canción que se convirtió en un himno para todas aquellas personas que atravesaban una ruptura.

"Como un cuerpo celeste en medio de la nada, como un beso sin palabras. Tu adiós hizo eco en el vacío, pero no lo pude escuchar porque ya estaba perdida, sin punto de gravedad para volver a ti"

Las primeras entradas volaron, teniendo que hacer varios pases en una misma ciudad. Todo el mundo quería verlas en directo, cantar sus letras, quedarse afónicos. Muchos llevaban sus pulseras en las muñecas como si fuesen un tesoro. Nombres de asteroides, que juntos en aquellos conciertos, trataban de formar un universo.

Era sencillo, cuando alguien compraba un disco debía meter un código que aparecía en este en su página web. Se comprobaba su validez y te redirigía a un test con preguntas sobre tu forma de ver la vida, muchas relacionadas con las canciones de dicho álbum. Al final del test, la persona sabía a qué asteroide se parecía. Había asteroides con el nombre de dioses y diosas germanas, aunque también había griegas o romanas. A las semanas, te llegaba una pulsera con el nombre de ese asteroide a tu casa. A la gente aquella idea le fascinó, llegando a seguir comprando años más tarde las pulseras de su dios o diosa preferido en su tienda de merchandising. Camisetas, sudaderas, bolis, llaveros… La venta de discos fue increíble, pero la del merchandising no se quedó atrás.

Asteroide Frigga

Dicen que hay muchos más universos de los que podemos llegar a imaginar. Aterra pensar que esto es cierto y que quizás mañana cuando despierte mi viaje sideral sea tan brutal que no me pueda tomar ni un café.

Yo, que soy una chica normal, de esas del montón. Tan igual a otras muchas que pasaría totalmente desapercibida en cualquiera de esos universos paralelos. A veces temo no poder llegar a encontrar a alguien a quien le guste. Que todo el mundo pase por mi lado y me mire, pero que

no sean capaces de verme.

Otras veces dudo de si existo de verdad. Si todo es un sueño, una proyección de alguien que maneja mi vida como si de una marioneta se tratase. Me parece macabro pensar que lleve un tiempo haciéndome sentir cosas tan dolorosas. Deseo que corte los hilos y me deje caer.

Y si mi universo es infinito, ¿quién vendrá a rescatarme? ¿Seré capaz de alcanzar una estrella que me lleve a algún lugar lejos de aquí?

Asteroide Gerda

Perdida en el cosmos, a la espera de que un cometa pase por mi lado y me dé un poco de luz, o quizás un cohete del que una guapa astronauta se baje para salvarme de esta oscuridad tan salvaje.

Me paso el día fingiendo que todo me da igual, que no me importa lo que ha pasado o que si las estrellas dejan de brillar habrá otra cosa que las sustituya. Creo que he dejado de sentir momentáneamente, para no sufrir, para hacerme creer que no hago sufrir.

Qué más da el universo en el que esté si estos sentimientos no se disipan ni un segundo. Trato de ir de una persona a otra para no darle demasiadas vueltas, pero siempre acabo cayendo en la trampa de que la culpa de todo la tengo yo. Necesito vivir, respirar fuera de mi cápsula del tiempo. Ser yo sin serlo y quitarme este peso que hace sentirme una mierda en cualquier parte del universo.

Frigga o Elba

Mi nombre es Elba. Mis 31 años se empiezan a notar con demasiada urgencia en los surcos de mi cara. Me mato a correr para poder comerme una napolitana de chocolate los fines de semana y mi autoestima es tan diminuta como mi paciencia cuando quiero que el ascensor llegue al portal.

Acabo de salir de una relación de cuatro años, tan tóxica como un escape nuclear. Traté de sobrevivir a una ida y venida de incesantes mentiras, reproches y culpas. Quizás todas mis arrugas hayan salido en los últimos meses, desde que descubrí que la persona que más quería me era infiel con otra. Me sentía especial en un mundo de mierda, mierda que se desbordó para caerme en la cara de lleno.

Y ahora, me encuentro frotando, con tanta fuerza como miedo. Tratando de quitar este olor espantoso de mis entrañas. Sabiendo que me costará volver a confiar en alguien, temiendo que mi soltería sea eterna y que mis ojos azules no puedan volver a mirar con cariño a otra mujer.

Y mientras mis amigas me animan a salir a follarme todo lo follable, yo me encuentro leyendo una novela infinita y llorando por una gilipollas que ya ni se acuerda de mí. Tan insignificante me hace sentir ese pensamiento que me veo incapaz de pasar la página en la que estaba de lo húmeda que la he dejado. Cojo mi móvil y me pongo en bucle una canción de *Las Tres Nornas*. Por un momento creo que la letra está basada en mi propia historia. La canto, la recito, lloro con ella.

Gerda o Bruna

Me llamo Bruna, acabo de hacer 34 años y mi vida se resume en una crisis existencial, de esas que te aprietan en la boca del estómago y te hacen cambiar la forma de tu cuerpo. Concretamente diez kilos menos en los últimos meses.

No me he sometido a ninguna dieta milagro, ni he pasado hambre, ni siquiera me he matado

a hacer deporte. Simplemente he dejado de amar a la persona que caminaba a mi lado incansablemente. Quince años de relación que se ha visto resumida a una oración: “No puedo seguir contigo. Las dos sabemos que esto no funciona.” No hubo lágrimas, de primeras. Sé que las hubo después, pero en ese momento me alejé con prisa de su lado. Me podía el dolor en el pecho.

Dejar una vida atrás de planes y sueños. Hasta ese momento no me había imaginado a otra persona a mi lado. El asiento de acompañante en mi coche era para ella, los vuelos compartidos, las noches de cama infinitas. Ella, mi vida entera. Quizás ese día dejé de creer un poco en todo para descubrir que me había hecho adulta de golpe. Una falsa adulta porque desde ese momento no dejé de comportarme como una niñata.

Nuestros caminos se separarían, pero mis recuerdos permanecerían ahí para recordarme que un día fui feliz al lado de alguien.

¿Y ahora? Mi diminuto piso a las afueras de Pontevedra se me hace gigante. Mi fiel compañera y yo vagamos de lado a lado, en busca de un aliento acobardado.

Mi trabajo absorbe la mayor parte de mis días. Quince años. De un plumazo. ¿Estoy llorando mientras pienso en todo? Quizás un poco. Lo negaré. Me puede mi coraza de tía dura. Solo *Las Tres Nornas* pueden apaciguarme con su música. Llevo media hora escuchando la misma canción sobre el colchón de mi cama, a oscuras, sin ninguna otra compañía que mi soledad. Mi egocentrismo me invita a creer que escribieron esa canción pensando en mí, en lo que me estaba pasando en ese momento.

Choque de Frigga

Descubrí que Paloma me era infiel porque se dejó una de sus redes sociales abiertas. Nunca había desconfiado de ella. Jamás. Sabía que era una chica muy guapa, que sus fotos gustaban y que muchas chicas le escribían, pero nuestras entradas juntas hacían entender que estábamos bien juntas. Al menos yo lo veía así.

Es verdad que siempre tienes un pequeño miedo cuando amas a alguien con tanta fuerza, el temor a perderlo está ahí patente, pero nada que no se pudiese apagar con un par de besos apasionados o unas sinceras palabras cuando el miedo irracional acecha. Sinceramente, creía que éramos felices. Estábamos pensando en comprarnos un piso, la boda, la luna de miel… Paloma opositaría en unos meses mientras que yo ya tenía mi plaza fija, permitiéndonos vivir desahogadamente.

Aquella tarde se había dejado el móvil encima de la mesa. No sé por qué lo desbloqueé, ni siquiera tenía clave, pero llevaba un tiempo haciendo cosas raras con él. Desde que empezamos a salir era muy extraño que lo llevase consigo y apenas lo miraba. Sin embargo, en las últimas semanas no se separaba de él. Era la primera vez que lo veía sin su custodia.

Tenía un mensaje de una tal Margarita. Me había hablado de esa chica un par de veces, como de otras muchas con las que hablaba. Yo también hablaba con otras, cordialmente, sin ninguna otra intención. De hecho, creo que era tan pesada con el amor que le procesaba a mi novia, que ninguna se hubiese atrevido a intentar nada conmigo.

Margarita le mandaba una foto. No me pude resistir y entré en el chat, aunque ella se fuese a enterar. La foto, para nada era florida, ni siquiera primaveral. Estaba claro que la señorita Margarita tenía dos buenos motivos para mi chica. Temblando fui subiendo la conversación, viendo como aquello era de todo, menos una conversación entre dos amigas. Mi novia, tan correcta siempre y crítica con las infidelidades de sus amistades.

Pensé en ir a buscarla y tirarle el móvil a la cara, en gritarle de todo, pero en cambio, me vine

abajo y empecé a llorar como si no hubiese un mañana. Cuando llegó y me vio con su teléfono en las manos y empapada en lágrimas, no hubo mucho más que decir.

Me culpó por violar su privacidad, como si eso fuese lo más importante en aquel momento, por ser una novia nefasta y por una retahíla de cosas que ahora soy incapaz de relatar. Está claro que yo no lo había hecho bien, pero ya no había marcha atrás.

A pesar de ser la gilipollas, la cornuda y la engañada, le pedí que se quedase, que hablásemos las cosas y que intentásemos arreglar eso. Como si se pudiese solucionar tapar el agujero de un transatlántico con un chicle.

Dos días tardó en recoger todo de nuestro piso en común. En largase de mi vida como un huracán que arrasa una ciudad. Me bloqueó de todos los sitios posibles y desapareció de mi vida como entró. Cuatro años de relación borrados por una Margarita que deshojó cada uno de nuestros pilares. Aunque en realidad, no fue Margarita quien se lo cargó todo, sino una Paloma que voló con las alas bien abiertas.

Me costó una depresión, un dolor en el pecho incesante y miles de lágrimas que acabaron empañando el color de mis ojos. Sin embargo, ahora agradezco que esa persona saliese de mi vida tan raudamente como lo hizo. Su marcha acabó siendo como el alivio del pecho cuando después de correr sin destino, dejas que tus pies tomen un descanso. Descubrí quien era yo de verdad, y que ella no me hacía ningún bien.

Choque de Gerda

Odio cuando se está terminando la tinta de la impresora. Los rastros sobre el papel cada vez son más tenues, sabes que dentro de poco tendrás que abrir ese cacharro del diablo, buscar el nuevo y cambiarlo por él.

Mi amor por Carmen se fue desdibujando como la tinta en el papel. No es que quisiese cambiarla por otra persona, pero sí tuve claro que mi vida con ella estaba llegando a su fin. Ese camino que por momentos llegó a parecer que fuese a terminar sobre un granito de mármol, quedó demasiado lejos. Ni siquiera llegamos a hundir nuestros dedos sobre los surcos de las arrugas más incipientes.

Nos sentamos una frente a la otra. Comencé el discurso aquel, como si hiciese falta hablar mucho más con la cantidad de silencios que brotaban. Ella asentía. Parecía sencillo comprender que donde antes había fuego, ahora solo quedaba un escenario de cenizas, pero no de esas que pueden volver a arder, no. Cenizas muertas, de esas que se lleva el aire lejos.

Al principio parecía fácil. Queríamos ser amigas, debíamos serlo en cierto modo después de todo lo que habíamos compartido. De hecho, nuestro grupo de amigos era común. Quince años son muchos años.

Las primeras semanas todo fue raro, muy raro. Todo el mundo pensó que sería algo pasajero, que no sabríamos vivir la una sin la otra, que los quince años en los que nuestros labios no habían conocido otros, servirían para juntarnos de nuevo. Yo también deseaba volver a pensar eso. Sin embargo, tardé un mes en tener un lío con otra chica. Solo sexo. Reconozco que de ahí no avanzaba, ni planteaba algo más. Era un despojo emocional. Mi mente no podía pasar de leer más allá de las líneas que dejaban las sábanas revueltas después de una noche de placer. Estaba tratando de mirar el paisaje a través de una ventana empañada.

No quiero sonar fría, era lo que necesitaba. Sentirme deseada, gustar a otras personas, subir el ego que desde hacía años dudaba tener. Comencé con una chica, a quien di largas en el momento en el que su implicación emocional quería abrazar a la mía, totalmente inexistente. Todo cordial. Había comenzado como un pacto sexual, ninguna debía enfadarse. Y así fue. Irse

sin hacer ruido, sin lágrimas.

Se lo conté en confianza, y con bastante secretismo, a dos amigas, pero a una de ellas se le escapó un pequeño detalle en una noche de fiesta. Carmen ató cabos y se enfadó. No porque yo hubiese hecho algo que no debía, sino porque era algo que no se esperaba de mí. Supongo que de pronto dejó de conocer a la persona con la que había pasado tantos años de su vida. Me sentí desolada, pero esa parte de mí era la que había dejado atrás por una relación en la que mis sentimientos se hundían. Es curioso, hablo de sentimientos cuando de verlos naufragar, pasaron a ser ahogados por mí misma cada vez que podía llegar a sentir algo nuevo por alguien.

Carmen me pidió dejar de vernos y empezamos a repartirnos fiestas, cumpleaños y actos. Me borró de todas nuestras redes y trató de ser lo menos activa posible en los grupos en los que estábamos juntas. Yo me moría de pena, pero tenía claro que esa pena era lo que me había mantenido al lado de la infelicidad demasiados años. Merecía vivir de nuevo, aunque no tenía muy claro de qué forma. Y en el fondo, echaba mucho de menos a Carmen, a ese pack perfecto que habíamos formado durante tantos años. Sin embargo, sabía que en el fondo a quien echaba más de menos era a una Bruna sin Carmen. A la esencia de alguien que estaba sola.

CANCIÓN 1. De principio…

Las Tres Nornas habían triunfado con su cuarto disco, *Cinturón de Asteroides*, siendo el más exitoso hasta el momento. Sin embargo, y tras una gira por casi cada rincón de España, el cansancio les pasó factura y se vieron obligadas a hacer un parón en sus exitosas carreras. Nunca hablaron de disolución, solo de tomarse un descanso. Llevaban muchos años aplazando planes, casándose con prisa, teniendo familia porque parecía que tocaba, comprándose casas alejadas de todo, pero disfrutando muy poco de todo lo anterior.

Raquel y Sandra alegaron la necesidad de pasar más tiempo con sus familias, sus hijos las necesitaban, y ellas querían estar un tiempo quietas para poner en orden sus vidas. Las idas y venidas, pasando media vida en hoteles con la maleta a cuestas, acababa desdibujando a cualquier persona. Julia jamás había contemplado la posibilidad de ser madre, no le gustaban los niños, y para ella uno requería mucha atención. Sin embargo, agradeció poder estar un par de años tranquila, en una bonita casita que había restaurado en Mallorca, junto a su mujer. Serena y tranquila, se dedicó a otro de sus hobbies, pintar cuadros mirando al mar que se podía observar desde su pequeña, pero coqueta terraza.

Esta parada en sus agitadas carreras no significó que su amistad se viese dañada, al contrario, seguían viéndose con asiduidad. Poco a poco volvieron a componer, y a cantar en las largas sobremesas de las fiestas que hacían. Pronto se dieron cuenta de lo mucho que echaban de menos ir de concierto en concierto escuchando el grito incontrolable de un público entregado.

Fue la pandemia la que les hizo replantearse que su vida estaba en los escenarios. Esos lazos tan especiales que les unían, pero también a las personas que, a pesar de no estar en activo, no se olvidaban de su música. Se fueron motivando, hablando con la discográfica y presentando un buen número de nuevos temas, aderezados con una madurez que las experiencias de vida les habían otorgado. Quizás este último disco les salvó de no volverse locas en el encierro.

Su agente estaba entusiasmado, el material era muy bueno, debían hacer una selección y grabar un disco cuanto antes. No podían dejar que esas canciones se perdiesen en un cajón. El trato era sencillo, nuevo disco, pero menos conciertos. Quizás si empezaban suave, podrían volver a coger ritmo.

Dicho y hecho. Cuando las restricciones les permitieron juntarse, y tras pasar los controles necesarios, comenzaron un nuevo encierro, el del estudio de grabación. Una llamada de la discográfica les ofrecía empezar a dar conciertos para probar la efectividad de las medidas sanitarias. Aceptaron, llevando de nuevo su música a todas las personas que durante sus ocho años de parón habían seguido estando ahí, a su lado. Se habían sentido incluso más queridas que cuando estaban subidas a los escenarios.

Una pequeña gira donde las personas permanecían con mascarilla y sentadas. Unos cuantos temas de discos pasados y sus doce nuevas canciones que daban el nombre de *De principio a fin* a su nuevo disco Una historia de amor desarrollada cronológicamente a través de aquellos temas. No tardaron en llegar las primeras entrevistas durante la promoción, donde la pregunta más repetida era el porqué de ese título. Raquel respondía con decisión:

—Todo tiene un principio, pero también un fin. Asociamos el fin como algo negativo, sobre todo en el amor, pero a veces es sanador. Tendréis que descubrir vosotros mismos al escuchar este disco si la historia termina bien, al menos tan bien como cada uno de nosotros desea.

Aproximadamente dos minutos y medio por canción. Suficiente para captar la atención del oyente, para engancharlo hasta mecerlo con sus notas, en la fantasía de saber si esas dos personas de las que hablan acabarán juntas, o terminarán naufragando. Canciones repletas de amor, de ese

amor que a veces también se disfraza de decepción, fracaso, rechazo, alegría, esperanza o pasión. Capaz de conseguir que las personas acaben moldeando sus plieguen al inundar cada centímetro de su piel para no volver a ser las mismas.

Y así es como un 14 de febrero de 2021, *De principio a fin* dejó estas doce canciones:

1. De principio…
2. Vaho en los cristales.
3. Heridas de huida.
4. La sombra de la duda.
5. Euforia.
6. Tu último beso
7. Mi vida sin vida
8. Tu cuerpo contra el mío
9. Reparando recuerdos
10. Reflejos en el espejo
11. Hacernos polvo
12. …a fin

Elba. Fila 5, asiento 3

Cuando Paloma desapareció de mi vida, mis amigas y mis compañeras del trabajo, junto con mi familia, se volcaron en no dejarme sola ni un instante. Las lágrimas fueron pasando a pequeñas sonrisas, y estas a carcajadas. De pronto iba recuperando a esa persona que pensaba que jamás iba a volver a ver frente al espejo.

Mis mugrientos chándales pasaron a vaqueros y coloridas camisas. Mi eterna coleta recuperó su forma, y como una presa que deja salir toda el agua que alberga en su interior, volvió a ondear mi melena, tan rubia como el trigo.

Recuperé mis tacones. El ruido de estos rebotando contra los pasillos trajo el recuerdo de aquella persona que renace después de sobrevivir a un pequeño infierno. No quiero ser dramática, pero cada uno tiene que luchar con sus dolores de pecho. El mío fue una persona que me sacó de golpe la cordura que siempre me había caracterizado.

Poco a poco sentí las ganas de salir, de hacer planes y de respirar sabiendo que la partida de Paloma había sido un regalo y no un castigo.

A finales de marzo, navegando por una red social descubrí que mi grupo favorito venía a la ciudad. Llamé a todas mis amigas, pero ninguna podía ir. De primeras descarté hacerlo y desistí en la búsqueda de compañía. Sin embargo, el día que se pusieron a la venta, me negué rotundamente a dejar de hacer algo por tener que hacerlo sola. Me lancé al ordenador y compré una entrada. Fila 5, asiento 3. Una de las mejores zonas, desde donde podría cantar a grito pelado cada una de las canciones que me sabía perfectamente.

Quedaban dos meses para el concierto.

Bruna. Fila 5 asiendo 4

Siempre he sido muy independiente. A pesar de tener una hermana mayor, he tratado de hacer mis planes. Carmen y yo compartíamos muchas aficiones, pero aun así tratábamos de tener nuestros espacios y eso nos enriquecía a la hora de llegar a casa y contarnos cosas. Deportes, amigos, trabajos…

Mi hermana Marta me llamó una tarde de abril. Lo hacía casi todos los días, yo era un poco más despegada que ella, aunque la quería con locura.

Marta se había casado con un asturiano, marchándose a vivir a Gijón, donde tuvo a mi sobrino Carlos, mi debilidad. No es que venga mucho a vernos a Pontevedra, pero hablamos habitualmente. Mi madre, tras la muerte de mi padre decidió irse a vivir con ellos para poder echar una mano, aunque cada vez tenía más descuidos y Marta no se atrevía a darle un exceso de trabajo con el cuidado de mi sobrino. Había recurrido a la hija de una compañera que estaba estudiando y le liberaba unas horas para ella poder descansar. Porque por muy bonita que pinten la maternidad, esta es agotadora.

Carmen y yo solíamos escaparnos algún que otro fin de semana. Ambas amamos esa tierra. Un cachopo con sidra era suficiente para recordarnos que era una comunidad tan increíble como Galicia.

—Hola hermanita —soltó Marta nada más oírme responder.

—Hola Martis, ¿qué tal todo?

—Bien, agotada del trabajo, pero bueno, ya queda poco para el fin de semana. Tengo que contarte una cosa.

—¿Qué ha pasado? —Pregunté intrigada.

—Las Tres Nornas vienen a Gijón en mayo.

—¿Qué dices? —Era mi grupo preferido desde que tenía uso de razón. Me sabía cada una de sus canciones—. ¿Quedarán entradas?

—Pues no tengo ni idea, pero tú ya tienes la tuya.

—¿En serio? —Me encantaban aquellas sorpresas.

—Sí, hoy mismo la he sacado —Escuché a mi hermana cacharreando como si buscase algo —. Sábado cuatro de mayo, fila 5 asiendo 4.

—¡Qué bien suena! Pero… ¿tú vienes conmigo?

—Lo siento, pero imposible. Me temo que tendrás que ir sola, muchas veces lo haces. ¿Te importa?

—No, claro que no. —No me agobiaba en absoluto ir sola, era música, la disfrutaría como una enana.

—Es evidente que te quedas en casa. Si quieres venir el viernes y aprovechas a estar con Carlos… Así mamá descansa un poco… —dijo con la voz más suave.

—Claro hermanita, aprovecha para reservar en algún sitio bonito y te llevas a tu marido de cena. Si al final me sale el concierto barato…—dije bromenado.

—Idiota. Te quiero.

—Yo también te quiero. Gracias por la entrada, Marta. Es un detallazo.

Me despedí de ella, abriendo mi aplicación de música y poniendo su último disco a todo volumen. *Tu último beso* sonó con tal fuerza que se me escapó una lágrima. A Carmen le hubiese encantado venir conmigo.

Frigga conoce a Elba, Gerda conoce a Bruna. El principio.

—Fila 5, asiento 3 —buscaba desesperadamente. Nunca se me dio bien ubicarme en las gradas de un concierto.

—¿Fila 5, asiento 3? —Escuché mientras chocaba contra una morena de ojos marrones. Me quedé mirándola como una mema, bajando la vista hasta el septum de su nariz.

—Lo siento —acerté a decir. No encuentro mi asiento.

—Tranquila, ha sido mi culpa.

—Creo que nos sentamos al lado. A ver —dije tímidamente mirando su papel—. Sí, justo al lado. Yo soy el asiento 3 y tú el 4 —sentencié.

—¿Sí? Genial, pues así podemos buscarlo juntas. ¿Te parece? —Asentí.

Fuimos fila a fila, de un lado a otro, sin tener ni idea de dónde se encontraban nuestros asientos. Un poco perdidas hasta que finalmente nos atendió un chico que nos ayudó.

La chica de ojos bonitos me miró con descaro. Me sentí intimidada. Llevaba una camiseta blanca con un mensaje que no podía leer bien ya que lo tapaba su chupa de cuero. Vaqueros oscuros y unas deportivas clásicas.

—Me llamó Bruna —se presentó amablemente estirando su mano para que se la estrechase. Me fijé que llevaba una pulsera con los colores del arcoíris.

—Yo soy Elba —contesté con un hilo de voz.

—¿Elba? —Repitió. No conocía a ninguna—. ¿De dónde es ese nombre?

—Es de origen celta, algo así como proveniente de lo alto de las montañas.

—¿Cómo Heidi? —Las dos reímos, pero rápidamente se disculpó al no tener confianza conmigo—. Perdona…

—Tranquila, ha sido gracioso. En realidad, soy de la zona de los Oscos, pero llevo muchos años en Gijón, creo que desde que saqué la plaza —contesté dándole vueltas.

—¿La plaza? ¿No serás poli? —Preguntó riendo. Una preciosa sonrisa, creo que aún más bonita que sus ojos, hizo que algo se revolviese en mi estómago.

—¿Te preocuparía? —Bromeé.

—En absoluto, pago todo rigurosamente. Alguna vez me paso un poco de velocidad con la moto, pero poco, no soy una loca —Las dos reímos.

Me sentí muy a gusto charlando con ella, tanto que cuando nos quisimos dar cuenta, las luces se apagaron y todo el mundo se puso a gritar. Nos miramos tímidamente y nuestras manos se rozaron. Nos volvimos a mirar riendo. Ninguna pidió perdón, yo hubiese vuelto a rozarla de nuevo.

Raquel comenzó cantando. Amaba su voz. De nuevo volvía a inundar mis oídos para provocar un éxtasis musical de placer en mis entrañas. Un grupo que me había acompañado durante muchos momentos de mi vida. Sin embargo, desde ese instante cambiaría el rumbo de mi destino, tal y como las Tres Nornas, las reales, hacían cuando juntaban sus hilos.

Bruna

Es curioso, Elba me había llamado la atención. Tenía una sonrisa preciosa y unos ojos hipnóticos. Traté de concentrarme en el concierto, pero en alguna que otra ocasión no pude evitar mirar hacia ella. Se sabía cada una de las letras, y parecía disfrutar de aquellas canciones que a mí me glorificaban como el viento eleva una bolsa vacía hasta lo alto de una montaña para cargarla de vida. En realidad, yo me sentía así, totalmente sin nada, pero aún con ganas de seguir volando por el aire hasta alcanzar la cúspide de todo, cogiendo el máximo de oxígeno posible que mis pulmones pudiesen soportar.

Nuestras manos se rozaron. Mentiría si no dijese que fui yo quien provocó ese momento. Había despertado en mí una gran curiosidad. Me apetecía sentirla de algún modo, por muy ridícula que pudiese parecer.

Estrella perdida era el tema más conocido de las Nornas. Todo el mundo se sabía la letra, sin saltarse una sola coma. Aquella chica de ojos bonitos me miró y juntas cantamos mi frase preferida.

“No importa lo perdida que estés, yo te doy mi luz. Mi luz.”

Raquel la cantó con tanta pasión que no pude evitar sentir que mi voz se partía tratando de imitarla. Aquella canción era el broche de uno de los mejores conciertos de mi vida. La pandemia había hecho que tuviésemos que estar sentados, y aunque en alguna ocasión me costó no ponerme de pie, lo había conseguido. Eso sí, me dolía la garganta de gritar cada una de las canciones.

La luz se encendió y aquella desconocida me sonrió.

—Ha sido una pasada, ¿no crees? —Me preguntó con una sonrisa.

—Pufff, hacía mucho que no disfrutaba tanto en un concierto.

—Ya te digo, estoy como si hubiese corrido una maratón. —La chica de ojos claros se quitó su jersey, dejando al descubierto un brazo lleno de pulseras, entre ellas la que se conseguía con el disco anterior.

—No te creo. —Yo me remangué y le enseñé la mía—. Yo soy Gerda, la diosa del sexo. —Aquello hizo que ella se ruborizase haciendo que sus mejillas se pusiesen rojas al instante. A mí se me escapó una carcajada nerviosa al verla así.

—Yo soy Frigga, la diosa, imbécil, del amor y la fertilidad.

—¿Por qué dices eso? —Tenía curiosidad en saber más de ella, y aquello incendió más mis ansias. Sus ojos se nublaron.

—Nah, tonterías. Creo que deberíamos salir, ya no hay casi gente —Nos miramos nerviosamente.

Era cierto, me había quedado atontada hablando con ella, sin ser consciente de que casi todo el mundo había dejado la sala. Necesitaba seguir charlando con ella, pero ya estábamos llegando a la puerta.

—Bueno, ha sido un placer coincidir con una loca de las Normas como yo. Tenía miedo de venir sola, y por momentos llegué a sentir que había venido contigo. —me dijo Elba mientras notaba que se volvía a poner roja. Me gustaba su inocencia.

—Yo también me lo he pasado genial. ¿Te apetece tomar algo? —Le había dicho a mi hermana que volvería nada más terminar el concierto, pero le mandaría un mensaje.

Me miró con desconfianza. Alguien debía haberle hecho mucho daño, o quizás aún se lo estaba haciendo, para mover aquellos ojos como lo hizo.

—Lo siento, creo que será mejor dejarlo así. Tal vez nos veamos en el próximo concierto.

Bajé la cabeza. No estaba acostumbrada al rechazo. Y algo dentro de mí me decía que debía insistir.

—¿Seguro que no te apetece seguir hablando de música?

Elba se quitó su pulsera de Frigga y me la entregó.

—Es mi pulsera favorita, si consigues encontrarme, prometo que quedaré contigo, para que me la devuelvas, no vayas a pensar otra cosa —Me guiñó el ojo y yo me quedé petrificada—. No me la pierdas —sentenció.

Acepté mientras ella se daba la vuelta y emprendía su camino en dirección contraria a la mía. Escuchaba su risa mientras se alejaba. Yo sabía que la encontraría, porque soy una cabezota, la encontraría. Y ella, supongo que ella sabía que no pararía hasta encontrarla.

Elba

Llegué a casa con dolor de oídos. Había olvidado lo que era ver un concierto desde tan cerca. Estaba eufórica, canturreando los trozos de mis canciones preferidas. Miré mi muñeca y se me

escapó una sonrisa. No era complicado encontrarme, aunque debía poner un poco de interés. Pensé que era mejor que darle mi número sin más.

Me arrepentí un poco de lo que había hecho, aunque también tenía claro que mi cabeza no estaba para historias. La pulsera arcoíris que llevaba me había espantado, junto con sus claras intenciones de estar ligando, o al menos intentarlo. También pensaba que quizás estaba siendo amable y que no deseaba más que tomar algo con una chica con la que compartía gusto musical. En ese momento mi baja autoestima atacó duramente.

Muñeca de pelo rosa sonó con fuerza en mis auriculares. Era una de sus primeras canciones. Se rumoreaba que la había escuchado uno de los peces gordos de la música, ofreciéndoles una oportunidad que no desaprovecharon. Era una chifladura de canción, con una letra extravagante, pero a mí me encantaba. Traté de focalizar mi atención en la letra, pero mis pensamientos se escapaban fugazmente a la tontería que había cometido por no darle mi número a Bruna. Me había gustado. Hacía meses que nadie conseguía que me excitase de esa forma. Pensé que podía darle un empujoncito a localizarme. Evidentemente seguía al grupo y pensé que ella trataría de buscarme por quien las seguían. Sin embargo, no había sido una buena idea al darme cuenta de las miles de personas que lo hacían.

Busqué un fragmento de la canción que estaba escuchando, me había encantado recordarla en directo. Escribí un mensaje claro y directo de mi cosecha. *"A veces los asteroides se chocan para ofrecer una luz difícil de explicar"*. Sabía que eso no era así científicamente, pero me gustaba como quedaba la frase. El trozo de canción era un despropósito, pero me flipaba el fondo de batería, con una voz que parecía que reía al cantarla.

"Aquella muñeca de pelos rosas, con medias de colores y grandes… tuuuu, tuuuu, tuuuuu"

Reí mientras lanzaba aquello al mundo y ponía un montón de *hashtags* para ser encontrada. Cuenta en público y listo.

Posé el teléfono sobre la mesita mientras la muñeca de pelos rosas retumbaba en mis oídos.

Bruna

No la encontraba. Las Nornas tenían demasiados seguidores. Ni filtrando por el nombre era capaz de dar con ella. También era cierto que no era muy fan de las redes sociales y que aquello no se me daba demasiado bien.

Miré las historias del grupo por si habían compartido alguna de ella, pero nada. Finalmente, aquella noche pensé que era mejor esperar a que hiciesen una publicación del concierto y que Elba le diese "me gusta".

Dejé el móvil en la mesita, pero no podía dormir. Volví a revisar el perfil de las Nornas y busqué el día que habían anunciado el concierto al que acababa de ir. Busqué en los me gusta…

—Sí, es ella, estoy segura de que es ella. La he encontrado.

Al entrar en su perfil vi la entrada del concierto con el trozo de una de mis canciones preferidas publicada hacía un par de horas. Pensé en mandarle un mensaje privado, pero prefería darle más emoción. Le di me gusta a la publicación y empecé a reírme como una idiota. Ella había empezado aquel juego absurdo. Hubiese sido mucho más fácil darme su número.

Estaba agotada, pero me volví a poner el último disco de Las Nornas, la primera canción. No era mi preferida, pero en ese momento la empecé a sentir como si fuese mi carne quien hubiese compuesto ese conjunto de notas.

“Todo tiene un principio, pero no quiero que tenga un final. Tu mirada, la mía, estoy perdida. ¿Qué quiero de ti?”

Finalmente apagué el móvil y me quedé dormida. Era una cabezona, lo sabía, pero la había encontrado.

Canción 2: vaho en los cristales

Elba

Había abierto la aplicación un millón de veces, pero ni rastro de Bruna. Mi prima había subido una foto de su gato, Cris una historia con su novio en Londres y mi madre una receta que tenía muy buena pinta.

Me fui a dormir pensando que mi plan igual no había sido tan bueno. Me prometí no buscarla yo a ella, no tener la tentación de verla y escribirle cuando creía que era ella quien debía escribir primero. Soy maniática y cabezota, muy cabezota, y cuando creo que tengo razón no doy mi brazo a torcer. Acabé dejando el móvil en la mesilla de mala gana, durmiéndome al momento. Sentí una notificación, pensé que era un sueño y me volví a dormir.

Al despertar ahí estaba. Un corazón. Bruna y un "me gusta" a mi publicación. Mi pulsó se disparó. Me había encontrado, y lo más importante para mí, lo había hecho en el momento más delicado, cuando mi autoestima se tambaleaba. Alguien tenía interés por mí. El simple hecho de molestarse en buscarme, significaba algo. Quizás solo se aburría, pero eso ya tendría tiempo de averiguarlo.

Por un segundo, una sombra negra me hizo pensar que no era momento de andar metiéndome en historias, que necesitaba estar sola, que era una locura empezar a hablar con alguien cuando los cimientos de mi estructura anímica se tambaleaban, que… pero a la vez, tenía ganas de meterme en un juego inocente. ¿Qué podía ocurrir? Aquello no pasaría de cuatro conversaciones por un chat, algunas quizás pudiesen subir de tono, pero nada más. Ni siquiera nos volveríamos a ver.

***

Según las horas avanzaban más ganas tenía de escribirle, pero no. Un me gusta no era suficiente, ¿verdad? Miré miles de veces mis mensajes esa mañana. Me sentía como una adolescente esperando que la persona que le gusta le escriba. Una persona totalmente desconocida, que tenía mi pulsera preferida por un arrebato de los míos. Solo quería que me la devolviese, *¿solo quería eso?* Bueno, en realidad quería que lo hiciese con el recargo que suponía que se la hubiese llevado.

Ya está, la señal para escribirle. Acababa de subir una foto de ella, rodeada de latas de conserva con una canción de las Nornas. Si eso no era una indirecta… Una mujer rodeada de latas de sardinas. Una lesbiana sabe distinguir una indirecta de ese calibre en cuanto la ve. ¡A la mierda! No tenía nada que perder, tampoco sabía si de ganar, pero necesitaba saberlo.

Elba: No me digas que te estás preparando para otra pandemia. Creo que no podría soportar una nueva.

Diez minutos. Solo fueron diez los que tardó en contestarme, pero se me antojaron eternos.

Bruna: Tranquila, solo estoy trabajando.
Elba: ¿Te dedicas a comer sardinas? Jajajajajaja
Bruna: No, menos mal que no. No me gustan mucho.
Elba: ¿No? Pues mal empezamos…

Sus mensajes me parecían cortantes.

Bruna: A ver, que con algunas puedo hacer una excepción jajajajaja

No, no lo eran.

Elba: Algunas jajajaja, pero vamos a lo importante, ya habrá tiempo de centrarnos en mariscos varios. ¿Mi pulsera?
Bruna: ¿Qué quieres saber de ella?
Elba: ¿La has perdido?
Bruna: Si me mandas una foto ahora mismo, tal y como estás, podrás obtener una información privilegiada de tu querida pulsera.
Elba: ¿Ahora? Estoy en clase. De hecho, no debería de estar hablando contigo.
Bruna: (Foto de un trozo de la pulsera con unas tijeras cerca).
Elba: Te mato.
Bruna: Tienes cinco minutos. De lo contrario, habrá que empezar con la primera mutilación.
Elba: ¿Le pido a un niño que me la haga?
Bruna: Cuatro minutos y 40 segundos.

Bruna era simpática, no podía dejar de sonreír cada vez que leía uno de sus mensajes. Notaba como mi cara se iluminaba al igual que mi teléfono cuando su nombre aparecía en la pantalla.

Bruna

Elba contestó enviándome una foto, posiblemente desde dentro de su bolso. Media cara, de susto total, y con un notable corte de manga que hizo que soltase una carcajada. Lo di por bueno, contestando con una foto mía, repanchigada en la silla del despacho y con mi brazo derecho en alto, mostrando su pulsera, delante de una gran sonrisa.

Elba: Estaba sufriendo. Agradezco que la hayas cuidado.

Tenía una reunión en diez minutos, pero quería seguir hablando con ella. No podía dejar de bromear, la conversación fluía. Pensé en avisarla, pero no tenía ganas de despedidas y luego buscar excusas para volver a interactuar. Prefería seguir la conversación más tarde, disculpándome con una broma. ¿Qué podía perder por seguir hablado con ella?

***

Bruna: perdona, he entrado en una reunión y no me ha dado tiempo a contestarte. Espero que durante mi ausencia hayas empezado a pensar un modo plausible para recuperar tu pulsera. Escucho ofertas.
Elba: ¿Degustación de sardinas? Jajajajaja
Bruna: No, por suerte solo me encargo del tema *marketing*, diseño… No solo de sardinas, atún, anchoas… Envasados en general.
Elba: Nunca diría que no a unas buenas anchoas. Me sale una pizza con ellas que te desmayas.
Bruna: ¿Es una propuesta?
Elba: Esta misma noche la hago y te mando una foto, para que veas lo rica que me queda.

Ahora tengo que dejarte, la que tiene una reunión soy yo. Procura no perder mi pulsera.

Bruna: Lo intentaré, pero tendrás que hacer algo para recuperarla.

Elba había leído mi mensaje, pero no me había contestado. El juego había comenzado. Intuía que aquella chica había llegado para quedarse. No tenía claro la duración, pero que pasaría algo entre nosotras era una intuición que no dejaba de invadir mi córtex.

***

Imbécil de mí, había mirado mi teléfono un millón de veces, incluso poniéndolo en sonido, algo que odiaba con todas mis fuerzas. Me apetecía saber de Elba, pero no quería ser yo quien le escribiese de nuevo. Me había dejado en visto. No me apetecía ir detrás de una tía cuando muchas otras lo hacían por mí. Mi ego herido. Yo era la capulla, y estaba sintiendo en mi piel como alguien me hacía lo mismo. Empezaba a pensar que quizás era mejor pasar de ella. Sin embargo, sobre las nueve de la noche un mensaje con su nombre apareció en mi teléfono.

Hacerme la dura a esas alturas era inútil, me moría de ganas de leer lo que decía. Era una foto de una pizza con una pinta increíble.

Bruna: Tiene muy buena pinta, pero, ¿te vas a comer tú sola todo eso?
Elba: Bonita indirecta para preguntarme si vivo con alguien, ¿no crees?
Bruna: ¿Lo haces?
Elba: ¿Te interesa?
Bruna: Si lo he preguntado… Soy gallega y tenemos fama de retorcidos, pero en realidad solemos ser muy sinceros.
Elba: Vivo sola, ¿Tú?
Bruna: No, tengo una fiel compañera.

Noté como de pronto la conversación dejó de fluir. Temí que Elba se pensase lo que no era. *¿Y qué si no contestaba más?* Sin embargo, rápidamente me hice una foto con mi gata Miley.

Elba: Perdona, el teléfono.

Me sonó a excusa, pero tampoco tenía por qué serlo. Elba me hacía sentir un poco insegura. Con ella yo no llevaba todo el mando y eso me aterraba, aunque también me daba un plus de morbo difícil de explicar.

Bruna: Tranquila.
Elba: Y ella es…
Bruna: Se llama Miley.
Elba: jajajajajaja ¿Cómo la cantante?
Bruna: Sí, me gusta demasiado.
Elba: Pobrecita, tener que aguantarte. Menos mal que le traerás alguna sardina de esas tuyas para compensar tener que soportarte.
Bruna: Pues no está muy disgustada a mi lado.

Le envié un video corto con Miley encima de mí mientras la acariciaba.

Elba: No, en realidad, no la veo muy agobiada de estar ahí.

Bruna: Estar encima de mí no es un motivo de queja. Quizás Miley te deje un hueco para probarlo.

Elba: jajajajaja no quiero llevarme ningún arañazo innecesario.

Bruna: ¿Y necesario sí?

Elba: Bueno, uno de esos no me importaría demasiado…

Poco a poco aquella inocente conversación comenzó a tomar unos derroteros distintos a la de dos fanes que hablan de su grupo preferido. Una foto sugerente, unas indirectas cada vez más directas, y una atracción que ya habíamos palpado en el concierto. Existía, y debíamos ver hasta dónde podría llegar aquello. Elba me gustaba, pero no entendía de qué modo. Por lo pronto, mi mano debajo de mi ropa interior moviéndose con ganas pensando en ella era suficiente para saber que quería seguir jugando a aquello que había comenzado. Había apretado el *play* y Las Tres Nornas sonaban con fuerza.

Elba

Hay canciones que son premoniciones. Sentí un fuerte pinchazo en el pecho cuando la escuché por primera vez. Aquella canción que llevaba semanas petándolo en todas las radios y que para mí era una novedad después de saltarme en mi app del móvil. Aquella letra no encajaba con mi realidad, la de estar conociendo a una chica aparentemente maravillosa y hacia la que sentía una gran atracción. Mientras la canción hablaba de desconfianza, yo trataba de alejar ese sentimiento, aunque después de lo de Paloma temía que volviese a brotar.En aquel momento no había por qué dudar de Bruna. Ella encajaba en muchas de las cosas que me gustaban de una persona, con quien compartir momentos especiales, e íntimos. Era incapaz de pensar que de aquello podría salir algo más duradero que un par de encuentros. El simple hecho de pensarlo, me aterraba. Ni siquiera tenía claro si podría salir algo de ahí.

Bruna era mona, tenía tema de conversación, y yo necesitaba pasar un rato agradable con alguien que no me echase nada en cara y me hiciese sentir deseada del modo que ella lo hacía. Poco a poco me fui acostumbrado a ella. Lo que empezó siendo una simple conversación, de esas que se van colando en cada uno de tus días, terminó derivando en los temidos *"buenos días"* o *"buenas noches"*, que por un motivo u otro siempre acababan pidiendo más, al menos, por una de las dos partes. Una foto, una canción, siempre había una excusa para abrir aquel chat donde acababa encontrando consuelo a todos mis días de mierda y lloros. Bruna era una llama de fuego en medio de una tempestad de aguaceros.

Por todo eso, lo tenía claro. Mi plan seguía adelante. Nunca había sido demasiado lanzada, pero en aquel momento me sentía poderosa. Abrí el chat y lancé la propuesta, con nuestro juego de siempre.

Elba: Ya sé lo que te voy a proponer a cambio de mi pulsera.

Bruna: Soy todo ojos, u oídos si quieres mandarme una nota de voz.

Elba: Las ganas que tienes tú de oír mi voz.

Bruna: No puedo negarlo. Tienes una voz preciosa. Aunque tengo más ganas de verte, sinceramente.

Toma ahí. Clara y directa. Bruna no era de las que se iban por las ramas, ni lanzaba indirectas poco fructíferas. Cogí aire y lancé mi mensaje.

Elba: Te cambio mi pulsera por un finde en Gijón. Finde, día, lo justo para que me des mi reliquia. Aprovecharemos que mi marido está de viaje para dar rienda suelta a todas nuestras fantasías.

Bruna: Leyendo la última parte del mensaje, me da igual que tengas marido jajajaja Eso sí, no puede unirse. Solas tú y yo.

Elba: Imbécil. ¿Qué dices?

Bruna: ¿Lo estás diciendo en serio?

Elba: Lo del marido no, lo de que vengas sí.

Bruna: Hombre, es que si lo del marido es verdad… me muero. ¿Estás segura de tu propuesta?

Por un momento toda la seguridad que había tenido para soltarle eso, se había desvanecido con su pregunta, quizás retórica. ¿Y sí no le apetecía?

Elba: Totalmente en serio, pero puedo escuchar otras peticiones. Un punto medio quizás.

Bruna: No, me gusta. Creo que es lo mejor para que tú puedas volver a recuperar tu amada pulsera.

Elba

Había reunido a mis amigas para contarles aquello tan importante. No sabía por dónde empezar.

—Tengo que deciros algo.

—¿Te ha escrito la tóxica? —Soltó Patry de golpe.

—No. Veréis… Hace unos días conocí a una chica.

—¿A una chica? ¿Dónde? —Preguntó Cris. Ninguna de las dos me dejaba avanzar.

—¿La del concierto? —Patry sabía algo más que Cris, pero sin mucho detalle. Todavía no le había contado que Bruna me había encontrado y que las conversaciones con ella fluían.

—Sí, esa.

—¿Qué pasa con ella? —Patry no aguantaba.

—Le voy a proponer que quedemos.

—¿Quedar para qué?

—Joder ¿hay que explicarlo todo, Cris? —Dije molesta.

—Hombre, verás. Hace un par de meses te querías morir por esa loca del coño y te ibas a meter a monja, pero de pronto te quieres ver con una tía que has conocido hace nada en un concierto. Quiero verla. ¿Hay foto?

Saqué el móvil del bolso. Entré en su perfil y se lo mostré a Cris.

—Peligro. Está chica es una chula, te va a hacer daño.

—Venga ya, viendo unas fotos no me puedes decir eso.

—Puedo. Es una chula. ¿De dónde es?

—Pontevedra —solté.

—Que venga ella a tu casa. Sino olvídate.

—Sí, esa es la idea, pero veréis, yo solo quiero…

—¿Qué? —Trató de saber Patry dando un trago a su refresco.

—Que yo solo quiero eso con ella… —dije tímidamente.

—¿Follar? —Espetó Cris.

—Eso.

—Elbita, te quiero con locura. Sabes que eso es imposible. Te vas a enganchar. Esta tiene el perfil de depredadora. Si supiese de verdad que tú solo te la quieres follar, te diría que adelante, pero te hará daño.

—Joder, ¿por qué no podéis creer que solo la quiero para echar un par de polvos y salir de esta mierda en la que me he visto metida?

—Haz lo que quieras, sabes que nosotras vamos a estar aquí siempre, pero luego no digas que te pilló por sorpresa cuando desaparezca. Me conozco a estas tías de sonrisa bonita.

—Acaba de salir de una relación larga, como la mía. Lo que me anima a quedar con ella es que parece sincera y no busca nada serio.

—¿Y ella sabe que solo la quieres para tener sexo? ¿Habéis hablado eso? Porque igual la capulla aquí eres tú… —Quiso saber Patry.

—Bueno, tenemos conversaciones muy subidas de tono, hablamos de dejarnos llevar, de conocernos…

—Ella te va a echar un polvo, de verdad, y adiós —sentenció Cris—. Y tú, te pillarás de ella, porque sabrá camelarte, quizás podáis quedar algún fin de semana más, pero esta chica se gusta y ahora va a ir de una a otra. Es inestable, igual que tú, pero tu forma de ser es distinta. Lo sé, es que te conozco. Son muchos años…

Aún tengo presente esta conversación en mi cabeza, y todas las que a posteriori surgieron con Patry y Cris.

Bruna

Aparqué cerca de su casa. Le había pedido que me fuese a buscar. Estaba cometiendo una temeridad, ir a casa de una desconocida en otra ciudad, aunque sabía que tenía a Marta cerca por si debía salir corriendo. En principio solo sería una noche. Si todo era un desastre dormiría en el sofá, o directamente me iría.

Le mandé un mensaje breve:

Bruna: He llegado.
Elba: Dos minutos, creo que veo tu chaqueta roja desde aquí.

Levanté la vista en una dirección, pero no veía ninguna rubia de ojos claros. Miré al otro lado y me encontré con ella de frente.

—Bueno, bueno, pero qué tenemos aquí, una gallega que no se ha perdido y ha sabido llegar hasta la mejor ciudad de España.

—No tenía mucha pérdida, te recuerdo que mi hermana vive a diez minutos de aquí. Vaya, no debí haberte dado esa información, si eres una asesina en serie me buscarás.

—Si fuese una asesina en serie, no llegarías a salir de mi piso —soltó Elba con una sonrisa maliciosa.

—Oye, que esa idea también me gusta, pero sin que seas asesina. —Noté como Elba se ruborizó, sonriendo al instante.

—¿Me vas a dar dos besos o vamos a hacer que esto siga siendo muy raro?

—Si me ayudas a coger la maleta, te he traído un regalo —contesté alegre.

—¿Sí? —contestó mientras yo abrí el maletero, cogiendo mi mochila y dándole la bolsa con mi obsequio.

—¿No será lencería? —Ahora fui yo quien se ruborizó ante su pregunta. Me gustaba que

fuésemos así de directas. Era muy cómodo estar con ella.

—Me has pillado.

—Venga, vamos. Dejemos esto que quiero llevarte a un sitio antes de que se haga de noche.

Subimos en el ascensor, comiéndonos con la mirada. No podía dejar de mirar sus ojos quienes me hablaban más que su boca. Elba estaba cortada, por un momento temí que se arrepintiese de lo que estábamos haciendo. No tenía por qué pasar nada, ninguna de las dos estábamos presionadas a ello.

—Siento estar tan callada, me da mucha vergüenza.

—Es normal, en un rato estaremos más a gusto.

Elba puso mi regalo encima de la mesa de la cocina.

—¿Quieres que lo abra ya?

—No, mejor después —dije segura.

Me desabroché la chaqueta vaquera de pelo para dejar que sus ojos se perdiesen en mis curvas. Llevaba una camiseta blanca lisa con un bolsillo a la altura del pecho donde ponía “free”, unos vaqueros negros y unas vans clásicas oscuras. Un look muy cómodo para poder conducir sin problemas. No sentía que eso fuese una cita, aunque en realidad sí que lo era. Por la mirada que Elba acababa de poner sobre mí, sentí que había acertado. Me gustó como me miraba, me apetecía cogerla por la cintura, acercarla a mí y romper el hielo. Sin embargo, algo me detuvo. Habría tiempo.

Elba era preciosa. Una larga melena rubia, una nariz prominente y una pequeña boca de la que no quitaba la sonrisa. Ella había escogido un look más informal, una camiseta de vestir negra, unos pantalones de pinza crema y unas converse blancas. Noté como nuestras miradas quemaban y decidí que debía romper ese silencio, era demasiado pronto para atacar.

—¿Me cambio de ropa? ¿Calzado?

—No hace falta, lo único un pañuelo, suele refrescar.

—No he traído.

—Tranquila. —Vi como se perdía por un pasillo—. Tienes el baño ahí, por si te apetece ir.

Aproveché mientras sentía como ella rebuscaba.

—Lo siento, creo que es el que mejor te pega. —Me acercó un pañuelo que iba bastante bien con mi look. Olía a ella, un olor difícil de olvidar.

No llevaba ni una hora allí y ya sabía que ese fin de semana se quedaría muy corto. Que nunca podría olvidar ese aroma que lentamente se colaba en mi cuerpo, como Elba lo haría en mi vida.

Elba

Decidí que un paseo por mi ciudad haría que rompiésemos el hielo, pero la evidente atracción que había entre nosotras no lo rompía, sino que lo derretía, casi llegando a evaporarlo.

Subimos Cimadevilla, llegando al Elogio del Horizonte. Me encantaba ese sitio, su visión, el hombre contra el mar. El viento soplaba con ganas, despeinando nuestro pelo. Bruna se acercó a mí, la excusa era apartarme el cabello de la cara, pero sus labios se acercaban con demasiado peligro a mi cara. Me daba igual, quería probar cómo sabía, necesitaba sentir de nuevo la sensación de un beso sobre mis labios. La tenía cerca, muy cerca. Nuestras miradas casi se fundían para no verse dada su cercanía.

—Perdonad, ¿nos podéis hacer una foto? —Una voz nos interrumpió.

—Joder —Fue todo lo que pudimos decir casi al unísono.

Después de terminar el paseo y de no encontrar la forma de volver a ese momento de una

manera natural, decidimos parar en una sidrería para tomar unas sidras y picar algo. Bruna probaba con gracia a escanciar, desperdiciando más de lo que bebía. Un pastel de cabracho, unas navajas, un cachopín para dos y un arroz con leche nos calmó los nervios llenándonos la barriga. Me sentía a gusto con ella, era capaz de bromear, como si la conociese de siempre. Dimos un largo paseo entre carcajadas para bajar la cena. Se nos hizo muy tarde. Daba igual, con Bruna no sentía prisa por nada, todo era calma.

Llegamos a mi casa, sin dejar de reír, de bromear. Me sentía a gusto con ella. Fui a por un par de cervezas a la nevera, y me senté a su lado. Estaba nerviosa al tenerla tan cerca, al saber que no habría ninguna mirada que nos observase esta vez, ni peticiones de fotos. Bruna le pegó un sorbito pequeño, yo la imité.

—Me ha gustado el paseo —rompió el silencio.

—Sí, ha estado bien. ¿Te apetece hacer algo? —Mi pregunta sonó ridícula pero no me apetecía estar en silencio. Bruna esbozó una sonrisa traviesa y se acercó a mí. Iba a decir algo más, pero preferí quedarme callada. No me dio tiempo a pensar mucho más pues su mano se coló por detrás de mi pelo, acercando mi cara a la suya.

—Me apetece besarte. Llevo media tarde deseándolo.

—Pues hazlo. No sé a qué esperas.

Sus labios aterrizaron sobre los míos. Un primer beso suave, caliente… Me dejé llevar, disfrutando de aquella sensación que incendiaba mi estómago.

Bruna

No pude seguir la intensidad de sus besos sin dejar que mis manos se colasen por debajo de su camiseta, nuestras chaquetas ya habían desaparecido hacía un rato. Deseé quitarle la ropa que nos separaba, pero apenas conocía sus ritmos, si lo ansiaba o necesitaba más tiempo. Seguí con los besos, avanzando por su cuello.

—Sí, puedes hacerlo.

Note el susurró caliente en mi oído. Dudé si había dicho lo anterior en alto, pero era imposible teniendo mi boca sobre la suya. Me deshice de su camiseta, con la ilusión de quien desenvuelve un regalo que lleva tiempo esperando. No hacía demasiado que nos conocíamos, pero lo suficiente como para saber que su piel y la mía iban a rozarse por completo.

Miré su ropa interior, notando como me seguía sobrando algo. El calor de su cuerpo sobre mis labios mientras bajaba, siendo frenada por el tirante de su sujetador. Elba cogió mis manos, y con mucha destreza, las llevó al cierre. Entendí su orden al momento, deshaciéndome de aquel pedazo de segunda piel de la que no fui capaz de retener en mi memoria ni el color o la tela que era…

Elba, más indefensa que yo, apartó mi cuerpo un segundo para quitarme la camiseta. Quise resistirme, hacerme la interesante, pero a la vez deseaba que lo hiciese rápido para volver a sus labios. Tardó un poco más en desabrocharme el sujetador y lanzarlo por encima de mi cabeza. Aquello se ponía interesante.

Intenté recostar su cuerpo sobre el sofá, pero no me dejó. Se resistió con una mirada que aún no había visto en ella, quizás no todo el mundo tenía la suerte de poderla tener así en frente. Elba jugó con mi cuerpo, tratando de buscar la mejor postura. Íbamos demasiado deprisa, ninguna quería que terminase tan rápido.

—Siéntate encima, frente a mí.

Joder, aquello me activó todavía más. Hice lo que me pedía colocando mi rostro cerca del suyo. Echaba de menos sus labios y regresé a ellos como el sediento en busca de agua. Alcé

ligeramente mi cuerpo hacía arriba para mirar por encima de sus ojos, con la visión de su frente, su nariz, su cuello, que se estiraba para aprisionar mi labio inferior entre sus dientes. Delicada pero cada vez con más ganas. Su lengua bajando por mi cuello mientras sus manos acariciaban mi desnuda espalda. Su lengua en punta se relajó para abarcar más piel al estirarse, alcanzando la punta de mi pezón, erguido, deseoso de los movimientos intensos que los marcaba aún más. Su mano derecha arañando mi espalda y su mirada profunda mirándome con descaro en cada uno de los descansos de su lengua.

Pensé que no soportaría aquella tortura, deseaba decirle que me desnudase, que llegase al final, que me tocase igual de bien que sus besos, su lengua… Supliqué con la mirada, quizás algún "joder" salió de mis labios. Una vez más, Elba sonrió.

—Busquemos un sitio mejor. —Me dio la mano y me acompañó a su dormitorio. Retiró el edredón de la cama que aún no había visto. Aproveché ese instante para desnudarme del todo. No tenía ganas de más jueguecitos.

—¿Ya? ¡Qué rápida!

—Tengo ganas de ti. —Me recosté en su cama, riéndome mientras miraba como se desnudaba ella, observando cómo su pelo caía por todas partes, como intentaba tapar los pezones que todavía no había podido disfrutar. Se tumbó a mi lado.

—Esta noche, cariño, deja el vaho en los cristales, que los cubra por completo como quiero que lo hagas tú sobre mí con tu cuerpo…

Elba susurró ese pedacito de canción en mis oídos, erizando toda mi piel. Traté de fotografiar ese momento en mis retinas, pero no tuve mucho tiempo pues sus manos avanzaron por mis curvas, haciendo que nuestros cuerpos volviesen a pegarse. Regresé a su boca, una vez más. Su mano se fue acomodando y yo no le puse ninguna pega. Quería que terminase lo que había empezado. Noté como colaba sus dedos, abrazando mi sexo. Me miró buscando aprobación, y la volví a besar. Un movimiento suave que duró poco, el grado de humedad de la zona pedía a gritos aquellos movimientos.

—No pares…

Solo alcancé a decir eso, pero paró. La miré con odio mientras regresaba al punto anterior, mientras yo pedía que acabase de una vez. Controlé la respiración, acepté su mordisco en el cuello y volví a notar la intensidad que llevaba demandando unos segundos. Uno, dos, uno, dos, sus dedos hacían magia sobre mi cuerpo. Suspiré, cogí aire, moví mi cuerpo ligeramente y el roce perfecto desató un grito de placer, una culminación a tanto preparativo. Sus dedos empapados, su risa orgullosa, su beso en mi hombro. Su mirada había vuelto a dulcificarse. Se tumbó a mi lado. Era mi turno.

—Ey, calma —cortó mi intento de incorporación—, tenemos toda la noche. No hay prisa.

No recuerdo la hora en la que nos quedamos dormidas, derrotadas sobre aquel cuarto desconocido, con una persona a la que acababa de conocer. Una extraña que había hecho de aquella noche un remanso de paz, de olvido, un oasis en medio de un seco y duro desierto.

Elba

Cuando Bruna comenzó a besarme, perdí la noción del tiempo, el lugar en el que estaba e incluso de golpe todos mis ideales de amor y deseo se vieron desdibujados por una fuerte atracción sexual. No había sentimientos hacia ella, solo una persona que me alteraba y con quien las conversaciones fluían muy fácilmente. No había amor, ni intención de ello. Es complicado que estas relaciones tan impersonales sobrevivan en el tiempo, incluso un fin de semana puede ser demasiado para ellas.

Recuerdo las yemas de sus dedos recorriéndome, como una radiografía delineando mis sentidos. Sus labios calando mi piel de deseo. Sus ojos, clavados a los míos, estremeciéndome, haciendo que mi cuerpo llevase su nombre a la quinta sinfonía. El grito de mi voz sobre su oído, sirviendo como combustible que aceleraba sus dedos sobre mi piel. Un primer encuentro en el que dos desconocidas mezclaban las esencias que habían privatizado durante años a unas parejas por las que profesaban un profundo enamoramiento. Ahora, frente a frente en un colchón plagado de deseo. Una necesidad primaria alejada de latidos incomprensibles.

El error fue dejar que después de un primer polvo, llegasen unos cuantos más. El polvo vuela, desaparece, se desvanece y se posa en otros lugares donde si no se junta a otros es insignificante. El problema es cuando el polvo se acumula, porque esas motitas, como el deseo de más sexo, se hacen cada vez más grandes y se convierten en una gran dificultad para retirarlo.

Bruna debía haberse ido después de aquel segundo encuentro mañanero. Quizás ahí estuvo el freno exacto entre lo impersonal y el salto a conocerse de una forma especial. De compartir colchón con el roce de la piel desnuda, pero a la vez, de experiencias personales que dejaban nuestras almas al descubierto.

Familia, amigos, deseos más profundos, incluso llegamos a hablar de aquellos sueños que encumbraban nuestras ganas de vivir. Mis ojos claros se fueron mezclando con los suyos marrones. Ya no me incomodaba la fuerza con la que me sujetaba la mirada, me aterraba el pensar que la fuese a bajar y no poderla ver más.

Bruna

El sábado habíamos aprovechado para dar rienda suelta a nuestros deseos, a conocernos de una forma distinta a lo que llevábamos haciendo. Comimos algo en un bar de tapas, hablamos, hablamos mucho. Nos perdimos por una calle, nos besamos en varios de sus rincones mientras el móvil reiniciaba el GPS, seguimos caminando, volvimos a besarnos en una esquina, en un paso de peatones… Nos quemaba la piel. Empecé a sentirme tremendamente a gusto con aquella desconocida. Por un instante, pequeño, pero instante, pensé que podría acostumbrarme a eso. Me asusté de mis pensamientos y decidí regresar a esos besos furtivos, a sus miradas intimidantes o su risita nerviosa cuando mis ojos se clavaban en los suyos.

La noche del sábado mejoró la anterior, mis pliegues eran menos inéditos, aunque aún bastante desconocidos para sus dedos. Los suyos se me antojaron complicados, quizás los más difícil que había tenido oportunidad de conquistar. El vaho en las ventanas volvió a estar ahí, totalmente empañadas. Aproveché una de sus escapadas al baño para dibujar una carita sonriente. Mi madre siempre me reñía cuando lo hacía, decía que costaba mucho quitarlas bien. Sabía que cuando Elba las limpiase, yo ya no estaría. Sabía que ya habría huido. Quizás no, habría algo que me no me dejase hacerlo, aunque lo dudaba.

El domingo terminamos de desayunar y me inventé una excusa para irme. Deseaba quedarme más, pero la amabilidad, el cariño y la forma en la que Elba me trataba me hizo agobiarme. En el fondo, Elba hubiese tratado de la misma forma a cualquier persona que aterrizase en su casa sin necesidad de que aquello significase algo. Su personalidad era la de alguien cercano, que empatiza, que ayuda, que enamora... Y ahí estaba yo, conduciendo de vuelta a mi casa, con el miedo pinzando mi cuerpo, con su olor aún en mi piel y con el deseo de no seguir avanzando en algo que nos destruiría.

Traté de quitarme su recuerdo, de airear mi cabeza. La mejor idea que tuve fue la de limpiar sus restos de mi cuerpo, quedando con Elvira esa misma tarde. Necesitaba escapar de Elba, mejor dicho, de la persona que era yo cuando estaba con ella. No me merecía algo así, no podía

manejarlo, lo haría pedazos.

Elba

Negaré que el fin de semana con Bruna no me encantó, que no se me hizo bastante corto, que no tenía agujetas en cada músculo de mi piel, esa que había buscado la mejor posición para el disfrute a su lado. Dejé que se marchase con prisa, con la excusa barata del recuerdo de algo importante sin hacer. Bruna escapó de mí como yo quería hacerlo de ella, aunque mis ganas de volverme a dormir a su lado ganaban.

Acepté su mensaje de llegada, contesté distante, porque me moría de miedo, porque no quería que me volviesen a hacer daño, porque no confiaba del todo en ella. En ese momento de mi vida era probable que no pudiese haberlo hecho en nadie, pero especialmente, no lo hacía en ella.

Me moría por dentro, antes de que ella se fuese inventé semanas llenas de cosas, aun sabiendo que Bruna y yo no volveríamos a quedar tan pronto como ambas deseábamos. En el fondo, sabía que las dos nos moríamos de miedo. Era un miedo distinto, pero, a fin de cuentas, pánico. Sentir en aquel momento se antojaba un lujo después de no haber terminado de sacudir la capa de angustia que nos rodeaba a ambas por nuestras últimas relaciones.

Aquella noche sería la última de bromas, de tonteos, de fotos, de canciones... Después de ese día, Bruna desaparecería como un fantasma a medio día, que en vez de atemorizar a los que invadiesen su espacio, huía de sí mismo por el ruido de sus cadenas. Así era Bruna. Siempre supe que era de ese modo. Solo que los deseos de creer que nos equivocamos en momentos así son más fuertes que las certezas que nos llegan.

No tardaría en ver como el vaho en los cristales de mi cuarto me devolverían por un momento el recuerdo de una Bruna que había compartido tiempo y espacio conmigo. Borré con rabia aquella sonrisa, incapaz de imitarla con mi rostro.

—Maldita, Bruna. Te odio.

CANCIÓN 3: HERIDAS DE HUIDA

Bruna

Sé que lo que hice después de ese fin de semana no fue lo más correcto, pero volver a ver a Elba implicaba meterme en algo para lo que aún no estaba preparada.

Las cosas se pueden hacer de muchas formas, pero solo yo soy capaz de comprender mis motivos. Puedo ser juzgada y castigada duramente, pero fue la mejor forma que tuve de hacerlo.

Mientras hablaba con Elba, también lo hacía con Elvira. Mi quedada con Elba estaba planeada en mi cabeza como un encuentro sexual sin más. Dos personas que durante un par de días calman sus impulsos más animales sobre un colchón, un sofá o cualquier superficie.

Elba me sacó de mi órbita, por un momento creía que aquello era más de lo que yo podría asimilar. Con el deseo ardiente de querer despertar una mañana y sentir lo mismo que había sentido por Carmen todos aquellos años, tropecé con una chica que veía en mí más de lo que yo podía ver sobre mí misma.

Me sentí vulnerable, y necesité escapar de ese momento, de esos sentimientos que no tenía claro que significaban. Desaparecí, dejando de contestar a sus mensajes y quedando con otra chica que me hizo olvidar por un instante todo lo que había vivido con aquella chica de ojos claros que tarareaba mis canciones preferidas mientras preparaba un desayuno perfecto.

Busqué dentro de mí la mejor forma de hacerlo, pero solo pude mandar un seco mensaje donde escapaba de la mejor manera posible. No era fuerte aquello que sentía por ella, por lo que estaba a tiempo de salvarme mientras otras manos me calmaban los sentidos.

Puede ser hipócrita, pero fui sincera. Sincera hasta donde podía serlo. Elba me contestó dignamente, tampoco deseaba sentirse vulnerable. Ninguna estaba preparada para aquello. Nos podía la cobardía, el miedo, o el no tener la suficiente fuerza como para afrontar lo que podría haber venido. Quizás fue un error pues conocernos más a fondo hubiese sido un estrepitoso fracaso. Sin embargo, había algo dentro de mí que me decía que debía escapar de ella. Solo el tiempo podría decirme si esa intuición estaba equivocada.

Elba

Patry me recibió con un moño en la cabeza y una gran sonrisa. Yo estaba hecha un lío, lloraba y reía nerviosamente, incapaz de controlar mis sentimientos.

—Siéntate, anda. Traes mala cara. —Se acercó a la nevera y trajo dos cervezas, alcanzándome una.

—Gracias.

—¿Sigues dándole vueltas?

—Claro, no puedo pensar en otra cosa.

Era incapaz de entender cómo una persona con la que había pasado un fin de semana de ensueño podía desaparecer de ese modo. No lo comprendía, y me volvía loca tratando de hacerlo. Yo jamás hubiese actuado así. Dos días después y ni un mensaje, ni uno.

—Bien, te voy a contar una historia… —divagó mi amiga.

—¿Ahora? No estoy para historias.

—Escucha. —Patry pegó el primer trago a su cerveza.

—Vale —solté, imitándola.

—Un día me cogiste la bici.

—¿Yo? Sabes que odio andar en bici.

—Calla, coño. Es un ejemplo —bufó enfadada mi amiga.

—Joder, no te pillo.

—Me cogiste la bici y te pegaste una torta de las grandes. Te hiciste una herida en la pierna. Al principio aquello no dejaba de sangrar, te dolía y llorabas de dolor.

—Joder, me están entrando unas ganas de cogerte la bi…—callé al ver la cara de mi amiga.

—Entonces, lo curaste, pusiste una gasa y dejaste que cicatrizase, pero aquello llevaría su tiempo, y antes de que se cerrase, volviste a coger la bici.

—Sí, claro…

—La volviste a coger —insistió—, y te pegaste otra torta. Con la mala suerte de que la herida que todavía no estaba sanada, se volvió a abrir. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Pues no, la verdad es que no.

—La primera herida es Paloma. Ese primer dolor que te abre las entrañas, por el que lloras, te lamentas, pero aun así vuelves a coger la bici. El segundo golpe sería Bruna. Pero en realidad, ¿sabes qué es lo que te duele?

—El alma, solo de escucharte —traté de bromear.

—Te duele Paloma. Bruna no deja de ser el recuerdo de alguien que te hizo daño. Olvídate de esa chica. No va a volver. Es probable que no la vuelvas a ver en la vida. Ha servido para que te saques de la cabeza a Paloma, has visto que hay chicas increíbles por el mundo, pero no lo suficientemente maravillosas como para volverse loca. Quédate con lo vivido, con lo aprendido, pasa esas dos páginas y sigue viviendo.

Me quedé pensando. La historia de mi amiga me parecía un tanto absurda, pero tenía sentido. Bruna no dejaba de ser un recuerdo del tormento que me había producido Paloma. Me terminé la cerveza, le di un abrazo a mi amiga y me fui a casa.

Bruna

Lo sé, sé que me comporto como una grandísima hija de puta, pero hay personas que paliamos el dolor sin ser conscientes de todo lo que podemos provocar a nuestro alrededor. No estoy pensando en nadie más, solo en mí. ¿Quién no lo ha hecho alguna vez en su vida? Incluso creyendo que eres la buena por salvar a esa persona de ti misma.

Necesito sentirme viva, que la sangre corra por mis venas, que el sexo me inunde la piel. Tal vez no esté siendo muy empática, que huya de todo aquello que me pueda hacer mejor persona, pero muchos renaceres comienzan con una destrucción previa. Los daños colaterales no me importan. Hay gente que bebe hasta el agua de los floreros, otras acuden a las drogas, yo… Repto de cama en cama, y digo eso porque en cierto modo me siento como una serpiente venenosa, que pilla a su víctima, le inocula el veneno y desaparece. ¿Habéis visto alguna vez a una serpiente girarse a ver como su víctima perece?

Elba, Susana, Raquel, Clara… han sido unas piezas más en mi largo recorrido, hacia la recuperación, de no encontrarme, de castigar al mundo por no haber sido capaz de continuar en una relación que me lo daba todo, por echar de menos a alguien y no saber de qué modo.

***

Siempre he tenido una gran capacidad para desconectar de todo lo que me hace daño. Lo he usado como herramienta para sobrevivir en todos los entornos que me han parecido hostiles. En los comienzos con Carmen era un motivo de discusión fuerte, pero con el tiempo, acabó comprendiéndolo y aceptándolo. Los cabreos me van y vienen, igual que las rayadas.

El hecho de haber pasado un gran fin de semana con Elba no fue motivo para no pasar el siguiente con Elvira, con quien la conexión no era tan espectacular al comienzo, pero era una chica muy guapa, nos atraíamos y estaba cerca. Qué más da si no teníamos nada en común, eso iría saliendo con el tiempo. O quizás fuese algo pasajero, una más a una lista que en meses crecía lo que no hizo durante los años que pasé con Carmen. Me podía la simpleza de no pensar, tener relaciones vacías a las que no debía aportar demasiado esfuerzo.

Elvira pasó a recogerme, tenía un plan perfecto para el fin de semana. Desconexión en una casita. Me costó mucho conseguir concentrarme mientras caminábamos, bordeando el río y disfrutando del cantar de los pájaros. Pensé en Elba, estaba segura que a ella le hubiese gustado aquello, la gran cantidad de fotos en su perfil me hacía ver que compartíamos afición. Abrí la app mientras Elvira hablaba con su madre. Ni una sola publicación, ni estado. En ese momento estaba en línea. Me dio un vuelco el corazón. La decisión estaba tomada, Elba no era para mí. No haría gilipolleces. Mi vista regresó a Elvira, era muy guapa, increíblemente guapa.

Elba

Tardé en comprender que Bruna se había marchado. Me sentí como una mierda, porque, a fin de cuentas, y a pesar de haber pasado un fin de semana genial, yo necesitaba más.

En el fondo, nunca me había sentido segura con ella, un fugaz momento en el que pude llegar a creer que aquello podría haber funcionado, pero en el fondo Bruna era Bruna, y nunca nos hubiésemos comprendido. Traté de sopesar todo lo bueno que me había aportado, de almacenar los recuerdos que pasaban por mi cabeza, de no sentirme culpable por hacer algo que me había apetecido, sin hacer daño a nadie.

Dudé si Bruna seguiría con su novia y que aquel fin de semana hubiese sido una escapada de su rutina. Una multitud de pensamientos me machacaron durante días, días que dudé en escribirle. Siempre borraba el mensaje, en el último instante. Aquello no me llevaría a ningún lado. Asumí que el camino más cercano para estar bien era olvidarme de ella.

Bruna

Dos semanas sin saber nada de Elba. Seguía teniéndola en redes, aunque yo le había bloqueado alguna que otra historia para que no me viese. Ella, la primera semana después del cruce de mensajes había estado inactiva. De primeras pensé que quizás me había bloqueado. Sin embargo, allí estaba. Una canción de las Tres Nornas con una foto suya. Estaba guapísima. Sentí un pinchazo en alguna zona baja, más abajo del ombligo.

Dudé un instante, ese minuto exacto entre la calma y la tempestad, cuando crees que no puede pasar nada malo, pero en realidad sabes que desatarás una tormenta de arena capaz de desdibujarte los rasgos de la cara con la furia de los granos golpeándote las líneas del rostro. Abrí el chat, con aquel adiós que jamás me había sonado a despedida. Quise empezar a marcar las teclas para formar palabras que me acercasen a ella de nuevo, pero no pude. Estaba en línea y me paralicé. En el fondo, sabía que eso no me llevaría a ninguna parte, que le haría daño, que en mi juego no había reglas mientras que en el suyo estaban todas ordenadas según el número de jugadores. Yo aún no era consciente de que su juego era para una pareja, mientras que mi mano estaba apostando al solitario.

Apacigüé la tontería que se formó en mi cabeza aquella mañana como solo yo sabía. Llamé a Carlota y nos fuimos a desayunar antes de irme a la oficina. Deseaba contarle lo que me pasaba, pero sabía que hablar de cualquier mujer con un ápice de sentimientos donde el sexo no fuese el

protagonista, me alejaría de Carmen, más si cabe. Era increíble como me veía capaz de tontear, trepar por las sábanas de cualquier cama o delimitar con mi lengua los labios de una desconocida, a la vez que seguía con un pie sujetando la puerta que todavía no quería cerrar del todo a Carmen. ¡Si había sido yo la que se había llevado todo por delante!

Carlota estaba muy callada. Sabía de sobra que me ocultaba algo. Ese mismo finde, como si fuésemos un matrimonio con custodia compartida ante nuestras amigas, Carmen había estado con ellas. Temí que fuese a decirme que estaba devastada, dolida, que solo pensaban en volver conmigo o que se dormía pensando en mí. Mi ego desorbitado me hacía creer que solo podría ser feliz así. Ilusa. La hostia que estaba a punto de recibir fue lo que necesitaba para bajar un poquito al suelo.

—¿Me lo vas a contar ya o qué? —Solté.

—No sé, no debería ser yo quien te diga esto.

—Me tiene bloqueada en todos lados, joder…

—Ha empezado a conocer a alguien. No te digo que te haya olvidado y que en el fondo de su corazón no tenga un resquicio donde quiera volver contigo, pero la chica que ha conocido parece maja. Al menos le está dando una oportunidad.

—Joder…

—Lo siento, Bru, pero te recuerdo que fuiste tú la que de la noche a la mañana se cargó 15 años. ¿Te has enamorado de otra? —En ese momento fue consciente de que ninguna de mis amigas se había atrevido a preguntarme nada así desde que había dejado a Carmen. Supongo que intuían que me veía con otras, pero una pregunta tan directa… Me dio una risa nerviosa.

—¿Tú estás tonta? ¿Has visto a alguien? Joder, no me chupo el dedo.

—He quedado con un par de tías, un par de noches…

—¿Varias? —Noté como Carlota ponía cara de asombro.

—Nada importante. Estoy hecha un lio. Me jode saber que Carmen está conociendo a alguien.

—Si tu papel va ser la del perro del hortelano, ya estás cogiendo tus cosas y pirándote. No tienes derecho a decir nada.

—Lo sé, lo sé. No sé qué hago con mi vida.

—Pues empieza a saberlo, ya tienes una edad y no puedes ir por ahí jodiendo a todo el mundo. Y cuando digo jodiendo, me refiero a molestar, no al de placer, que ese parece que se te da muy bien —sentenció mi amiga hundiéndome en mi propia mierda.

Conecté mis auriculares, la música a todo volumen era la única compañía que necesitaba en ese momento. El bálsamo al torrente de sentimientos que estaba teniendo.

“Déjalo, no empieces de nuevo, no hay cura para estas heridas con las que me has marcado. Me duele tu huida. Márchate para siempre.”

CANCIÓN 4: LA SOMBRA DE LA DUDA

Elba

No puedo negar que era incapaz de dejar de pensar en Bruna, y en realidad todavía me dolían las heridas de Paloma. No había salido de un naufragio para meterme en otro. Como si yo sola me hubiese creído que aquel fin de semana solo serían dos días, que mis sentimientos se iban a estar quietecitos y podría volver a mi vida sin ninguna consecuencia. Me sentía tan ridícula. Los niños habían bajado al recreo, a mí no me tocaba ese día. Me quedé en clase, mirando a un punto fijo. Apenas había pegado ojo, dándole mil vueltas a todo.

Había revisado quién había mirado mi historia un millón de veces. Como si su nombre se fuese a borrar al momento. Había sido de las primeras. Mi cara, mi sonrisa, tratando de ocultar que me dolía su rechazo como un compendio de todos los anteriores. No tenía edad para estar suspirando por una cretina que había huido de esa forma. Sin embargo, mi autoestima, a pesar del fotón que había subido, estaba rozando el asfalto, raspando las pocas esperanzas que había comenzado a desarrollar, de salir a flote…

Dudé en mandarle un mensaje. Era ridículo. Me había rechazado. Volví a escuchar el trocito de letra de mi historia de la canción *La sombra de la duda*:

"Como el aire fresco, la mirada al frente y la sonrisa presente, con la fuerza de un suspiro y la alegría de un latido, me alejo de ti…"

Me encantaba esa canción, sentía que podía hablar de lo que me sucedía. Al parecer cuando Raquel se había divorciado, había quedado tan devastada que la escribió en una noche. En una entrevista decía que por un momento creyó que era la letra quien movía su mano sin ella pensar demasiado. La esperanza de poder salir de una relación de mierda que te obnubila y no te deja ser tú. Me encantaba la batería mientras Raquel se rompe sacando toda su rabia de lo más profundo de su alma. El bajo de Julia termina desgarrándote por dentro.

Salí de mi historia, viendo que su circulito se iluminaba. Era ella ahora quien había escrito algo. No pude evitar ponerme nerviosa. Dudé, quería mirarlo, pero a la vez no estaba preparada para eso. Me cabreaba ser tan imbécil, ponerme así por una persona que no se merecía ni un ápice de mi interés. Dejé el móvil en el bolso y agradecí que los niños volviesen a clase.

Bruna

Quería que Elba mirase mi historia, que me contestase, volver a hablar con ella. Era ridículo, había sido yo quien había cortado cualquier tipo de interacción posible. Ella deseaba que nos volviésemos a ver, repetir aquel fin de semana. Yo también quería, pero Elvira me venía mejor. Estaba cerca, era simpática y muy guapa. Apenas teníamos nada en común. Ni siquiera sabía quiénes eran las Tres Nornas. Realmente no importaba mucho, pero si la comparaba con Carmen o Elba, perdía puntos.

Elba me gustaba, era muy guapa, se podía hablar de todo con ella, nos reíamos, compartimos gustos musicales, hobbies, era la chica perfecta después de una relación tan maravillosa, pero estaba lejos. Aquello me animaba a volver a escribirle, a la vez que me espantaba. ¿Y si empezaba a sentir más por ella? Estaba agobiada, sabía que cortar cualquier contacto me aseguraba que saldría de mi vida sin mucho esfuerzo. Al final solo había sido un fin de semana, increíble, pero dos días de nada. Estaba en el punto perfecto para cortarlo todo.

Y a la vez tenía a Carmen rondándome la cabeza. En unas semanas la volvería a ver, era la despedida de una de nuestras amigas. Se marchaba a vivir a Berlín, y había pedido que estuviésemos las dos de forma civilizada. Sería la primera vez que nos volviésemos a ver después de cuatro meses sin hacerlo. Yo no tenía ningún problema, aunque tenía serias dudas de aguantar la rabia si hablaba de su nuevo ligue, sin ponerme terriblemente celosa. No tenía derecho a hacerlo. Carmen nunca había sido de mi propiedad, ni siquiera siendo pareja. Jamás habíamos tenido ese sentimiento de posesión, y, sin embargo, ahora que ya no estaba con ella era cuando más necesitaba que fuese mía. Es incongruente. Yo había sido quien había pedido el tiempo, quien había decidido que no volvía, quien se había marchado liándose con la primera, segunda o tercera que apareció en mi vida. Estaba totalmente perdida, era una niñata, una cría inmadura sin rumbo fijo.

Era muy tarde, debía dormir y no podía. Elba había mirado mi historia. Yo, volví a mirar su historia. Estuve tentada de escribirle. Empecé el mensaje, cerré el móvil, pero volví a abrir el chat.

—A la mierda…

Elba

El corazón me dio un vuelco. Sí, así de ridícula me sentí. A mi edad estar con esas tonterías de adolescentes me cabreaba. Bruna había subido una historia donde estaba guapísima, con el pelo revuelto, sus ojos marrones profundos y una sonrisa, que sin ser la mejor, deslumbraba. Acompañada de una canción, evidentemente, de Las Tres Nornas.

“No pienso cansarme, no voy a seguir lamentándome. Un segundo me basta para volverte a besar, un minuto para no dejarte marchar…”

Tiré el móvil con rabia. *¿Por quién iba eso? ¿Algún nuevo ligue? ¿Había vuelto con su ex?* No debía importarme, tan solo había pasado un par de días con ella, era una cobarde, absurda y niñata inmadura incapaz de enfrentarse a nada. Aunque en el fondo, me ardía la rabia de haber sido rechazada por ella. Había vuelto a sentir como mi autoestima se dañaba, sintiéndome fea, sin ilusión y sin ganas de conocer a nadie nuevo para que me hiciese lo mismo. En cambio, ella estaba pletórica, con su sonrisa de revista, aquella canción perfecta para decirle a alguien que no pensaba dejarle escapar.

Dejé pasar el resto de la tarde, con un cabreo que me quemaba la piel. Salí a caminar, a tomar algo con unas amigas y terminé corrigiendo los trabajos de los mayores. Me di una ducha, cené algo rico y me tomé una infusión reparadora. Terminé el libro que había empezado un par de días atrás, incapaz de racionarlo, devorándolo con ansias. Leer me permitía evadirme del día a día, de no pensar demasiado en mis miserias. Bruna ahora mismo era una de ellas.

Me estaba durmiendo, había sido un día largo pero muy productivo. Cogí el móvil para revisar una vez más la alarma, sabía de sobra que estaba bien, siempre lo estaba, pero mi TOC no me permitía cerrar los ojos sin mirarlo una vez más. Mi corazón empezó a latir con fuerza, la burbuja de un nuevo mensaje.

“Bruna dice…” No pude resistirme, lo abrí, necesitaba saber qué decía. Era incapaz de irme a dormir con la duda.

“Bonitos ojos. Espero que todo vaya bien. Por cierto, ¿has escuchado la canción que han sacado Las Tres Nornas con Whisky de una noche? Estoy alucinada, es un temazo. Te dejo el

link, aunque estoy segura que ya te la sabes de memoria." Y un montón de caritas sonrientes.

Apreté en el link, llevaba días con esa canción. Ya me la sabía de memoria, pero quise volverla a escuchar, porque sí, porque me había enviado ella el link.

"Te invito a una noche, de barra libre de besos.
No habrá lamentos, solo risas.
No habrá lágrimas, intentémoslo".

Dejé el móvil en la mesita. No sabía cómo tomarme ese mensaje. Estaba empezando a mentalizarme de que Bruna saldría de mi vida, aunque yo no quería, porque me gustaba, pero a la vez me parecía una imbécil. Como si pudiese manejar la mierda de sentimientos que me anudaban los pies para hacerme caer a los suyos cada vez que me escribiese. Pensé en borrarlo, olvidarme de ella para siempre. Sin embargo, me dormí cantando la última frase de la canción, la cual repetía cerca de diez veces con una euforia desorbitada del bajo y la batería…

"Lo volvería a hacer…"

Bruna

Me había dejado en visto, lo entendía. La había rechazado, de la forma más educada que había encontrado, pero rechazado. Supuse que no entendería que le volviese a escribir, pero de alguna forma quería seguir hablando con ella. Me parecía buena tía y me daba pena perder el contacto con ella. No tenía claro hasta qué punto era bueno hacer lo que hacía. Cabía la posibilidad de que me volviese a ver tentada de hacer algo que dificultase las cosas, en el fondo me gustaba, pero temía comprometerme. Algo esporádico, puntual, sin presiones. Elba no parecía la típica chica que fuese de una en otra. Era una persona con un mundo interior interesante y con reflexiones de alguien inteligente.

Deseché la posibilidad de ver su nombre y una burbuja de respuesta en mi móvil, así que dejé el móvil en el despacho y me dirigí a la primera reunión del día. No tenía demasiadas ganas, pero era lo que tocaba.

Cuando volví al despacho, entre el cansancio de tantos nuevos frentes abiertos y la falta de horas de sueño, hice una parada para tomar el café. Necesitaba la soledad de esas cuatro paredes, no me apetecía estar de charleta con alguna compañera sobre temas banales que ni me iban ni venían. Cogí mi móvil para bucear sin sentido en la web cuando vi su mensaje.

Elba

Leí su mensaje un millón de veces. Me lo sabía de memoria, no necesitaba entrar en la conversación para verlo. Y para colmo, sentía una alegría desproporcionada por el hecho de que fuese Bruna quien volviese a escribir, de no ser yo quien había caído en la tentación que tanto sentía aquellos días. Necesitaba una segunda oportunidad, para verla, para aclarar todo aquello, para no dejar que se quedase en un polvo de un fin de semana. Sin embargo, estaba destrozada por dentro, mi orgullo no me permitía que viese mi vulnerabilidad, no quería que otra tía me dejase hecha una mierda, y que fuese consciente de que lo hacía.

Llamé a Sonia. Era simple a la hora de analizarlo todo, pero esa simpleza era mágica, porque no le daba las miles de vueltas que yo necesitaba para asfixiarme. Sonia y yo habíamos tenido un corto romance, lo justo para saber que no éramos compatibles pero que de alguna forma nos

necesitábamos la una en la vida de la otra. Y así fue, nuestra amistad era indestructible. Todas sus novias comprendieron que, a pesar de haber tenido algo, nuestro amor no iba por ahí.

—¿Qué hago? —Le acababa de mandar la captura.

—¿Te doy mi opinión?

—Sí, la necesito.

—Creo que a esta chica le atraes, no sé de qué forma. Quizás solo sea algo físico, pero es como que no tiene claro lo que ha hecho, no ha zanjado del todo lo que pasó entre vosotras, pero también creo que es muy egoísta. Escapó, se despidió, de forma elegante. ¿Por qué vuelves?

—Eso digo yo, ¿por qué vuelves?

—Probablemente contigo lo pasase bien, pero no tiene ganas, o no puede comprometerse y tú la espantaste.

—¿La espanté?

—Eres intensa, Elbita. Te quiero con locura, pero si no se te conoce bien, puede uno acojonarse.

—¿Lo dices por experiencia? —Las dos reímos. En realidad, ni ella soportaba mi intensidad como pareja, ni yo su pasotismo, pero me encantaba hacerle rabiar.

—Eres una tía increíble, pero puede que se haya asustado. Estamos hablando de alguien que ha salido de una relación de muchos años. Tiene aún la cabeza en su ex, aunque sepa que esa relación ya no funcionaba. Creo que es muy complicado acertar con esta chica, y temo que te destroce. No estás preparada para esto.

—¿Para qué?

—Para que te hagan daño.

—Nadie está nunca preparado para ello —Sentencié.

—Sí, tienes razón. ¿Te acuerdas de Lía? Solo le apetecía pasar el rato, a mí aquello no me disgustó, cuando desapareció me dio pena porque teníamos un buen rollo, pero a fin de cuentas, sabía que eso pasaría. Si Bruna te gusta para un par de fines de semana, adelante. Si va a más…

—¿Dudas que ella pueda sentir por mí lo mismo que yo?

—Creo que ella no está preparada para ello, y mucho menos a distancia. Si vivieseis en la misma ciudad, quizás.

—Ya, ¿y qué hago?

—Lo que te digo siempre, solo puedes hacer lo que sientas tú de verdad. Da igual lo que te diga, debes descubrir lo que necesitas para valorar que has hecho todo lo que necesitabas para pasar página. Si te apetece escribirle, hazlo.

—¿Pero…?

—Pero estate preparada para que vuelva a salir huyendo…

Agradecí aquella conversación, como si sus palabras me hubiesen aclarado el pelo, dejándome ver por completo al frente. Necesitaba contestarle, para mí aquello no estaba terminado del todo. Si debía volverme a caer de la bici y abrirme la herida, ya tendría tiempo de cerrarla.

***

Cuando no nos queremos sentir vulnerables, ¿qué hacemos? Tratamos de hacernos los interesantes, personas súper cautivadoras, que incluso cuando alguien pasa de nosotros de la forma más cruel del mundo, intentamos mostrar que eso no nos afecta, que nos da igual, como si no fuese con nosotros. Además, le damos una excesiva importancia a nuestro aspecto, estamos podridos por dentro pero no dejamos que se note.

Esperé, esperé unas cuantas horas más antes de contestar a Bruna. Y al momento subí una foto impropia de mí, pero con la que necesitaba decir: *"mira lo que te estás perdiendo, gilipollas"*.

Pensé aquel mensaje, como si fuese a ser la clave para abrir una cámara acorazada, quería poner distancia, pero tampoco hacer que huyese del todo. Todavía no.

Elba: Los ojos son los mismos que pudiste ver en persona, no han cambiado en estas semanas. Sí, la canción es una pasada. Tiene un puntazo, me recuerda a un temazo de *Los locos de la colina*, quizás ni los conozcas, eras demasiado joven. Por aquí todo bien, lloviendo, imagino que tanto como allí.

Bruna

Es posible que me aprendiese su mensaje de memoria, lo leía riéndome, como una idiota. En el fondo, el juego que me traía con Elba me gustaba, me producía algo difícil de explicar. Mi cabeza empezó a dar vueltas, quizás no estaba tan dolida y le importaba una mierda que yo me hubiese marchado como lo hice. En realidad, Elba era una tía tremendamente atractiva, podría estar con quien le diese la gana. En ocasiones llegué a pensar que mi rechazo hacía ella era por mi miedo interior a que fuese ella quien pasase de mí. Dejar para no ser dejado, la cúspide de la cobardía del ser humano.

Dudé en contestar a su mensaje. No tenía claro a dónde quería llegar con ella, pero era consciente de que había sido yo quien había puesto en marcha los engranajes de nuevo. Sabía que Elba estaba molesta, que habíamos hecho muchos planes, y de pronto yo había desaparecido. En cambio, sentía que no le importaba demasiado que eso hubiese pasado.

Mi ego desmedido luchaba contra el miedo a su rechazo. *¿Debía seguir con ese juego? ¿Me gustaban tanto sus ojos como para regresar a ella del modo que tenía pensado? ¿Le haría daño o sería ella quien me lo hiciese a mí?*

Elba

Bruna: Cómo no los voy a conocer. Me ofendes. Es uno de mis grupos preferidos, bueno el año pasado le di mil vueltas a su disco. Te voy a pasar una canción de ellos. Si no la conoces, me debes un mojito, el mejor de Pontevedra. Si la conoces, te lo debo yo.

Imbécil, eres imbécil. No dejaba de repetirme eso al notar la puñetera sonrisa que se dibujaba en mi cara al leer su mensaje una vez tras otra. Claro que conocía aquella canción. Estaba un poco escondida, pero había sido mi bucle continuo durante semanas, hasta que la fundí y me sabía cada una de sus notas. No tenía claro lo que contestar. Volvía a enredarme en aquel comienzo absurdo, de risa continua, de gustar, de saber que alguien detrás de aquella pantalla me escribiría con una canción que me encantaba o me recomendase algún libro que no podría dejar hasta terminarlo.

Debía escapar de ahí. No contestarle más. No había mejor forma de decirle que no quería su mojito que no entrando en aquella rueda. Pero…

Elba: Me debes un mojito.

A la mierda. Mi autocontrol estaba anulado, una brújula sin norte que apuntaba como una loca en todas las direcciones. Allí estaba yo, escuchando aquella canción de nuevo, como si

hubiese encontrado un tesoro. Solo porque Bruna me la había mandado. Una conversación que daba pistoletazo de salida a una persona sin ningún tipo de responsabilidad afectiva a la que yo me había enganchado. *¿Qué podía hacer? ¿Podía evitarlo? ¿Quería hacerlo?*

CANCION 5: EUFORIA

Bruna

Marta siempre me decía que era una consentida, una niña mimada que conseguía todo lo que le daba la gana. A veces lo decía con rabia.

—No puedes pedir que todo el mundo haga lo que te dé la gana, la vida a veces te sorprende y tú no puedes controlarlo.

—Pero hasta que eso pase, puedo disfrutar de ella, ¿no?

—Claro que puedes, pero debes pensar en las consecuencias de tus actos. No puedes dejar a tu novia de toda la vida y luego pretender que ella no haga su vida.

—Joder, Marta. Vas a matar.

—No, voy a decirte las cosas que otros no se atreven. No eres una niña de 20 años, aunque para mí sigas siendo la mocosa que me coge las muñecas.

—No podía seguir con ella. Había perdido la noción de quién era.

—Pues avanza. Olvídate de Carmen. No puedes ser amiga de ella, al menos un tiempo. Espabila, coño. ¿Tienes a alguien en mente?

—Bueno…

—¿Qué?

—Varias… —solté con desgana.

—¿Varias? Joder, a eso me refiero. ¿Te vas a dedicar ahora a ir de cama en cama? —Me echó en cara Marta.

—No es eso, no tengo ganas de empezar nada nuevo, no estoy preparada, pero necesito sentirme viva.

—Espero que ellas lo sepan.

—Elvira sí, Elba no sé…

—Vale, no quiero tener esta conversación por teléfono. El viernes intentaremos llegar un poco antes. Resérvame un par de horas para ponerme al día.

—Vale, me parece bien, pero no puedes juzgarme.

—Lo intentaré.

Ese mismo fin de semana Marta venía de visita. Mi madre necesitaba resolver unos asuntos con sus primas y aprovechaba para pasar el fin de semana en el pueblo. Este me quedaba a 15 minutos en coche.

Le conté todo lo que había pasado hasta el momento. Marta me juzgaba duramente con la mirada sin mediar palabra, hasta que finalmente soltó:

—Joder, no te reconozco. ¿Tú te das cuenta de lo que estás haciendo con tu vida?

—Pues no, claro que no. Estoy hecha un lio. Por un lado no quiero avanzar en nada porque aún me queda una cosilla rara con Carmen, a la vez sé que Elvira me haría la vida fácil, pero… —dudé y Marta acabó mi frase.

—Elba te gusta más de lo que puedes controlar.

—Sí, pero no quiero una relación a distancia.

—Pues si la cosa va bien, te vienes a Gijón, que aquí tampoco pintas mucho ya. Te pasas el día trabajando, te vas a perder los mejores años de tu sobrino y de tu madre, y además, tu hermana preferida te echa mucho de menos. —Marta se rio.

—Sí, claro, Gijón. Ufff, son palabras mayores. Igual no hay nada, solo ha sido un fin de semana.

—Pues deja de darle vueltas y no pienses más en ella. Bloquéala y sal de ahí.

—¿De verdad?

—Si lo tienes tan claro… ¿Puedo verla?

Cogí el móvil, buscando una foto suya. Sentí como el estómago me daba un pellizco, incontrolable. El cuerpo tiene un idioma imposible de dominar, que nos anticipa cosas que ni siquiera nosotros nos hemos parado a pensar con demasiado detenimiento.

—¡Qué guapa! Me transmite algo muy positivo, no sé una conexión especial.

—Tú y las conexiones. Está muy buena, punto.

—Y tú y tus intervenciones primarias.

Marta seguía mirando la foto. Elba estaba sentada en la mesa de una clase, con la pizarra de fondo donde ponía "felicidades". Imaginaba que hubiesen sido sus alumnos, quizás sus compañeros. Cualquiera de ellos. Estaba segura de que Elba era muy querida en su entorno. Su sonrisa llenaba su cara. Me daba paz verla. Me quedé embobada mirándola hasta que Marta sentenció:

—Te arrepentirás si no haces nada.

Elba

Bruna me había anticipado que ese fin de semana su hermana la visitaría con toda su familia. Esperaba que volviese a dejar de hablarme ahora que estaba ocupada. De nuevo me sentía en ese bucle de esperar un mensaje suyo, una intervención a mis estados, o un gesto que me hiciese sentir que pensaba en mí. Sin embargo, era Bruna, siempre tardaba en contestar, salvo cuando a ella le interesaba. Tenía el control total de la situación. Yo lo odiaba, pero me veía incapaz de sacar la fortaleza suficiente como para escapar de ella. Me odiaba, siempre había sido tan disciplinada para todo y ahora no podía mandar a la mierda a una tía que me sacaba de mis casillas.

Abrí las fotos del fin de semana juntas y me detuve en una donde sonreía mientras posaba con mucha gracia para mí. Al fondo el mar. Podía oler ese momento, como si todavía estuviese sintiendo como mi piel se erizaba al mirarla. Sus besos recorriendo mi cuerpo con urgencia. Estaba concentrada observando la foto e imaginándome todo con ella de nuevo hasta que un mensaje suyo me interrumpió

Bruna: Mi hermana me quiere emborrachar.

Bruna adjuntaba un selfie de ella con su hermana, sonrientes y con un signo de felicidad.

Elba: Veo que tu hermana se quedó toda la belleza.

Marta era guapa, muy guapa, pero mis ojos eran incapaces de desviarse de la cara de Bruna.

Bruna: Sí, tienes razón. Esta capulla se lo llevó todo. ¿Qué tal va tu fin de semana?

Elba: Bien, estaba pensando en salir a dar un paseo antes de que se ponga a llover. Mañana ceno con mis amigas.

Bruna: Suena bien, y el fin de semana que viene, ¿tienes planes?

Mi corazón dio un vuelco ante esa pregunta. No, en realidad no tenía planes, pero *¿qué pasaría si le decía que no?* No quería caer. No debía. No podía, pero mi cuerpo la necesitaba.

Elba: Tengo un fin de semana loco y desenfrenado con una chica muy guapa.

Bruna: ¡Qué afortunada es esa chica! ¿Aceptáis un trío?

Elba: No, yo soy de hacer las cosas de una en una.

Bruna: jajajajajaja sí, mejor. Me alegro por ti, aunque me jode porque iba a proponerte que te vinieses a visitarme. Te debo un tour por aquí, ¿no?

Elba: Sí, pero no sé yo… Tendrías que hacer muchos méritos para que cancele plan y me vaya contigo.

Bruna: Tú propones. Intentaré hacer todo lo posible para que eso ocurra.

Pensé y pensé, tenía que pedir algo arriesgado. Me tocaba a mí seguir ese juego, pero no se me ocurría nada.

Elba: Quiero una foto tuya, de las que hacen cambiar de opinión, ya me entiendes.

Bruna: Uoo, cuidado con Elbita… ¿Sugerente o que se vea algo?

Elba: Siempre vale más sugerir que enseñar.

Bruna: Tienes razón. Se me olvidaba que eras una señora. Hecho, pero con mi hermana no. Tienes que darme tiempo.

Elba: Sin problemas. Tiene que ser una buena foto. De lo contrario, tendré que seguir con mis planes.

Bruna

Llegué a casa un poco perjudicada. Marta había preferido quedarse en el pueblo con toda la familia. Mi piso se nos quedaba pequeño. Agradecí estar un poco contentilla con las cervezas que nos habíamos tomado para hacer lo que planeaba. Llevaba todo el camino pensando en las fotos que le mandaría. Dudé si mandarlas todas de golpe o ir mandando de poco en poco, pero finalmente preferí ir de una en una por si tuviese que ir cambiando de idea. La primera era sencilla, busqué una luz tenue, un buen punto desde donde disparar. Tras varios intentos, salió una bastante buena.

Mis labios, media cara, sin llegar a verse el ojo del todo. Mi labio superior mordiendo ligeramente el labio inferior. Le di unos últimos retoques y se la envié.

Elba: No está mal. Para empezar me gusta. Vas por buen camino.

Bruna: Me lo vas a poner difícil, ¿verdad?

Elba: ¿Creías que con una foto iba a caer a tus pies?

Bruna: No, claro que no.

Me hacía gracia estar delante del espejo, tratando de buscar las mejores poses para hacer una foto y mandársela. En el fondo, tenía toda la seguridad en mí misma para enviar eso sin sentirme ridícula, de ver que podía ser sexy y tratar de que Elba volviese a confiar en mí, aunque ni yo lo hacía.

La siguiente era sencilla. Solo tenía que animar a uno de mis pezones para, sobre una camiseta clarita y con una buena luz, dejar que se intuyese en todo su esplendor. Tardé un poco en encontrar el mejor encuadre, pero tras un retoqué la envié.

Elba: Guauuuu, esta está mucho más conseguida…

Bruna: Vamos, que es tu forma educada de decirme que te has puesto cachonda jajaja

Elba: Tu siempre tan directa, para lo que te interesa…

Bruna: Tocada y hundida. Zas… ¿Dejo de mandarte fotos? Veo que no tengo nada que hacer…

Elba: Te queda una oportunidad.

Ahí estaba, dispuesta a perdonarme, pagando el precio de un juego que a mí no me importaba ni lo más mínimo. Sin embargo, no estaba acostumbrada a rogarle nada a nadie. Que sí, que me moría de ganas de volverla a ver, pero en el fondo no quería hacerlo. Sabía que era un error.

Me senté al pie de la cama, con la idea de mi última foto. Esa sería la definitiva y estaba segura de que le gustaría. Tenía en mis manos el poder de volver a desaparecer, de no mandarla o de hacer una tontería que hiciese daño a otra persona. Podía huir sin ningún problema, pero sabía que no lo conseguiría. Era imposible escapar de ella.

Me acerqué al armario donde guardaba la ropa interior, cogiendo mi mejor pieza. Me la puse con prisa, tumbándome en la cama después de dejar que toda la luz iluminase mi cuerpo. Coloqué la mano, con la que no sujetaba el móvil, ligeramente metida por dentro de mi ropa interior. Sutil, con la vista perfecta de mis curvas. Sin complejos, ¿de qué sirven? No lo pensé, ni siquiera me paré en retocar demasiado. Di a enviar.

Elba: es posible que me arrepienta de esto. El fin de semana que viene, me tienes ahí.

Bruna: no, no dejaré que te arrepientas.

Elba

Si es que ya lo dice el dicho: “El hombre es el único animal en tropezar sobre la misma piedra dos veces.” En este caso, la mujer, mujer lesbiana.

Estaba sentada en mi coche, poniendo en el GPS Pontevedra, concretamente la dirección que Bruna me había enviado. Un par de horas y volvería a verla después de su estampida, de aquel fin de semana donde el sexo fue la única constante entre su cuerpo y el mío.

Me metía en la boca del lobo de nuevo. Debía pensar en ella como algo de usar y tirar, porque sabía que Bruna volvería a desaparecer. Por muy bonito que fuese a ser el fin de semana, aquel ovillo de sentimientos que me llevaba a ella tratando de atarse a su muñeca, mínimamente, se acabaría haciendo de nuevo una bola, atándome de pies y manos y haciéndome caer una vez más.

Me pasé todo el camino repitiéndome algo que ni yo me creía. “Es solo sexo”. Ya está, era fácil. Un intercambio de fluidos, a lo sumo, un par de buenas conversaciones agradables. Poca información sobre ella, poca sobre mí. Bruna me gustaba, pero no merecía mi salud mental. Debía grabarme aquello.

Llegué, enmarañada en ese ovillo en el que me iba enredando yo sola. Llamé al timbre del portal, sin tardar en plantarme en la puerta de su piso. Estaba aún más nerviosa que la primera vez que quedamos. A fin de cuentas, tenía almacenado en un rincón de mi mente su olor, sus gestos, sus miradas… Solo necesitaba un segundo para activarlos de nuevo. Dudé en salir corriendo, escapar de Bruna como ella lo había hecho de mí, pero mi cuerpo no se movía.

—Hola —Bruna me recibió con una gran sonrisa. Parecía como si el fin de semana anterior nos hubiésemos visto con total normalidad. Que la confianza todavía no se había resquebrajado y que estábamos ahí, tejiendo lo que parecía el comienzo de algo sano. Sin embargo, estábamos lejos de ello. Muy lejos.

—Hola —Me quedé quieta. Paralizada. No sabía qué hacer.

—Puedes pasar, ¿eh? —Su risa nerviosa me relajó. *¿Estaba preparada para un nuevo rechazo?*

—¿Seguro? —A Bruna se le escapó una carcajada muy sonora.

—¿Has hecho el viaje hasta aquí solo para decir hola? —En realidad no, el viaje lo había hecho porque solo era sexo, solo sexo. Joder, ni yo me lo creía. Era imposible buscar solo sexo en esa sonrisa perfecta.

—No, en realidad solo he venido por el albariño y el pulpo.

—Ah vale, me dejas más tranquila.

Nos sentamos en el sofá. Al principio no era capaz de mirarle a la cara y empecé a sentirme ridícula. Traté de relajarme y darle la importancia que aquello se merecía.

—¿Quieres beber algo? —Agradecí su pregunta.

—¿Un whisky?

—¿En serio? —Bruna se levantó hacia un armario que parecía minibar—. Creo que no tengo.

—No, en realidad odio el whisky…, ¿qué tienes?

—Un licor café súper bueno, no hace mucho que lo compré en una feria artesanal.

—Dale, me va bien.

Bruna puso algo de música mientras acercaba un par de vasos de tubo con hielos. Empezamos a bebernos su licor café. No sé si fue lo fresquito que estaba o los nervios que tenía, pero aquello entraba solo, haciendo que pudiese encontrarme menos tensa. La conversación fluía de nuevo entre nosotras, nos reíamos por todo y habíamos conseguido pasar el momento más crítico. Era como si de pronto hubiésemos olvidado de golpe y porrazo lo que había pasado en las últimas semanas y nos encontrásemos en la casilla de salida.

Noté como Bruna se acercaba a mí con descaro. Me apetecía ese momento, tenía ganas de ella. Sabía que sería lo siguiente, y lo estaba deseando.

—¿Más? —Ofreció acercándome la botella.

—No, creo que estoy servida. El miedo ya se me ha pasado.

—¿Miedo? Tengo todas las vacunas en regla.

—Me voy a ahorrar la respuesta perfecta a tu pregunta retórica. —Bruna se rio, acercándose aún más, tan peligrosamente que casi podía sentirla.

—Tu olor…

—¿Qué le pasa? —Pregunté tontamente.

—Me encanta. Si existiese una colonia con tu aroma, me la compraría.

—Pudiendo tenerlo en persona, buenas ganas tienes de capturarlo en un bote. —Reímos las dos.

—Tienes razón.

Bruna cogió el poco impulso que necesitaba para tomar mi labio inferior entre sus dientes. Un suave mordisco que hizo que una bocanada de aire caliente me abrasase el cuerpo. Quizás era el licor café. Segundo mordisco. No, no era el licor. Terminamos besándonos con aún más ganas que las primeras veces, tal vez con un poco de desesperación. Un deseo inclasificable. En ese punto era feliz. No necesitaba más, aunque era muy difícil poder sobrevivir el resto de mi existencia pegada a sus labios.

Bruna

Después de los chupitos de café y los primeros besos, decidí llevarla a mi restaurante preferido. Un buen albariño, de los de verdad, regaría una cena típica gallega que no podía fallar. La incomodidad inicial se fue disuadiendo según las horas pasaban. No podía dejar de reír con ella.

Notaba como casi sin desearlo conseguía que me relajase con la calma de sus ojos, hablando de aquellas cosas que no se deben decir si no quieres traspasar las líneas de solo arrugar las sábanas de la cama.

—¿Hermanos? —Pregunté con curiosidad.

—Dos. Una es enfermera en Londres y el pequeño está en Canadá. Se marchó con una beca y no volvió. Tú solo una, ¿No?

—Sí, Marta. ¿Te llevas bien con tus padres?

—Bastante bien, sí. Son muy caseros y familiares. Cuando nos juntamos todos, armamos unas fiestas increíbles. Ellos a veces se escapan a ver a mi hermana, a mi hermano es algo más complicado. Aunque él trata de venir un par de veces al año. Nos echa mucho de menos, pero sabemos que es feliz allí. Ni en sueños podría tener el trabajo que tiene allí si volviese. Es una mierda como tratan a la juventud en nuestro país.

—Estoy de acuerdo. Yo también viví dos años en Londres.

—¿En serio?

—Sí, Carmen se fue con una beca. Yo acababa de terminar y tenía poco futuro. Sabía que aprender inglés me abriría muchas puertas. Ella amplió otro año y me quedé con ella allí. Fue una experiencia muy enriquecedora.

—¿Y dónde trabajaste?

—Pues empecé poniendo cafés, pero al final conseguí hacer fotocopias en una empresa de marketing. Una mierda, pero oye, aprendí muchísimo. —Elba no pudo evitar reírse conmigo.

—De todo se aprende.

—Así es, cuando volví hice una entrevista en una filial de conservas, la cual tiene repartidas varias sedes por distintas provincias costeras y mi toque fresco les entusiasmó. Venía de una gran empresa de Londres, lo que no dije es que solo hacía fotocopias.

Las dos volvimos a reír. Me gustaba hablar con ella.

—¿Y tu familia? —Elba cortó mi risa—. Perdona, quizás no quieras hablar de ello.

—No, no pasa nada. Mi padre murió hace unos años, mi madre se fue a vivir con mi hermana cuando nació Carlos y poco más.

—¿Te llevas bien con tu madre?

—Sí, con mi madre genial. Mi padre nunca llegó a aceptar lo mío. Digamos que no me gustaba como trataba a Carmen y con el tiempo dejé de ir a casa cuando él estaba.

—Vaya, lo siento. Tiene que ser duro.

—Bueno, como bien has dicho, de todo se aprende. En cambio, tengo la mejor hermana del mundo. Ella siempre ha sido mi principal apoyo. Me quedo con eso.

—Claro. —Noté como Elba se había quedado un poco cortada.

—Venga, nada de deprimirse, ¿te apetece ir a tomar una copa? Hay una discoteca bastante chula aquí cerca. Ponen unos mojitos increíbles.

—¡El famoso mojito!

—¡Vamos! No perdamos ni un minuto —sentencié.

Elba

Notaba como el vino me había subido algo más de lo normal. Bruna me había avisado que era fuerte, pero estaba tan a gusto charlando con ella que apenas reparé en cuánto bebía. El mojito estaba tan bueno como me había prometido, terminando de rematar mi sobriedad.

En aquel lugar era imposible hablar, supuse que Bruna había escogido ese plan a posta. No me importó demasiado. Hablar con ella me gustaba mucho, pero sabía que si seguíamos por ese

camino, la hostia de su nueva desaparición sería tremenda. Incluso más dolorosa que la anterior. La miré fijamente. Era guapa, muy guapa. Me encantaba la forma en la que nos mirábamos. En realidad, si lo pensaba bien, era una pena estropear esa atracción con sentimientos. Me lancé y sujetándola por la cintura la acerqué a mí para besarla. Bruna aceptó ese beso con ganas. No recuerdo la horrible canción que sonaba de fondo, solo podía concentrarme en su boca junto a la mía.

Me alejé de ella, con una risita maliciosa. Ella trató de acercase a por un nuevo beso y me aparté tontamente. Bruna sonrió.

—Estás acostumbrada a tener todo lo que quieres, ¿verdad? —Fue todo lo que se me ocurrió susurrarle al oído. Hizo efecto al ver su sonrisa. Esta vez se aseguró de acercarme lo suficiente a ella como para que no pudiese esquivar su beso. La intensidad aumentaba. Mis ganas de sentirla aún más iban subiendo. Me daba igual todo lo demás. No podía dejar de pensar en su cuerpo contra el mío de nuevo.

—¿Nos vamos? —Bruna leyó mis pensamientos. No era complicado en aquel momento. Nos acabamos los mojitos de un trago, alejándonos de aquella música tan horrible.

Bruna

Nuestros besos habían servido de antesala a las ganas que nos teníamos. Tuvimos el tiempo justo como para entrar en mi piso, lanzar las llaves y las chaquetas, para entre besos, seguir incendiando la estancia con nuestro calor. Su cuerpo apoyado contra la pared de la entrada mientras mi lengua recorría su cuello, y mis manos avanzaban por debajo de su ropa. Las suyas acariciaban mi espalda, bajando hasta mi culo con ansias. Tomé sus manos y las subí, apretándolas con las mías contra la pared.

—Qué rápida —Elba sonrió. Un segundo hasta que mis labios cubrieron de nuevo los suyos.

Elba no se quejó más mientras mis labios iban avanzando. Escuchaba sus suspiros cada vez que me apartaba de ella para dejar que ambas cogiésemos aire, antes de regresar al punto de partida. Liberé una de mis manos para poder colarla por debajo de su ropa, retirando hacia arriba su sujetador y palpar con mis dedos su pecho. Me encantaba sentir como sus pezones se endurecían según mis dedos los acariciaba. No aguanté y decidí seguir con mi boca. Me gustaba el tacto de sus pezones duros con el movimiento de mi lengua sobre ellos. Acechando cada centímetro de tan delicada piel. Alcé la vista para ver su cara. Era el momento perfecto.

—¿Aquí?

—Sí. Aquí.

Desabroché su pantalón, haciéndole hueco a mi mano para poder meterla bajo su ropa interior. Me encantó el primer contacto con su sexo, empapado. No fue difícil deslizar dos de mis dedos suavemente sobre sus labios.

—Dentro —Susurró con un hilito de voz.

Obedecí su orden, introduciendo mis dos dedos lo más profundo que pude, primero suave, aumentando la intensidad de mis embestidas. Noté como su cuerpo se retorcía de placer. Estaba en el punto perfecto. Saqué mis dedos y me detuve en su clítoris. Tardé un poco en encontrar el punto pues su respiración cortada me alteró a mí también. Terminé encontrando un movimiento constante, cada vez más intenso que hacía vibrar su cuerpo aún más.

—Oh dios, no puedo. Me voy a correr en tus dedos.

—Hazlo —le supliqué al oído notando como se estremecía.

Sus gemidos sobre mi oído aumentaron hasta que su cuerpo tembló y un grito todavía más fuerte me hizo entender que había llegado.

—Joder…

—Sí, eso es. —Las dos reímos.

Elba

Ya me sabía el camino a su habitación, a su cama. Aquel polvo me había dejado KO, incapaz de quedarme de pie. Me desvestí y entre risas me metí en la cama. Ella me imitó. Su piel caliente rozó la mía. Tomé posición, poniéndome encima de ella. Me encantaban sus besos húmedos. Notaba como mis piernas estaban empapadas mientras seguía besándola. Necesitaba sentirla ahora yo a ella.

—Un momento, tengo una idea.

—¿Qué? —Bruna se asustó al verme salir corriendo de la cama—. ¿Estás bien?

—Un segundo. —Aproveché para ir al baño, buscar mi bolso y coger el móvil. Volví a la cama con el móvil en la mano.

—¿Quieres grabarnos? Joder, Elba. Vas un poco fuerte.

—No, joder. Cállate o no te pienso follar.

—Me callo, me callo.

Nos reímos mientras abría mi reproductor de música, buscando la canción en la que estaba pensando.

—Siempre he querido tenerla de fondo —dije segura.

—Si eso te motiva para follarme mejor, adelante.

Volvimos a reírnos.

—Me vas a decir que no lo hago bien… —Salté sobre ella, repasando con mi lengua uno de sus pezones.

—Sí, sí que lo haces bien —soltó Bruna con una mirada lasciva.

—Ahora, cállate y déjame.

No dejé que contestase, colando mi lengua en su boca y permitiendo que mis manos se pusiesen en marcha para explorar su cuerpo. Las Tres Nornas sonaron mientras nuestros cuerpos hablaron un idioma, que solo a veces la música sabe imitar, para que las personas se entiendan.

“Y es que necesito tu cuerpo junto al mío. Cerca, muy cerca, quemándome hasta el último poro de mi piel…”

Bruna

Nos dormimos abrazadas. Algo que no me desagradó en absoluto, al contrario, me gustó demasiado. Sin lugar a dudas, fue lo que me hizo ver que aquella sería la última vez que nos viésemos. Estaba muy a gusto con ella, y no quería que eso avanzase, que nos hiciésemos daño. Si existía una mínima posibilidad de que Carmen y yo volviésemos, no podría ser si seguía viendo a Elba. El sexo con ella era increíble, pero las implicaciones que iban surgiendo no eran compatibles con el momento en el que me encontraba ahora. No estaba para relaciones y menos una a distancia. Aquello me aterraba. Todas mis amigas habían vivido una y sabía lo horrible que era eso, y mucho más en el punto en el que yo me sentía.

Elba se movió, temí que se apartase de mí, me gustaba su calorcito. Su pelo cayendo por su cuerpo invadiendo mis costuras. Su olor mezclándose con el mío. Me apetecía besarla, pero era un beso distinto a los de la noche anterior. No debía hacerlo. Me asusté de mis sentimientos. Debía frenar aquello inmediatamente.

Me levanté despacio, viendo como su cuerpo recuperaba la postura sin estar pegado al mío. La observé un instante, fotografiando con mis retinas aquellas curvas perfectas que sabía que no podrían ser para mí. La tapé con cuidado y repté, como la sucia serpiente que me sentía cada vez que le fallaba, hasta la habitación donde guardaba algo de ropa.

—Joder, Elba. ¿Qué coño me estás haciendo?

No pude evitarlo y rompí a llorar, mirándome al espejo que tenía enfrente. Quería reconocerme, pero no lo hacía. No podía manejar aquel torrente de sentimientos que me poseían. No quería hacerle daño. Sin embargo, me estaba dando cuenta de que, por no querer dañarla, me estaba machacando a mí. Era como intentar adelantar a un coche de gran cilindrada sin apenas tener caballos en el mío. Apretaba hasta el fondo el acelerador, pero mi coche no se movía del sitio. En ese momento no lo pude ver. Era demasiado orgullosa para ser consciente de algo tan importante como lo que sentía. Tardé meses en empezar a descubrirlo, años para ver aquellos días con suficiente perspectiva.

Elba

Mi mochila pesaba poco, fue lo que noté al ponérmela en la espalda mientras me disponía a despedirme de Bruna. Esta, con un moño, sudadera 3 tallas más grande y unos pantalones roídos. Era imposible estar más guapa. Si la seguía mirando de esa forma, me veía obligada a cerrar la puerta y repetir de nuevo la escena de la pared, pero esta vez siendo ella la presa.

—¿En qué piensas? —Su voz me devolvió a la oscura estancia. Tan poco clara como la despedida a la que nos enfrentábamos.

—Nada. Me pregunto si te volveré a ver…

—Claro, ¿por qué no? —Soltó Bruna segura pero cínica.

—No sé, siento que no lo haré. —Quería saber lo que Bruna sentía, pero ni yo me atrevía a poner en voz alta lo que sentía yo.

—¿Por qué?

—Será mejor que lo dejemos aquí, las dos lo sabemos.

—No sé de qué me hablas.

—Joder, déjate de hacerte la fuerte y chula, coño. Yo también sé jugar, pero no quiero. Me caes bien, Bruna. Déjalo, me voy. No quiero que se haga tarde.

Bruna se balanceó sobre su sitio. Sentí como si en ese único movimiento dos decisiones se hubiesen apoderado de ella. La primera, darme un beso para callarme. La segunda, volver a su sitio para ser Bruna, la chica dura. La segunda anulaba la primera y dejaba constancia de que todo lo que hubiese podido pensar estaba en mi imaginación. Quizás en un mundo paralelo donde yo quería que pasase algo más aun estando muerta de miedo.

Decidí aceptar la derrota. Un abrazo que duró más de lo que hubiese deseado. El silencio a veces busca hablar, pero no encuentra palabras porque nunca nadie se las enseñó. El tiempo acaba enseñándote a balbucear, porque si no lo hace, te conviertes en olvido.

Elegí el camino lento, las escaleras. Bajé una a una despacio, hasta que sentí que la puerta de su casa se cerraba. Fue entonces cuando activé la velocidad de mis pasos.

Conduje en silencio. No recordaba un viaje más aburrido que ese. No había tenido valor ni de poner música, y eso me preocupaba. Llegué a casa, duchándome y metiéndome en la cama. Ni siquiera escribí a Bruna para decirle que había llegado. Me quedé dormida en un mar de lágrimas.

Bruna: ¿Elba? Has llegado, ¿verdad?

Bruna: ¿Elba? Estoy preocupada. Escríbeme cuando lo leas, por favor.
Bruna: Imagino que te has dormido…

Desperté leyendo sus mensajes, enviados en diferentes horas. Contesté al momento.

Elba: Sí, perdona que no te escribiese. Me quedé dormida. ¡Qué tengas un buen día!
Bruna: ¡Qué susto! Estaba a punto de llamar a mi hermana para que se acercase a tu casa. Buen día para ti también.

Quizás a Bruna le importaba un poco. Tal vez. No quería comprobarlo. Me olvidaría de ella y no volvería a saber nada nunca más. Me dolía saber que sentía algo por ella, e incluso más, el no ser valiente para preguntarle si ella también lo sentía por mí.

Bruna

No había pegado ojo en toda la noche pensando en Elba, primero porque aquella mañana algo dentro de mí había cambiado y segundo, porque no me había escrito y en el fondo, estaba preocupada. Estaba hecha un puto lío. Era como si Elba supiese que yo huiría de su vida de nuevo, no la podía culpar después de la primera vez.

Finalmente, su seco mensaje de la mañana me había dejado rayada y pensé que debía ser ella quien me buscase. Dudé en escribirle al cabo de una semana, no había vuelto a saber nada de ella, ni siquiera un estado, ni una historia. Quise olvidarme momentáneamente de Elba y dejar que el fin de semana con las chicas y Carmen me diese la clave a cómo me sentía. En realidad, era ridículo acercarme a ella si Carmen me revolvía algo. Era mejor dejarlo estar.

Y menos mal que así lo hice, debió ser de las pocas decisiones sabias que tomé ese año. El fin de semana con mis amigas fue intenso, bonito, extraño. Carmen estaba distinta, había empezado a verse con alguien y la sombra del recuerdo de todo lo que siempre habíamos sentido la una por la otra nos acechó para, con unas cuantas copas de más, acabar en la cama.

Un despertar raro, con sabor a despedida, a zanjar algo que llevábamos tiempo sin saber cómo terminar. Me alegré de no haber escrito a Elba los días antes. Necesitaba estar sola, repararme para ofrecerle algo sano a alguien. Me jodía dejar pasar una chica como ella, pero sabía que era una decisión buena, que por una vez, a pesar de estar haciendo daño, evitaría mucho dolor. Qué complicado es cuando nos salva más lo que no decimos que aquello que soltamos sin meditar.

Elba

Fui a ver a mi mejor amiga y su novia. Solo ellas podrían comprender y bajar mis niveles de ansiedad. Me recibió su perrita a lametazo limpio y yo lo agradecí porque aquellos mimos en aquel momento eran justo lo que necesitaba.

—¿Qué ha pasado? —Mónica abrió con una sonrisa.

—Estoy muy agobiada.

—Pasa anda, acabamos de hacer la cena. Siéntate. —Me invitó Sonia.

—Es que…

—¿Sigues dándole vueltas?

—Sí —solté suspirando.

—Mira Elba —comenzó Mónica, una de las personas que más me conocen del mundo—. No

quiero ser dura, pero tienes dos opciones, o decirle que te gusta de verdad y ver su respuesta u olvidarte para siempre de ella. Sinceramente, no quiero ser cruda contigo, pero a esa chica no le interesas lo más mínimo. Si lo hicieses ya te hubiese escrito.

Mastiqué aquellas dolorosas frases mientras trataba de tragar la cena. Se me hacían bola ambas cosas. Amagué una lágrima, pero después de Paloma no me salió nada. Me había quedado seca.

—Yo comprendo que el rechazo no es fácil de asimilar. A nadie le gusta pasar unos fines de semana de puta madre y que pasen de ti como de la mierda, pero piensa que hace unos meses llorabas por las esquinas por otra persona y que esta chica no existía.

—Ya, lo sé. Trato de ser racional en todos los aspectos. Primero, no estaría preparada para nada. Segundo, se me ha ido de las manos.

—Claro, ahora tienes que dedicarte a conocer gente, salir y divertirte, no a meterte en una relación a distancia con una chica que pasa de todo —aclaró Mónica.

—Debo encontrarme —dije con seguridad.

—¿Encontrarte? No entiendo qué significa eso —respondió Mónica extrañada.

Sonia y yo reímos. Era imposible no hacerlo con la sincera espontaneidad de Mónica. Sabíamos de sobra que no comprendía ese concepto y que por mucho que se lo explicásemos no lo haría. Y, sin embargo, era la persona que más claro había puesto la situación sobre la mesa. A veces en las síntesis más simples es donde radica la verdad de las experiencias.

***

Hay personas que aparecen y desaparecen en nuestra vida como las mareas. Cuando ya has conseguido que tu arena se seque, que el salitre se evapore, van volviendo a acercase a ti. Primero suavemente, llegando a la orilla calmadamente. Es un aviso de que están cerca, pero no lo suficiente. Dejan un sutil rastro. De golpe, esa amable sutileza pasa a ser destrozada con la fuerza de una ola, que rompe todo lo que tiene a su alrededor. Esa era Bruna, una persona marea, con el doble significado que su nombre conlleva.

Y es que ya se sabe, que cuando te empiezas a recuperar del último revolcón, cogiendo el aire suficiente para salir de ahí, porque sabes que tienes que escapar, ya está llegando otra ola que te sacude contra el suelo. Si te quedas mucho en ese lugar, acabarás en una relación tóxica que te destrozará la piel.

Pero el problema más grande de todo esto no es enamorarse de alguien, sino de todo aquello que creías que iba a pasar con esa persona. Te creas una relación perfecta, todavía a veces sacudiéndote la arena de la persona anterior, a la que conocías perfectamente, pero ahora con un nuevo escenario en el que crees que las cosas que imaginabas fluirán mejor. Y claro, salir de esa idealización es muy jodido. Duele doblemente, por no haberlo vivido en carne, pero haberlo visualizado en tu cabeza un millón de veces.

Es como si hubiese rodado la película más perfecta de la historia, estás convencida de que se llevará todos los premios que existen para ella, pero en realidad no hay ni un solo reproductor en el planeta que permita que los ojos del resto de la humanidad la vean. Se crea dentro de ti una frustración imposible de dominar.

Eso es lo que pasa con los amores imposibles, idealizados al extremo y pensados sin censura. La hostia es tan grande que cuesta volver al mundo real.

CANCIÓN 6: TU ÚLTIMO BESO

Bruna

Después de varias semanas sin saber de Elba tuve que acercarme un fin de semana a Gijón. Sentí un escalofrío pensando que podría quedar con ella para tomar algo. Sin embargo, no me sentía con fuerzas como para hablar con ella. No entendía qué clase de debilidad provocaba en mí. Terminé contándole todo a Marta, con todo lujo de detalles. Declaré mi total incapacidad para enfrentarme a aquella chica de ojos perfectos. Me encantaba estar con ella, pero sentía que ella necesitaba avanzar mucho más rápido que yo, no me sentía preparada para afrontar los casi 300 km que nos separaban. Creía que de ahí no podría salir nada sano, que acabaría naufragando en sus ojos azules, y sin embargo no me avergüenzo por declararme adicta al juego que habíamos tenido.

—Te gusta, ¿qué problema hay?

—Aún pienso mucho en Carmen —Le conté lo del fin de semana con ella.

—Joder, ¿no me habías dicho que Carmen está conociendo a alguien?

—Sí, asentí.

—¿Entonces?

— No fue nada. Hemos hablado y no volverá a pasar. Fue como el de despedida. Ya sé que sueno ridícula, pero ahora sí que me siento preparada para cerrar esa etapa.

—Vale, y ahora, ¿por qué no te das tú la oportunidad de conocer a Elba?

—¿Y si le hago daño?

—¿Y si sale bien? Te sigues sintiendo culpable por dejar a Carmen, ¿verdad?

—Sí, hay días que me siento aliviada, otros en cambio pienso que he cometido el error de mi vida dejando escapar a la única persona por la que me he sentido comprendida como pareja. Siento que volvimos a caer por todos los recuerdos que aún no habíamos archivado.

—No has conocido a nadie de la forma que lo has hecho con Carmen, ni siquiera te das la oportunidad. Cuando aparece alguien que merece la pena te alejas e incluso lo haces más complicado teniendo algo con alguien con quien sabes que no durarás mucho como pareja.

—Joder, estoy hecha un lio.

—¿Quieres un consejo?

—Claro, lo necesito. Acudo a tu sabiduría. —Ambas reímos, disolviendo el dramatismo que había concentrado en el ambiente.

—Creo que esa chica te gusta, pero no creo que estés preparada para ofrecerle algo serio. Siento que necesitas estar un tiempo sola, saber quién eres. Carmen y tú habéis pasado tanto juntas que las líneas entre una y otra se han ido desdibujando. Busca actividades que te apetezca hacer, conoce gente nueva, apúntate a algo que te motive. A ti, no pienses que a Carmen eso le hubiese encantado.

—Es complicado cuando compartimos grupo de amigas.

—Distánciate un tiempo, lo necesitas. Si sigues enroscada en esa relación que ya ha terminado, acabarás perdiendo a tías tan increíbles como Elba.

—¿Tú también crees que Elba es increíble?

—Desde luego que sí, tiene pinta de ser una gran profe —bromeó mi hermana—, y no me importaría como novia de mi hermana, pero también sé que no estás preparada, creo que le harías mucho daño.

—Lo sé —sentencié reprimiendo una lágrima. Mi hermana me comprendía.

—Venga va, no te quería decir nada, pero tengo algo para ti. Es el momento perfecto.

Marta sacó de su bolso un sobre, y antes de entregármelo me dio un fuerte abrazo, de los que reconfortan cuando ya no hay nada más que decir.

—¿Qué es esto? —Pregunté con el sobre en la mano.

—Ábrelo, coño, ¡qué niña! —Las dos estallamos en una risa.

—No puedo creérmelo, pero hay dos.

—Claro, iré contigo. La última vez que fuiste a verlas, mira la qué liaste. ¿Cuánto hace que no hacemos nada juntas?

—Creo que desde mi primera comunión.

—Serás imbécil.

—Gracias, te quiero tanto. Qué suerte tenerte en mi vida.

—Sí, sí, pero busca un buen sitio para cenar, pienso pedir el vino más caro, y tú conducirás.

—Hecho.

Volví a abrazarla, esta vez el abrazo duró mucho más tiempo. Mi hermana era la única persona del mundo que podía comprenderme, que me hablaba sin tapujos y me escuchaba tantas veces como fuese necesario, aunque lo repitiese mil veces.

Elba

—Qué no, que no pienso ir —contesté ante la insistencia de mi amiga.

—Lo qué faltaba, que dejes de hacer cosas por la hipotética casualidad de que pueda estar ella. No me gusta decir esto porque queda muy feo, pero nos ha costado una pasta conseguir las entradas, hemos alquilado el apartamento y pensamos pasar un fin de semana como los de antes. No puedes decirnos que no.

—Joder, es que Galicia…

—Tienes la desgracia de que os gusta la misma música y sois de la misma zona geográfica, las posibilidades de encontrártela aumentan. Haber pensado a quién metías en la cama, jovencita —soltó mi amiga riendo.

—Lo sé, lo sé… Si la culpa es mía por volver a caer en su jueguecito. —Dudé antes de decir lo que iba a decir—. Está bien, tienes razón. Iremos.

Mis amigas se habían esforzado en ese fin de semana. Un regalo de cumple que dudaba merecerme después de la racha que llevaba y del montón de horas que habían pasado consolándome. No tardé en darme cuenta de que esos días con ellas era un acierto, lo que llevaba necesitando desde hacía mucho tiempo. Las risas no cesaban. Tenía suerte de tener ese grupo de amigas, muchas de ellas provenían del instituto, otras se habían ido uniendo con el paso de los años. Unas iban, otras venían, pero nosotras siempre habíamos estado juntas. En lo bueno y en lo malo. Habíamos sabido escucharnos en cada momento.

Llegamos al apartamento, después de haber hecho una compra. Ese viernes aprovecharíamos para cenar tranquilamente, beber y reír recordando viejas anécdotas. Ir con Susana de viaje eran risas aseguradas, siempre le pasaba lo más raro, o más simpático que pudiésemos imaginar. El concierto era al día siguiente y estaba tremendamente nerviosa, pensando en las posibilidades de encontrármela. Sin embargo, por un momento había conseguido olvidarme de Bruna, hasta que Cris sacó el tema.

—¿Qué harás si te la encuentras?

—¿Qué puedo hacer? Tratar de evitarla, ¿no?

—¿Qué te gustaría hacer? —Preguntó Sonia.

—Soy bastante irracional cuando estoy con ella, sinceramente. Me gusta mucho físicamente.

Es una atracción que no puedo controlar. Cuando no sé nada de ella, noto que me voy reparando poco a poco, pero en el momento en el que tengo la más mínima información, me vengo abajo.

—Pues si el cuerpo te lo pide, te enrollas con ella —soltó Sonia espontáneamente, sintiendo el codazo de su novia.

—No, ni se te ocurra.

—¿Por qué no? Ha estado con una tía que le encanta, cuando la conociste dijiste que no pasaría de nada y mira —soltó mi amiga segura.

—Mira lo jodida que está. Todavía no enterró a la otra y ya se colgó de esta chula.

—¿Y si consigue que esa chula se acabe pillando de ella?

—¿Y si acaba destrozada?

—Yo solo sé que si no lo intenta no sabrá que puede salir de ahí…

—Elba no es así, se come demasiado la cabeza, necesita algo estable. No es como tú o como Susana que tenéis un rollo de una noche y no os afecta. Elba es como yo, necesitamos sentir que nos quieren cerca y que no nos cambiarán por la primera que pase —declaró Mónica.

—Bueno, es que esa chica, para empezar, no está jugando solo con Elba…

—¿Qué es ese ruido?

Agradecí que la travesura de un gato nos sacase de esa conversación, del montón de pensamientos que de nuevo revoloteaban sobre mi cabeza, de las inseguridades que Bruna me producía, de ese juego que yo era incapaz de comprender porque quizás estaba a años luz de su proceder. En el fondo sentía que eso no era para mí, que no estaba preparada para volverme a enamorar, pero si Bruna me hiciese el mínimo caso, caería. Porque, a fin de cuentas, me gustaba, encajábamos, pero nunca llegué a saber si por un instante Bruna sintió un ápice de lo que yo sentí hacia ella.

Bruna

Marta y yo habíamos llegado muy pronto. Finalmente nos había llevado una amiga y volveríamos en el autobús que la organización había proporcionado. Era el cumpleaños de Raquel y había decidido hacer ese concierto en el pueblo natal de su padre, un pueblo costero del norte de Galicia donde había pasado parte de los veranos de su infancia. Un enclave de ensueño. El olor a mar se mezclaba con el ruido de las risas, en unos minutos sería con la música de las Nornas. Yo no podía dejar de sonreír, me encantaba tener a mi hermana Marta en tan bonito paraje para escuchar a mi grupo preferido.

—Joder, hacía que no salía de casa… Y no sabes cómo lo necesitaba —soltó Marta dándole un trago a su primera cerveza.

—Me alegra mucho ser la elegida para correrno s una fiesta de las grandes —le dije a mi hermana.

Siempre me había encantado salir con ella. De jóvenes nos protegíamos y ayudábamos ante nuestra madre. Marta era mucho más formal que yo, me ayudaba con mis ligues, hasta que llegó Carmen y me volví tan formal como ella. Marta se casó y se marchó a Gijón. No recordaba la última vez que habíamos salido juntas.

—Me gusta muchísimo este grupo. ¿Te acuerdas de aquel concierto al que fuimos juntas en Vigo? —Dijo Marta con melancolía.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Te pusiste hasta arriba de chupitos y vomitaste en el coche de Marcos.

—Ostras, es verdad. Todo el dinero que tenía ahorrado para aquella chaqueta de cuero se lo

di para un lavado en profundidad. ¡Qué mal! —Las dos reímos. Marta bebía muy poco, pero cuando lo hacía nunca calculaba el punto perfecto donde uno debe dejarlo.

—Espero que hoy seas formal. No quiero tener que llevarte a rastras.

—¿Y si salimos de ambiente después de esto?

—¿Es serio?

—Siempre ligaba más que tú —soltó mi hermana orgullosa.

Era cierto. Cuando empecé a frecuentar bares de ambiente, mi hermana era la única persona con la que me sentía segura. Me echaba una mano con las chicas. De hecho, a Carmen la conocí gracias a ella. Marta se puso a charlar con ella en el baño, mientras me sujetaba la puerta. Escuché desde dentro como se presentaban y se daban dos besos. Cuando salí del baño, lo primero que vi fue la preciosa sonrisa de Carmen, y desde entonces, no pude sacarla de mí.

—Eres demasiado guapa para no ligar. Siempre me ayudabas con las chicas.

—Pero no me necesitas, tú solita te las apañas muy bien.

—He ido aprendiendo —las dos reímos—. ¿Te apetece de verdad? Para una noche que sales no quiero meterte en un sitio donde no estés a gusto.

—Tú llévame a uno donde pongan las *Spice girls* y te prometo que seré la mujer más feliz del mundo.

—Hecho.

La amena conversación con mi hermana me había hecho olvidarme del concierto por un momento. Las luces se apagaron y las Tres Normas salieron al escenario. La cumpleañera estaba entusiasmada, pletórica. Una tras otra, cada una de las canciones sonaron con fuerza, con la experiencia de un grupo que llevaba muchas horas a cuestas, en carreteras y aeropuertos, pero también en escenarios. Los focos las querían, pero el público aún más. Todos coreamos sus letras. Miré mi reloj, no podía quedar mucho, casi dos horas de concierto.

—Vamos terminando este concierto tan especial, y nos gustaría que fuese con una canción que nos encanta. Cuántas veces os habrá pasado que dais vuestro último beso a una persona. A veces esperado, porque sabes que eso no va bien y que acabará agotándose, otras veces en cambio porque se desata…

Bruna pensó en Carmen, pero también Elba vino a su cabeza. Dudó si su comportamiento había sido el adecuado. Cogió su móvil, pensando en escribirle un mensaje, quizás había bebido demasiado y se dejaba llevar por las bonitas emociones que Las Nornas le producían. Miró su perfil, se iluminó una historia. Desde que había vuelto a huir de ella no había visto nada. Dio a la ruedita y el mismo escenario que veían sus ojos aparecía en ese video donde le era imposible escuchar el audio.

—Está aquí —grité al oído de mi hermana.

—¿Quién?

—Elba.

—Quizás sea una señal.

Y sin más mi hermana me ignoró para seguir cantando.

"Tú último beso, en aquel ascensor sin puertas que me hizo descender a los infiernos. Tú último beso…"

Elba

Ya está. Había subido una historia y Bruna la había visto. Si tenía que pasar algo, lo haría en ese momento. Si no, se acababa para siempre. Me daba la risa pensar que sería capaz de ceñirme a

eso, me autoengañaba. Como si fuese a pasar algo con ella después de sus dos desplantes. Debería de haberla borrado del todo, de haberme despedido de ella para siempre, pero no, ahí estaba, subiendo una historia para que la viese y me dijese algo.

Volví a mirar mi móvil. No tenía ninguna respuesta a mi mensaje encriptado. Refresqué y su ruedita se iluminaba. Le di sin pensar. Bruna estaba en el mismo concierto que yo. Pude predecir más o menos la zona, aunque era muy complicado pues apuntaba casi todo el rato al escenario. Lo acababa de subir, por lo que la canción que sonaba posiblemente fuese la que yo estaba escuchando en ese instante. Una vez más la música de las Tres Nornas nos unía en ese momento.

Me negaba a ser yo quien le escribiese. Volví a subir otra historia. La vio al instante. Miré a mi alrededor, como si fuese a encontrarme con sus ojos marrones focalizados en un móvil en vez del solo que estaba sonando en ese momento. Guardé el móvil en el bolsillo, con rabia. Miré a Cris, que sin ser una gran fan, se sabía la canción de memoria. Sonia también cantaba como loca. Todo el mundo estaba entusiasmado, volví a impregnarme con el espíritu que solo un concierto de esas características es capaz de contagiarte. Me sentí afortunada de poder estar escuchando a mi grupo preferido, con mis amigas, en un escenario de lujo.

El concierto había terminado. Raquel había lanzado las escaletas a un par de chicas y Sandra repartía púas al entregado público. Habían vuelto a agradecer nuestra presencia. Miré a mis amigas con cara de pena. Tenía un gran subidón, después de tal concierto era imposible no estar así. Ellas no parecían estar mucho mejor. Cogeríamos el coche para volver al centro, Cris se había sacrificado y no bebió nada.

—Yo tengo ganas de fiesta. Un par de cervecitas me he ganado después de hacer de chofer.

—Hombre, si me meto en el apartamento, me deprimo —soltó Sonia.

—Yo también tengo ganas de marcha.

—¿Alguna novedad de la fugitiva? —Mis amigas habían empezado a llamar así a Bruna. Al principio no me había hecho ni gracia, pero con el tiempo, me partía de risa cada vez que lo decían.

—Nos hemos pasado el último tramo del concierto subiendo canciones. Estaba aquí, a metros de nosotras.

—Ahora entiendo tu cara de pedo —soltó Sonia—. Pregúntale dónde vamos ahora. Qué menos. Yo quiero ver el ambiente gallego.

—Pues igual que el de Gijón, bolleras cortadas por el mismo patrón.

—O no, unas pican y otras no —Todas nos partimos de risa ante la tontería que nuestra amiga acaba de soltar. Sin dudas, era a quien más se le había subido el alcohol.

—Venga, pregúntale —sentenció Susana, sorprendiéndome que incluso ella me animase a escribirle.

Cogí el móvil, notando que tenía una nueva notificación.

—No hace falta que le escriba, ya se ha encargado ella de decirme a donde ir.

Mis amigas se rieron. Todas sabían que aquello no estaba del todo terminado. No, no lo estaba. Sabían que aquella decisión acabaría desencadenando más semanas de lágrimas y largos *podcasts* contándoles mi drama. Sin embargo, todas me acompañaron porque… ¿Y si salía bien? ¿Podía salir bien a estas alturas?

Bruna

Lo había hecho. Marta me había animado a mandarle aquel mensaje diciéndole el bar donde estaríamos el resto de nuestra noche de fiesta. Vale que fiarse de Marta después de su tercera cerveza no era lo más acertado, pero me moría de ganas de ver a Elba. *¿Y si tenía razón y me*

perdía a una tía estupenda por mi miedo a cagarla, a ser rechazada…?

Mi esperanza de verla aparecer se disipó en el momento en el que vi que me había leído sin contestar nada. Supuse que estaba cansada de mi juego de idas y venidas, de las historias que no iban a ningún lado. Elba estaba dañada, su mochila pesaba demasiado y yo solo contribuía a ejercer sobre ella más peso por arriba, en lugar de sujetarla desde abajo, aliviándole la carga.

Marta pidió una ronda de chupitos. Yo me acerqué a la DJ para pedirle la canción y Marta estalló al oír los primeros acordes del *Wannabe* mientras yo la observaba muerta de risa. Estaba disfrutando de ese momento de paz con mi hermana, viendo que se lo estaba pasando genial. Volví a mirar hacía la puerta, pero ni rastro de Elba. El garito se había llenado en apenas media hora. La gente tenía ganas de fiesta. Esperé a que terminase la canción y me acerqué a mi hermana. Me dio un fuerte abrazo, parecíamos dos koalas.

Levanté la vista y vi sus ojos. Me aparté de Marta como si quemase. Noté su incomodidad y agradecí que un gran grupo de personas la empujasen para el interior de la pista, estoy segura de que ella hubiese salido de ahí corriendo al verme abrazada a mi hermana.

—Es ella.

Marta la saludó como si la conociese de siempre.

—¿Qué haces? ¿Estás tonta?

—Quiero conocerla.

Antes de que me pudiese dar cuenta vi como mi hermana estaba dándole dos besos mientras yo no sabía dónde meterme. No tenía ni idea de lo que le podía estar diciendo, pero funcionaba. Elba se acercaba a mí. Yo me moría de nervios.

—¿Quieres tomar algo? —Preguntó Marta dirigiéndose a ella.

—No, estoy bien. Solo saludaré a Bruna, estoy con mis amigas…

—Ahora vengo. —Me apetecía matar a mi hermana. Ni siquiera había dejado que Elba acabase la frase.

—Lo siento, hace mucho que no sale. Ha perdido las formas, pero es la única hermana que tengo y no puedo cambiarla.

—Es simpática, mucho más que tú.

Primera puñalada.

—Sí, tengo que darte la razón. Marta siempre ha sido mejor en todo, pero me encanta. No hubiese podido aguantar la presión de ser tan perfecta, con la mirada de todo el mundo, esperando mi primer fallo, pero ella jamás ha fallado a nadie.

—¿Me vas a explicar de qué va tu juego? —Elba atacó.

—Lo siento. Supongo que no estoy en condiciones de ofrecer mucho más. —Mi disculpa sonó aún peor al ser pronunciada en voz alta. En mi cabeza no lo hacía tan mal.

—Estaría bien que pensases que detrás de tu condición hay otra persona, con unos sentimientos. No, no me he enamorado de ti, tranquila. Me gustas, sí, claro que me gustas. No meto en mi cama a cualquiera, pero de ahí a pensar que tengo un anillo preparado en el bolsillo de mi pantalón para agacharme y pedirte matrimonio, hay un mundo.

—Joder… —Me sentía ridícula, no era capaz de contestarle y en ese momento, agradecí que Marta apareciese con dos copas.

—Toma.

Marta le acababa de entregar la que creía que era mi copa a Elba, quien sonrió y se lo agradeció. No podía negarse.

—Lo siento, es que están ahí mis amigas.

—Diles que se acerquen, podemos bailar todas juntas. —Marta se había convertido, además

de distribuidora oficial de bebidas, en Celestina de la noche.

Las amigas de Elba se acercaron, presentándomelas una a una. Puse nombre a esas chicas que aparecían en las fotos de Elba. Su grupo de amigas, a las que ella adoraba. Entendía que una persona tan especial tuviese unas amigas como ellas.

La noche avanzaba, la música nos envolvía, bailamos, reímos, nos dejamos llevar. Mis labios, los de Elba, una vez más se buscaron para rozarse con ganas. Un beso, no sabía si aquel iba a ser el último, pero no quería que lo fuese.

Elba

Después del concierto, de aquel beso que volvió a poner todo el mecanismo en marcha, Bruna y yo comenzamos a enviarnos mensajes una vez más. Por eso, debía quedar con ella de nuevo. Estaba claro que entre nosotras había algo más que un par de polvos. Podía ir a más si las dos poníamos de nuestra parte. Le había mandado un escueto mensaje, aún sin contestación. Necesitaba respuestas.

Bruna: Este fin de semana próximo no puedo, tendrá que ser el siguiente. Solo puedo el viernes. Podemos pasar la noche juntas, pero el sábado tengo que irme pronto, es el cumpleaños de Marta.

Seguimos hablando. De nuevo nuestros mensajes fluyeron, los tonteos, las fotos y las conversaciones subidas de tono. El bucle Bruna. Y yo, sin apenas dignidad, giraba en él. Estaba a su merced, dando vueltas, con un mareo importante, pero sin ser capaz de escapar de ella. O al menos, eso creía.

Bruna

El fin de semana después del concierto no podía ir a ver a Elba, hacía semanas que Elvira había reservado un hotel en Madrid, tenían entradas para un concierto. Con Elvira me seguía dejando llevar. Me sentía cómoda. Intentaba escapar, pero ella insistía. En cambio, Elba me dejaba ir sin que apenas le importase. Sin embargo, cuando retomábamos la conversación, era como si quisiese que nuestra relación fuese a más.

Yo sabía que no lo estaba haciendo bien jugando a dos bandas. Con Elvira todo era muy sencillo, a pesar de tener pocas cosas en común. En la cama funcionábamos y eso me bastaba. Quizás no era el mismo *feeling* que tenía con Elba, en realidad, ese sentimiento era difícil de describir. Elvira me ofrecía no romperme demasiado la cabeza. No sentía nada por ella, pero estaba a gusto. Con Elba todo era más complejo. Sabía que si Carmen se acercaba a mí de nuevo, sería fácil escapar de Elvira. Si avanzaba con Elba, cada vez sería más complicado realizar mis huidas. Y aunque estaba convencida, al menos mucho más, de que lo mío con Carmen estaba terminado, aún me mantenía a salvo saber que pasaba mi tiempo con otra chica con la que no me parecía estar tan atada como con Elvira.

Al volver del fin de semana con Elvira y con las vistas puestas en pasar el siguiente con Elba tomé una decisión. Escribí un mensaje a Elvira explicándole que me lo había pasado genial, pero que no quería que nos siguiésemos viendo. Alegué que lo de mi ex era muy reciente y que no me sentía preparada para ello. Ni siquiera había podido hacer nada con ella pensado en Bruna.

Justo entró en mi buzón un mensaje de Elba con una canción. Me puse los auriculares y escuché. Era momento de darle a Elba una oportunidad. *¿Por qué tendría que salir mal aunque*

eso significase no poder seguir escapando?

Elba

Llevaba unos días alterada, quedar con Bruna me ponía nerviosa y si a eso le añadía que tenía la intención de hacer algo que quizás se me escapase de las manos…

—Nos vemos en unos días y… —le conté todo mi plan a mi amiga.

—No creo que te atrevas a hacer eso —soltó Cris acompañado de una gran carcajada.

—Claro que me atrevo, pienso hacerlo.

Y la verdad de todo es que no creí que lo fuese a hacer, pero sí, lo conseguí.

De nuevo, me encontré quedando con Bruna. La había convencido para cenar en un japonés y me había puesto mis mejores galas para tratar de impresionarla. Tenía muchísima inseguridad pero sabía que un par de vinos podría conseguir que mi nerviosismo se calmase. Tenía claro que no debía sacar nada que pudiese incomodarla y tratar de llevarla a mi terreno, haciéndole creer que era ella quien tenía el control de todo.

La vi a lo lejos. Ahí estaba, segura de sí misma, tan chula y altanera como la primera vez. Me dedicó una de sus mejores sonrisas. Sabía que rebosaba sensualidad, que cualquiera perdería los nervios, o en mi caso, las bragas.

—Hombre, la chica de los ojitos bonitos —Se acercó a mí plantándome dos sonoros besos en las mejillas. A mí en cambio, solo me apetecía mandarle a la mierda, decirle que tenía más cara que espalda, pero me contuve. Merecía la pena tragarse aquellas palabras.

—Mi gallega preferida, ¿cómo estás? —Solté tratando de amortizar mis clases de teatro.

—Muy bien, tenía ganas de verte. Te veo guapísima, no hace falta que te pregunte cómo estás.

—Gracias, es una pena que yo no pueda decir lo mismo.

—¿No? ¿He perdido mi encanto en dos semanas?

—Vayamos a cenar, he reservado a las diez —corté sin mucha credibilidad.

Llegamos al restaurante y nada más sentarnos me apresuré a pedir vino. Estaba muy nerviosa. Aquella chica me gustaba demasiado, al menos era una atracción difícil de controlar. Tal y como había pasado el fin de semana en mi casa o en la suya, las conversaciones fluyeron sin esfuerzo, y antes de que nos pudiésemos dar cuenta ya estábamos pagando.

—¿Dónde vamos ahora? —Soltó Bruna un poco afectada por el alcohol.

—Yo me voy a casa, tú no sé.

—¿No me invitas? —Preguntó descaradamente.

—Puedes acompañarme, te daré un besito de buenas noches y me despediré de ti. —Rei sin gracia. No estaba segura de lo que iba a hacer.

—Por supuesto, no te dejaría sola. Estaba en mis planes acompañarte aunque no me invitases a pasar la noche contigo.

Las conversaciones de camino a mi casa siguieron su curso y sin apenas darnos cuenta, nos encontramos en el portal de mi casa.

—Buenas noches, Bruna. Ha sido un placer volverte a ver. —Mi plan funcionaba. Temía que mis piernas se pusiesen a temblar pero el vino estaba haciendo más efecto del imaginado.

—¿De verdad?

—¿Pensabas que pasaría algo entre nosotras? —Bruna me miró con cara de pena y supe que era el momento perfecto.

La agarré con fuerza de su presuntuosa chaqueta de cuero y la metí en el portal de mi casa. Era muy tarde y esperaba que no apareciese ningún vecino inoportuno. La acorralé contra un

espacio entre los buzones y el hueco de la escalera, observando su cara de sorpresa. Sujeté sus manos con fuerza contra la pared con las mías.

Trató de decir algo, seguro que alguna tontería de las suyas, pero antes de que consiguiese dejar que sus cuerdas vocales frotasen, puse mis labios sobre los suyos. Lo entendió al instante y no hizo ningún esfuerzo por hablar cuando me retiré. Esperé a que la luz del portal se apagase mientras miraba sus labios con deseo. Sus ojos se clavaron en los míos y sentí un escalofrío. De nuevo esos ojos.

Me costó recordar lo que quería hacer y no desviarme. Supliqué que la luz se apagase, ya notaba como iba perdiendo fuerza. Cuando por fin nos quedamos con un tenue reflejo que se colaba de las farolas de la calle, me acerqué a sus labios y la besé suavemente. Apreté sus manos con fuerza, sin dejar que las moviese ni un segundo. Apresuré la intensidad de mis besos, colando mi lengua para rozar la suya, notando el calor en mi cuerpo. No había olvidado aquellos besos. Me atreví a sacar un leve mordisco que la hizo suspirar. Según la intensidad de mis besos aumentaban, también lo hacían sus suspiros.

Tenía que apresurarme, no había contado con que aquello terminaría acelerándome a mí también, como si aquellos apasionados besos no me fuesen a afectar. Sin pensarlo demasiado, colé mi mano por debajo de su pantalón.

—¿Aquí? —Soltó asustada Bruna—. ¿Por qué no subimos a tu piso?

—Aquí —dije sin pensar.

—Vale, vale —aceptó.

Seguí con lo que estaba haciendo y noté como su ropa interior estaba empapada.

—Vaya, parece que aunque seas una cagada de mierda que sale huyendo a la primera de cambio, no te disgustan mis besos… —susurré en su oído. Bruna trató de contestarme pero le pegué un mordisco en su labio inferior. Seguí con el movimiento de mis dedos, rozándola suavemente por encima. Su humedad aumentaba considerablemente mientras notaba sus latidos. Era el momento. Saqué mi mano de golpe y me separé de ella con prisa, buscando la luz del portal que hizo que las dos abriésemos los ojos como si hubiésemos salido de un *after* después de pasar toda la noche allí metidas.

—Joder, ¿qué ha pasado?

—Buenas noches, Bruna. Deseo que tu vuelta a Pontevedra vaya genial. Cuídate mucho.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Qué te pasa?

—Pues que la próxima vez, quizás te pienses mejor desaparecer, tratar a la gente como la tratas y andar follándote a todo lo que se mueve.

—Yo no he engañado a nadie. He sido clara en todo momento —contestó molesta.

—Yo también lo estoy siendo ahora —respondí llamando al ascensor cabreada—. Cierra la puerta cuando salgas, a veces se cuela gente indeseable.

Me giré pero antes de que se abriese la puerta, solté mi último discurso.

—¿Y sabes una cosa? Pasarás por la cama de muchas chicas, porque sí, porque en el fondo creo que comprendo por qué lo haces, pero habrá días de tu vida que te acordarás de la tía tan espectacular que has dejado escapar. Los polvos que eches serán paliativos del dolor que sientes durante unos días, pero a la vez, te irás sintiendo cada vez peor. Una enorme mierda que por no haber parado un tiempo a sanar, irá destrozando a muchas tías. Siento mucho que no hayas podido verme como yo a ti. Cuídate, espero que seas muy feliz pero no quiero volver a verte ni saber de ti nunca más.

Bruna me lanzó una mirada de rabia y salió sin decir nada. Me subí al ascensor, temblando, con un calentón del quince y con su olor aún en mi cuerpo. Busqué su contacto en mi agenda, la

bloqueé de todos los sitios donde la tenía y la borré. Bruna se había acabado para siempre, o al menos eso es lo que yo creí en aquel momento.

***

No somos culpables cuando alguien nos engaña o se aprovecha de nuestra inocencia, no la primera vez, incluso la segunda. Sin embargo, si dejamos que su juego nos envuelva y entramos a él sabiendo el final de este, la culpa ya es nuestra por no alejarnos.

Me costó un triunfo hacer lo que hice esa noche, porque Bruna me gustaba, porque creía que podría funcionar dado el montón de cosas que teníamos en común, pero su actitud era totalmente incompatible con mis deseos de poder comenzar algo sano.

Bruna

Salí del portal cabreada, pensando que aquella tía era una completa loca. Me había dejado con un calentón increíble. No podía comprender lo que había hecho aunque en el fondo sentía que me lo merecía, que había perdido el control de mi vida y que le había echado un par de…

Escribí a Marta, la única que sabía todas mis peripecias, la que me recordaba que eso de ir de cama en cama no era sano, pero a la que ignoraba y seguía escribiendo para, día tras día oír un discurso que no aplicaba. Se rio, mucho. Cuando su risa cesó sentenció que me lo merecía. Había jugado con ella, con sus sentimientos. En realidad los míos habían estado a merced de un sinsentido. No podía controlarme. Me gustaba hablar con ella, sentía que me conocía a la perfección, que podíamos encajar, que nuestros gustos eran tan iguales que aterraba y a la vez, sabía que cualquier cosa que iniciase con ella, sería un desastre. Puede que me autoconvenciese para no ser valiente, la posición de cobarde te exige más explicaciones pero te hacer estar más protegido. La sombra de Carmen me acechaba como una mano gigante que te quiere alcanzar pero nunca lo hace. Está ahí, sobre ti, y en el fondo, no existe.

Me jodía, me jodía enormemente lo que había hecho Elba, pero era lo más sensato. Me calmé después de hablar con Marta. Me había bloqueado en todas partes. Era imposible poder hablar con ella de nuevo. Me cabreé por el final de la situación. Sin embargo, esa misma noche escribí a Elvira.

Me olvidaría de Elba, total, no iba a ir a ninguna parte. Nos separaban suficientes kilómetros como para olvidarme de ella con mi plan B.

Elba

Quizás Bruna nunca llegase a comprender por qué actué de ese modo, pero días después del concierto, de volver al mismo ritmo de tonteo que las otras dos veces, había visto su perfil desde una aplicación que no dejaba huella. Bruna lo tenía abierto, pero no pensó que mi grado de desconfianza estaba en lo más alto cuando me bloqueaba determinadas cosas. No podía pedirle ningún tipo de explicación, a fin de cuentas había quedado claro que no éramos nada, pero de alguna forma necesitaba protegerme.

Un par de historias donde dejaba claro que no estaba dispuesta a ser sincera conmigo, pero tampoco consigo misma. Una chica morena de ojos oscuros era la parte de la historia que yo no conocía. Quizás su ex, quién sabe. Cuando se miente o no se dice toda la verdad, y la otra parte no tiene suficiente información, el número de hipótesis es infinita.

Por eso, cuando dejamos una relación, del tipo que sea, hay dos formas de afrontarlo. Están

quienes escogen a una persona puente o las que eligen al tiempo como aliado para sanar las impurezas de la relación fallida.

Las relaciones puente suele ser lo más fácil, lo que nos hace pegar un subidón después de sufrir los estragos de un naufragio. Volverse a sentir deseado, que alguien te haga caso y no pensar en esa persona que ocupó tu corazón durante tanto tiempo. El problema es que la persona sigue ahí aunque nosotros coloquemos a otra con prisa. Las comparaciones empiezan a aparecer y el puente comienza a desestabilizarse. Finalmente, acabas pegándote un tortazo, calándote hasta los huesos y sufriendo el dolor de dos relaciones fallidas en un corto periodo de tiempo. Por no hablar de los daños que le provocamos a nuestro puente.

La segunda es la más complicada. La soledad es muy dura. Pasar de dedicarle todo el tiempo del mundo a una persona, a mirar por ti. No debería ser de este modo, pues pensar en la persona con la que pasarás todos los días de tu vida debería ser lo más normal. Sin embargo, parece que ese silencio nos atormenta, nos recuerda que estar solos es malo y que si estamos así es porque no merecemos la pena. Nadie se fija en nosotros, ni somos lo suficientemente valiosos para nadie. Y sin embargo, es posible que nos estemos dando más a valer que alguien, que corriendo, busca el calor de un beso que no le hace sentir.

No seamos hipócritas, pero casi todos alguna vez en nuestra vida nos hemos visto besando a alguien tratando de olvidar a otra persona. Yo lo he hecho, y por eso, después de Bruna, he escogido estar sola. Necesito reconectar conmigo para tener claro lo que quiero en mi futura relación.

Podía haber seguido en el juego de Bruna, de hoy sí pero mañana ya veremos. Un terreno pantanoso del que es muy complicado salir una vez que entras, de consentir cosas que no estás dispuesto a hacer cuando estás bien contigo misma, cuando te das el lugar y el valor que te mereces. Esas personas que sin querer nada te tienen ahí esperando mientras se deciden por algo serio. Escúchame, no te merecen. En estos casos, lo más inteligente es salir corriendo. Quitarse la tirita, por mucho que duela el tirón, pasar ese escozor un tiempo y seguir avanzando para que aparezca alguien que merezca la pena de verdad. En mis auriculares, sonando con fuerza, el estribillo de unas de mis canciones preferidas. No volvería a besar a Bruna, esta vez lo tenía claro.

"Tu último beso, en aquel ascensor sin puertas que me hizo descender a los infiernos. Tu último beso…"

SEGUNDA PARTE

Las Tres Nornas

—¿Te acuerdas de aquellos discos o casete que había que darles la vuelta para poder escuchar la segunda parte? —preguntó Raquel.

—¡Cómo no me voy a acordar! A veces creías que lo de atrás no podría mejorar lo ya escuchado, y sin lugar a dudas había muchos discos que lo hacían.

—Madre mía, cómo pasa el tiempo. Ahora la gente escucha la música en plataformas, sin comprar apenas discos.

—El tiempo, ese gran amigo o enemigo del ser humano.

El paso del tiempo es el mejor tónico para dormir las heridas que durante un largo tiempo permanecen abiertas a merced de las inclemencias naturales que nos rodean. Las Tres Nornas habían madurado con su último disco, y 4 años después seguían cosechando alegrías con él, haciendo conciertos más pequeños pero repletos de gente al llenarse de inmediato. Atrás quedaban aquellos donde miles de personas abarrotaban cada rincón del lugar donde tocaban. Ahora todo era más íntimo, más personal, más cercano a esas personas que llevaban más de 20 años a su lado.

Se dice rápido pero ser fan de un grupo, en muchas ocasiones es crecer con él. El recuerdo de tu primer beso escuchando de fondo esa canción, o el primer polvo donde dejabas de oír la música para escuchar su cuerpo contra el tuyo, o ese desengaño, una mentira, una reconciliación, un adiós… Personas que se habían dejado sus ahorros para ir a verlas, algunos durmiendo en tiendas de campaña para tan solo disfrutar de su música unos 120 minutos. Las mismas personas que con los años acababan aparcando sus coches cerca del lugar del concierto, durmiendo en hoteles caros o fotografiándolas con sus móviles de última generación. Personas que habían crecido con ellas, vidas paralelas que se cruzaban en aquellas salas durante escasos minutos, y para los que podían llegar a servir como motor de cambio y movimiento en su corta existencia.

Las Tres Nornas acompañaban, inspiraban, amaban, daban alas, o las cortaban. Llenaban con su alma salas de espera, nacimientos, bodas, incluso muertes. A veces no eran capaces de entender hasta qué punto aquellas letras podían significar tanto para alguien. Personas que reían al escuchar una de sus canciones o que lloraban profundamente por evocarlos a un lugar donde ya no podían regresar. Ellas, que en el escenario se creían todo, pero no eran nada al bajar las 3 escaleras que las separaba de los gritos de personas que no sabían nada de lo que pensaban ni sentían cuando los focos se apagaban. La soledad del artista, de hacer ver algo que, a veces, ni tú eres capaz de sentir.

Julia escondida en una relación con una mujer maravillosa a la que muchas veces tenía que camuflar bajo el nombre de amiga, incluso en alguna ocasión llegó a leer hermana en conocidas revistas de cotilleo. Callando, ocultando, para no tener problemas con su discográfica, con una sociedad aún cerrada al cambio.

Raquel, un divorcio que había caído como una losa sobre su cabeza. Ella, que se creía la mujer perfecta, capaz de poder con todo, aclamada por el público. En ocasiones llegó a profesarse como una diosa, o algo similar, al ver que cientos de personas coreaban sus letras. Lejos de eso, era una persona de sentimientos solitarios que dormía bajo el efecto de alguna que otra pastilla y un whisky bien cargado que se tomaba antes de meterse en la cama.

Y Sandra, casada y felizmente cansada, incapaz de dejar el grupo del todo por no decepcionar a sus amigas, porque antes que grupo para ella eran amigas de verdad. Agotada de

giras, de conciertos, de oír cada noche que era la mejor, de teléfonos de hombres que no le interesaban en absoluto. Siempre con ganas de llegar a su casa, besar a su marido y arropar a sus hijos.

Las Tres Nornas, tan de carne y huesos como todas esas personas sobre las que se hilaban vidas llenas de alegrías, de desgracias, de aciertos y de errores. La ruleta siempre giraba, unas veces estabas arriba, otras en cambio, abajo, muy muy abajo. Lo que está claro es que cuanto más planeas donde quieres estar, más posibilidades hay de que no se cumpla. La vida es un mapa con coordenadas pero con caminos infinitos por los que te puedes perder en segundos ya que no todo depende de ti.

CANCIÓN 7: MI VIDA SIN VIDA

Elba

—Cariño, tienes un serio problema, de verdad te lo digo.

—¿Por? —Contesté acercándome a mi chica para entender el motivo de tal afirmación.

—Lo guardas todo, y esto no puede ser.

Habíamos aprovechado aquel martes de septiembre para recoger un poco, las clases habían comenzado pero todavía no había entrado en demasiada faena.

—¿Qué es? —quise saber tratando de quitárselo de las manos. Un forcejeo, robándome un beso y riéndose de mi postura.

—Una entrada de Las Tres Nornas, de hace cuatro años. ¡Cuatro años! Fila 5, asiento 3, ¡qué cerca estuviste! ¿Te lo pasaste bien? ¿Con quién fuiste?

De pronto un escalofrío recorrió mi cuerpo. de vez en cuando me acordaba de Bruna. De hecho, siempre que tenía algún mal momento con mi novia, acababa pensando que nunca iba a sentir la conexión que un día llegué a tener con aquella chica.

—Sola.

—¿Sola? —preguntó mi chica.

—Sí, lo acababa de dejar con Paloma y bueno, no quería perdérmelo.

—Qué bien, fuiste muy valiente saliendo de aquello y empezando a hacer cosas sola. Hasta que me conociste a mí y tu vida cambió —se acercó a mi dándome un sonoro beso mientras se reía de la broma. En realidad tenía razón, aunque no estaba siendo nuestro mejor momento.

Ella no le dio más importancia a una conversación totalmente anodina. Sin embargo, aquella tarde no fui capaz de concentrarme sin dejar de recordar el concierto, los fines de semana con ella y todos los momentos que pasamos juntas. No fue mucho tiempo, pero suficiente como para ser parte de mi vida.

Por un instante dudé en buscarla en las redes sociales, al principio seguía mirando sus cosas ya que su perfil estaba abierto, con el tiempo dejé de hacerlo. Dejó de importarme, dejó de dolerme. Sin embargo, fue la falta de información sobre ella lo que me hizo sentir ese falso control sobre lo que sentí.

Dos años después de aquel verano conocí a Martina. No puedo decir que me enamorase locamente de ella, ni que perdiese la cabeza al instante, pero me fue ofreciendo una estabilidad que había olvidado. Comencé a confiar de nuevo en alguien, era fácil compartir mi vida con ella, me hacía las cosas sencillas. A pesar de no tener absolutamente nada en común, podía hablar de todo con ella. Me fui acomodando en aquella relación facilona, no había conocido a nadie que me complicase las cosas y realmente me daba miedo buscar algo peor de lo que tenía. Quizás no esté bien conformarse con lo primero que te ofrece un poco de estabilidad, pero cuando pasas por unas cuantas relaciones tóxicas y dañinas, tu cerebro te pide una tregua.

Bruna

—Carlos, ¿quieres recoger los juguetes? Me tienes harta.

No podía más, entre el trabajo y mi sobrino, aquella semana se me estaba haciendo eterna. Pensaba que la vuelta al colegio sería un alivio después de un verano agotador, necesitaba ya un momento para mí. Por mucho que trataba de poner un poco de normalidad en mi vida, la situación se escapaba de mis manos. El niño bueno y responsable que siempre había sido ya no existía. No lo podía culpar después de todo lo que había pasado, pero yo no me merecía su

actitud en absoluto.

—¿Me llevas al parque? —Me preguntó apoyando sus sucias manos en el sofá mientras lo dejaba todo pringoso.

—¡Joder, Carlos! —grité enfadada. No me gustaba decir tacos delante de él, pero no podía más. Necesitaba desahogarme.

Revisé mi móvil. Me había escrito Ana, la chica que me ayudaba a cuidarlo cuando quería salir a dar una vuelta a despejar, o simplemente cuando las reuniones se alargaban más de la cuenta. No quería que mi madre se quedase tanto tiempo con él, y menos en su estado.

Aquel viernes necesitaba tomar el aire, conocer alguna chica, gustar, sentirme viva una vez más. Necesitaba con todas mis fuerzas esa sensación olvidada.

Elba

Acababa de llegar a casa, estaba agotada. A pesar de ser viernes, me había quedado con mi compañera de curso para preparar la reunión de padres que tendría lugar la semana siguiente.

Sara se había empeñado en ir a comer a un chino fabuloso y la sobremesa se nos había ido de las manos. Terminamos tomando café con unos chupitos para entrar en calor y las risas y tonterías habían abarcado más tiempo del planeado.

—Cariño, estoy muerta —me acerqué al sofá a darle un beso a mi novia. Se acababa de duchar, olía a crema y disfruté de ese aroma hundiendo mi nariz en su cuello. Sin dudas, aquello era hogar.

—Amor, ¿de dónde vienes? Apestas a alcohol.

—La preparación de la reunión se salió un poquito de lo pensado. Hemos acabado tomando chupitos. El momento lo merecía, tengo un niño que me va sacar todas las canas que no ha conseguido ninguno otro en todos estos años de docencia.

—No será para tanto.

—Te lo prometo. Solo llevamos 15 días y la semana que viene voy a aprovechar la reunión de padres para pedir la primera tutoría. Lo peor de todo es que me temo que va ser la primera de muchas.

—*Stop*. Es viernes. Date una ducha, relájate un poco y vienes a cenar. Prometo hacerte algo rico —soltó mi novia guiñándome un ojo. Esperaba que en el concepto rico entrase un polvo perfecto, de esos que te quitan los dolores de cabeza.

—Te quiero, eres la mejor. No tardo.

Bruna

No podía dejar de mirar el reloj. Me habían colocado esa reunión a última hora a traición. Había intentado moverla pero era imposible. Un delegado de la sede de Barcelona había aprovechado su viaje a Gijón para darnos unas instrucciones de última hora sobre un producto nuevo.

En una bolsa había organizado ropa más elegante para ir a la tutoría y dar una buena impresión. Si hubiese sabido que tendría una reunión esa misma mañana, me la hubiese puesto desde primera hora. Los días de despacho solía escoger un atuendo más informal. Era algo que me encantaba de esta empresa, cada uno podía tener su estilo sin ser apretado con el dichoso código de formalismo. Era cierto que a las reuniones importantes me gustaba ir algo más arreglada, dar la sensación de persona seria, aunque con el paso de los años había descubierto que la ropa muchas veces tan solo disfraza a las personas con una personalidad a la que jamás han aspirado.

Me monté en la moto justo cuando mi reloj marcaba la hora en la que la tutoría comenzaba, no causaría buena impresión llegando tarde el primer día. Mis vaqueros negros, camiseta blanca con camisa por encima y chaqueta de cuero, junto con mis deportivas tampoco ayudarían, no eran precisamente el mejor atuendo. Dudé si dejarlo estar y pedir una tutoría, alegando que me había surgido una reunión de última hora. A fin de cuentas era la verdad. Sin embargo, el colegio estaba a menos de 5 minutos, si no había mucho tráfico no llegaría excesivamente tarde. Esperaba que se retrasase un poco.

Elba

Daba igual cuántas reuniones hubiese hecho en mi vida, siempre estaba atacada de los nervios. Sara y yo lo teníamos todo perfectamente atado, podíamos responder a cualquier pregunta que nos hiciesen, pero aún así, la inseguridad de ver todos aquellos ojos observándonos nos hacía estar de los nervios.

Había escogido un pantalón negro, una camisa roja y una americana del mismo color que el pantalón, el pelo perfectamente planchado y un ligero maquillaje para que no se moviese demasiado en cuanto empezase a sudar.

Coloqué los papeles y releí aquello una última vez. Escuché como los primeros padres entraban en el aula, tomando asiento y saludando tímidamente.

Sara comenzaría hablando de las normas básicas de convivencia y de aquellos documentos que podrían encontrar en la web del cole para revisarlos en cualquier momento. Yo pasaría a explicar la parte pedagógica y el funcionamiento de las distintas áreas.

Dimos unos minutos de rigor una vez pasada la hora en la que habían sido citados y empezamos a pasar lista para ver si estaban todas las familias. Sin embargo, todavía quedaban un par de ellas. Alguna había avisado de la imposibilidad de acudir por sus trabajos, de otras en cambio no sabía nada. Tendría que ponerme en contacto para hablar con ellos. De la familia del niño que en 15 días me había replanteado mi profesión, ni rastro. Necesitaba urgentemente hablar con ellos, pero me temía que tendría que llamarlos para una reunión más personalizada.

Había comenzado a hablar, concretamente del área de matemáticas cuando alguien llamó a la puerta y con suma timidez entró en el aula.

—Lo siento, lo siento mucho. Había mucho tráfico y… —Su voz se cortó al mirar hacia mí.

Comencé a tartamudear, incapaz de continuar hablando mientras Sara le acercó una silla para que se sentase. Bebí un poco de agua y focalicé mi visión hacia otro lado. A duras penas conseguí acabar mi discurso, dándole paso a mi compañera y tratando de no parecer gilipollas.

Era ella. Sus ojos marrones habían aparecido en aquella aula cuatro años después. No me lo podía creer. ¿Era madre? No podía ser. ¿Cuándo nos acostamos ya era madre? ¿Había huido por eso? Era imposible. En su piso no había nada, aunque viendo todas sus mentiras podía haber sido el piso de una amiga que se lo prestase de picadero. Quizás llevaba una doble vida.

La reunión había terminado. Todos los padres estaban abandonando la clase, menos ella. No entendía muy bien qué es lo que quería, pero comencé a temblar. No me veía preparada para hablar con ella en aquel momento. Me puse a recoger todo, mientras Sara se perdía en una conversación con una madre. La miré de soslayo, tomé aire y antes de que pudiese decir nada, se acercó a mi hablándome.

—Perdona, ¿puedo hablar un segundo contigo?

—Sí, claro.

—Antes de nada, siento mucho haber llegado tarde. Me pusieron una reunión a última hora, y encima encontré más tráfico del que pensaba.

—No pasa nada —dije con indiferencia.

—Soy la tía de Carlos y creo que es necesario que tengamos una tutoría para explicarte todo. —Me lanzó una sonrisa preciosa.

¡Aja! Allí estaba la familia del niño más complicado de mi clase. Su tía. Claro, ahora me encajaba todo en fechas. Era posible que fuese el hijo de Marta, pero *¿por qué no estaba ella ahí?*

Por un instante dudé si se acordaba de mí al haber sido tan correcta. Agradecía si no lo había hecho, pero era imposible. Sara terminó con la madre con la que hablaba y se despidió con un gesto en mi brazo mientras cogía sus cosas sin interrumpir la conversación. Nos habíamos quedado solas.

—¡Cuánto tiempo! —Soltó de golpe una vez Sara había cerrado la puerta. Sí, me había conocido.

—La verdad es que sí, un poco. —Noté como mis mejillas se enrojecían.

—Espero que te vaya todo genial. No sé, este momento está siendo un poco incómodo, lo siento.

La miré, tenía una mirada triste aunque seguía con una pose chulesca. Llevaba el casco de la moto en la mano y un atuendo de macarra de instituto.

—Ya, el casco. Es que salí disparada y no quise perder tiempo guardándolo. No quiero robarte más tiempo. ¿Cuándo nos podemos ver? —Preguntó mirando su reloj.

—¿Ver? —Dije tontamente, volviendo a ponerme roja.

—La tutoría…

—Ya, claro, la tutoría. Pues, me gustaría que fuese cuanto antes. Estoy preocupada.

—Lo entiendo. Mañana de tarde podría perfectamente. ¿Te viene bien?

—¿A las 4 y media? —Pregunté.

—A las 4 y media sería perfecto, Elba.

—Pues nos vemos mañana —sentencié mientras veía como se acercaba a la puerta.

—Hasta mañana —se despidió volviendo a darse la vuelta, tratando de asimilar lo que acababa de pasar, como haría yo. Un par de polvos de hace mucho tiempo era la nueva tutora de su sobrino.

Finalmente se perdió por el pasillo, dejando el rastro de su aroma, de su esencia a chulería por toda la estancia. Me senté en la silla exhausta. Cuatro años después en una tutoría con el polvo de varios fines de semana de los que me había quedada colgada durante meses, durante demasiados meses. Muchas preguntas se agolpaban en mi cabeza, con ganas de recibir respuestas o quizás para silenciarlas todas.

Bruna

Siempre he sido bastante introvertida. Llevaba unos cuantos años en una empresa y apenas hice grandes amistades. La persona con la que más hablaba siempre era con Marcos. Me resultaba muy fácil hacerlo. Ahora, en esta nueva ciudad, lo echo mucho de menos.

Hablábamos de deportes, trabajo, tiempo libre, y por supuesto, mujeres. Me cuesta entablar relación con mis compañeras femeninas, siempre hablando de ropa, hombres, bebés… Me dan bastante pereza, tengo que reconocerlo.

Recuerdo una tarde en la que Marcos y yo nos habíamos ido a tomar una cerveza. Me saca diez años y esa madurez impresa en las marcas de su piel también se notaba en su discurso pausado.

—La vida es una ruleta. Hay momentos maravillosos que hay que saber disfrutar mucho,

porque cuando llegan los malos, lo hacen todos juntos, y te llevas unas hostias a manos abiertas.

Yo asentí pero me sonó a discurso facilón. Con el tiempo entendí aquellas palabras en mi piel. Después de dejarlo con Carmen, metiéndome en una espiral de inestabilidad emocional, llegó el palo más gordo de mi vida. Me cuesta poderlo contar sin notar como mis ojos se llenan de lágrimas.

He tenido que pasar por muchas horas de terapia para poder hacerlo. Noches y noches de dolor, el más espantoso que uno puede sufrir, la muerte de mi hermana Marta.

Una noche en la que yo estaba quejándome de tonterías del trabajo con una amiga, como solía hacer muy a menudo, recibí una llamada. Agradecí que fuese a mí y no a mi madre. Cogí el coche, y como una loca me planté en Gijón en menos tiempo de lo que hubiese deseado, la tragedia hubiese sido mucho más grave.

Aquella frialdad con la que tuve que cerciorarme de que se trataba de mi hermana y mi cuñado es uno de los dolores más fuertes que aún siento en mi pecho. Su cuerpo inerte, tocar su cara por última vez y sentir que no podría volver a escuchar su voz. Mi hermana del alma, la persona que mejor me comprendía. La vida me había enseñado que podía ser una verdadera hija de puta. Un momento en el que no comprendes para qué tienes latidos si afrontar algo así te los para por completo.

Lo demás me lo quiero ahorrar. Agradecí que mi padre no viviese. En cambio mi madre, su rostro no volvió a ser el mismo desde aquel día.

La peor parte fue cuando me tocó recoger a mi sobrino. Armarte de valor para contarle lo que había pasado, para explicarle que la vida le había arrebatado a sus padres. Lloré un par de horas antes de abrazarlo con fuerza, de adornar la muerte como si aquello fuese un cuento. Si es una estrella más, si te cuidan, te miran… Joder, que puta mierda. No volvería a ver a sus padres.

Quedaban seis meses para que terminase el curso y decidimos que debía estar en Gijón con mi madre. Sin embargo, Marta y mi cuñado querían que yo me hiciese cargo de él. Había aceptado, cómo no iba hacerlo. Quién piensa que algo así pueda ocurrir. Lo hablamos en un par de ocasiones, incluso Marta me había explicado que así lo habían dejado escrito en el testamento. Esas típicas conversaciones que no quieres tener y que hablas sin hacer demasiado caso.

Hablé con mi empresa, y comprendiendo lo que me había sucedido, me trasladaron a Gijón. Aquel agosto, comenzaba una nueva vida. Una vida no elegida, pero a fin de cuentas una que debía recorrer, tratando de hacer lo mejor posible con mi tarea de madre postiza.

Elba

Aquella noche no pegué ojo. Martina me había abrazado tratando de calmarme, pero había terminado en el sofá con una taza de té mientras miraba a un punto fijo en medio de la oscuridad. No podía creerme la hubiese vuelto a tener de nuevo frente a mí.

Quedaban horas para quedarme a solas con ella, para hablar de su sobrino, para que me contase por qué era ella su tutora legal. Ella, la persona más inmadura, y más… Todavía me podía la rabia de todo lo que había hecho. No puedo negar que la siguiese odiando un poco. Sin embargo, las personas cambian, y debía escucharla de forma profesional, dejando mi vida privada de lado. Había pasado demasiado tiempo, el suficiente como para olvidar la corta relación que hubo entre nosotras, donde los encuentros carnales sobrepasaron a los que se pudiesen tejer con un manojo de sentimiento. Al final solo habíamos sido carne y sudor, mucho sudor.

Bruna

La chulería es la coraza de los cobardes, que se crecen con palabras y actitudes ante la falta de movimientos heroicos, esos donde desnudar los sentimientos forma parte de un acto suicida. Esa era yo, una niña mimada que siempre había conseguido todo lo que le daba la gana, que no le importaba demasiado las consecuencias de sus actos, justificados por todos. “Es que Bruna es así”. Me lo creí, durante mucho tiempo creí que ser así era normal.

Uno de los días más dolorosos de mi existencia fue cuando tuve que borrar de la agenda el número de Marta. Era la única persona en el mundo para quien esa frase no tenía ningún tipo de validez. Ella me había sermoneado con el trato que Elba había recibido por mi parte. Nunca había aceptado mi relación con Elvira, aunque por hacerme feliz, lo había intentado, incluso llegó a invitarnos un fin de semana a Gijón. Se había alegrado el día que le dije que no estaba con ella, aunque no salió ni una palabra de su boca. Marta siempre estaba ahí, siempre, y ahora era yo quien tenía que hacer su papel, quien tenía que enseñar a ese niño como ella hubiese querido hacerlo, educarlo, cuidarlo y mimarlo.

Me sentía sin fuerzas, sin ganas y sin ilusión. Elba de tutora, para hacer las cosas aún más complicadas. Por un instante pensé que aquello había sido obra de Marta desde el cielo, o desde donde coño se vaya uno. Adoraba a Elba, yo nunca lo había entendido, pero había algo que me hacía sentir que sin estar, ella me seguía uniendo a aquella chica de ojos claros de quien no pude enamorarme. Ni siquiera lo intenté.

Tragué una de las pastillas que me había recetado el médico cuando había pasado todo. Apagué la luz y dejé que mi mente por fin se desconectase. Sonreí al ver a mi hermana, dándome un abrazo, un beso… Sentí que incluso me daba las gracias por todo lo que estaba haciendo. Me quedé dormida de golpe.

Elba

Bruna había llegado puntual a la cita. Nos sentamos la una frente a la otra y comencé a explicarle brevemente lo que me preocupaba desde hacía varias jornadas. Bruna me interrumpió:

—Estás guapísima —me soltó mirándome fijamente. Esos ojos. Hacía tiempo que nadie me miraba de esa forma.

—Gracias, pero me gustaría que nos ciñésemos a lo meramente académico —dije amargamante.

—Comprendo, lo siento, pero necesitaba decírtelo. No he pegado ojo en toda la noche pensando en lo que pasó entre nosotras.

—Hace mucho de eso, puedes ir olvidándolo.

—Estos años he pensado en ti muchas veces. Y estos últimos meses, sabiendo que vendría a Gijón incluso más…¿Tú has pensando en mí?

—Pues no, la verdad es que no. He tenido cosas mejores a las que dedicar mi tiempo. Una persona que te dice que ha pasado unos días increíbles y después desaparece… —No pude terminar de hablar.

—No siempre gestionamos las cosas de la mejor forma.

—Pues eres sincera. No me sueltes que necesitas estar sola y al mes te estás follando a otra, bueno, al mes que yo supiese, probablemente lo harías al día siguiente de nuestros fines de semana.

—Estaba perdida, necesitaba… —Trató de explicarse.

—Olvídalo —corté—. Mira, Carlos es la prioridad de las dos. Necesitamos darle un entorno amable, que se sienta querido y arropado. Yo prometo hacer todo lo que esté en mis manos para que se sienta bien en la clase.

—Lo sé, cuando hablabas de tu profesión destilabas pasión. Me quedaba tonta escuchándote.

—Bruna, de verdad, han pasado cuatro años. Creo que somos suficientemente mayores como para ver que aquello solo fue un par de fines de semana, dos crías. Ambas tenemos nuestra vida y aquello no fue a más.

—Por mi culpa…

—Gracias a ti —dije bordemente.

—Lo siento.

—En serio, olvídalo. ¿Hay algo más que quieras hablar conmigo?

—Me gustaría invitarte a tomar algo y aclararlo todo. Fuera del colegio y de tu profesionalidad.

—Debes bromear. Desde hoy, yo soy la tutora de tu sobrino, tú una familia más a la que atenderé encantada, pero nada más. Un placer haber charlado contigo. Estaremos en contacto. —No recordaba haber sido tan borde con nadie en mi vida, y sabía que no era toda la culpa solo de ella.

—Al menos, espero que las Tres Nornas no nos abandonen y saquen pronto su nuevo disco. Sé que mientras lo escuche con la pasión y ganas que lo hago, habrá otra persona, no muy lejos de mí, haciéndolo también.

Esbocé una sonrisa fingida, me levanté, estiré mi mano y esperé a que acercase la suya para estrecharla. En realidad podía haber evitado ese momento, pero necesitaba sentir su piel de nuevo. Había sido demasiado esquiva para que ella aceptase ese saludo. Sin embargo, su mano apretó la mía y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Las pieles parecen tener memoria.

Aguardé a que saliese de la sala, desplomándome sobre la silla. Deseaba no tener que verla demasiadas veces aquel curso. Haría todo lo posible para que Carlos se sintiese bien en el aula, pero evitando a su tía. Aquellos ojos aún tenían mucho poder sobre mi cuerpo.

Bruna

Sabía que mi actitud con Elba no había sido la indicada y más ahora que era la tutora de mi sobrino. Ella se encontraba en una situación bastante incómoda mientras yo la observaba desde la barrera. Esa era la sensación que sentía al ver su cara cada vez que abría la puerta del colegio para entregar a los niños de su clase.

Mi forma de ser con ella debía tomar otro camino, no había empezado como debía después de la última vez que nos vimos. Mi última bala aquel mes de septiembre fue mandarle un correo para ofrecerle que los niños viniesen de excursión a mi empresa. Elba había lanzado la propuesta en la reunión de padres, y a mí me había parecido una buena idea para comentarlo. Obtuve el *ok* de mi jefe y no tardé en mandarle un escueto, pero educado email, marcando la distancia que ella me pedía.

Hola Elba:

Te escribo para comentarte que he hablado con mis superiores y estarán encantados de que nos hagáis una visita. Si quieres puedo pasarte un itinerario de lo que podéis ver por si necesitas preparar algo con los niños.

Un saludo,

Bruna

Tardó un par de días en contestarme.

Hola Bruna:

Perdona que haya tardado, pero debía consultarlo con el ciclo para incluirlo en los documentos de centro. Toda salida debe quedar especificada.

Agradecemos mucho tu participación y nos gustaría saber si podría ser en el segundo trimestre ya que es cuando trabajaremos los sectores económicos. De este modo podríamos conectar muchas cosas.

Un saludo,

Elba

Hola de nuevo:

Claro, sin ningún problema. Te agradecería que fuese con un poco de antelación, unos quince días, para reservar la fecha y buscar a la persona que os informe de todo. Hay semanas que se juntan miles de reuniones y son un caos.

Un saludo,

Bruna.

Lo siguiente fue un ok y un nuevo gracias.

Elba

Hay algunas personas que declaran haber sufrido una metamorfosis después de ver una película, de escuchar una canción o de ver un espectáculo. Un rayo divino que atraviesa todo su cuerpo para hacerles abrir los ojos. Cambian de vida, o simplemente de coche, de trabajo, de pareja…

Cris me había mandado un mensaje para tomar unas cañas. No tenía muchas ganas de volver a casa, y necesitaba urgentemente soltar todo lo que pasaba por mi cabeza. Mi amiga había escuchado mi grito silencioso con aquella cita en nuestro bar de siempre.

—Traes mala cara, ¿cómo ha ido la tutoría?

—Bien, mejor de lo que pensaba, aunque me he quedado rara.

—¿Rara? —Le conté con todo lujo de detalles la reunión que había tenido con Bruna. Terminando con un fuerte resoplido. Era la segunda presencial que teníamos ese trimestre. Las cosas con Carlos habían mejorado mucho, pero era noviembre y habíamos decidido vernos después de los escuetos correos de control. Siempre sobre temas del niño, Bruna no volvió a incomodarme con temas del pasado. De hecho, me molestaba que no lo hiciese. Ni yo me entendía. Estaba perdida.

—¿Puedo serte franca?

—Debes, sabes que necesitas sacarlo y que tienes a la persona idónea para hacerlo.

—¿Tú crees que Martina y yo tenemos futuro?

—¿Tengo que ser totalmente sincera?

—Claro —Volví a suspirar.

—Ambas sabemos la respuesta, pero si necesitas que la ponga en voz alta te lo diré claramente: no. Nunca has estado enamorada de ella, y con el tiempo las diferencias se van notando. ¿Bruna tiene algo que ver en esto?

—No, no, que va. Sabes que llevo un tiempo dándole vueltas. Bruna me sigue pareciendo una gilipollas integral. Me da mucha pena la situación que tiene, pero por muy imbécil que sea, nadie se merece eso. No cambia para nada mi opinión sobre ella. Es posible que verla de nuevo me haya hecho sentir un pellizco, pero no el mismo que hace cuatro años. No sé si me explico demasiado…

—Sí, creo que sí. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, creo que debería cortar con Martina.

—No es la primera vez que te oigo decir eso.

—Ahora lo digo de verdad, en serio. Cris, no puedo seguir así.

—No, no puedes. Tienes las vacaciones de Navidad ahí. Tómate esas dos semanas para reflexionar y decidir lo que puedes hacer.

Cris agarró mi mano con cariño, haciéndole un gesto al camarero para que viniese a suministrarnos una nueva caña. El alcohol no resolvería nada, pero al menos nos haría aquello un poco más liviano.

Bruna

El resto del trimestre me limité a ser amable con Elba. Cada día que pasaba notaba que Carlos estaba más calmado, incluso que había hecho amigos. Era increíble cómo avanzaba su forma de expresarse, contándome lo que hacía en clase. Entendí que, aparte del gran trabajo que estaba haciendo con su psicóloga, las tutoríasen clase con Elba lo estaban ayudando mucho. Carlos me hablaba de cuentos y charlas en su clase que le limpiaban el alma. Sin lugar a dudas, Elba era una buena profesional. Tardé en volver a pedirle una tutoría, y ella tampoco me escribió para otra. Sus mensajes eran amables, deberes, lecturas y poco más. Entendí que por el bien de todos, debía dejar de hacer tonterías, de comportarme como una gilipollas. Elba era una persona que merecía mucho la pena.

Aquella tarde la había vuelto a ver, todos los temas tratados giraban en torno a mi sobrino, no dije ni hice nada que pudiese crear un ambiente incómodo. Sin embargo, tenerla tan cerca, mirar sus labios mientras se expresaba con tanta soltura, o el movimiento de sus ojos buscando mi aprobación, me ponían tremendamente nerviosa. Había algo en aquella chica que mi cordura no lograba ordenar. Como si mi sentido común se viese alterado con su contacto. Tenía unas ganas irrefrenables de acercarme a ella, de saber más cosas de su vida, de aprovechar aquella oportunidad que hacía cuatro años había tirado a la basura. *¿Sería demasiado tarde para ello sin estropear la relación profesional que debíamos tener?*

CANCIÓN 8: tu cuerpo contra el mío

Elba

El primer lunes post-vacaciones de Navidad no puede pasar nada malo, ¿verdad? Ya bastante mierda es volver a la rutina con el frío que hace, ganando unos kilos de más y tras haberme pasado todas las vacaciones sola comiéndome la cabeza con Martina y nuestra relación.

Yo había pasado las navidades en el pueblo de mis padres. La idea era que Nochebuena la pasásemos con nuestras respectivas familias. Ambas eran muy grandes y a muchas de las personas no las veíamos en todo el año. Por eso, los años que llevábamos juntas siempre habíamos tenido este acuerdo. Que una fuese con la familia de la otra le impedía poder disfrutar de todos Al final no dejaban de ser un par de días, y más viviendo juntas. Sin embargo, habíamos acordado pasar la Nochevieja juntas en una cabaña perdida cerca de mi pueblo, el suyo estaba un poco más lejos. Nada de cotillones ni fiestas excesivas.

Sin embargo, un par de días antes, Martina me llamó y me dijo que habían cancelado la reserva desde el hospedaje ya que habían anunciado fuertes nevadas y podíamos quedar aisladas. Su voz no parecía muy agobiada. Le pregunté qué quería que hiciésemos y me contestó que había una fiesta brutal a la que sus amigas iban a ir. Todas, sin excepción. Le pregunté si eso era lo que más le apetecía hacer. Ella, con una voz solemne me dijo que entendía que esas fiestas no me gustaban y que podía quedarme en mi pueblo, que no quería forzarme a hacer algo que no deseaba. Asumí que ya había tomado la decisión de asistir a esa fiesta mucho antes de hablar conmigo. Incluso dudé si la reserva había sido cancelada por la cabaña, o si hubiese sido ella misma. No quise comprobarlo. Me prometió una noche de Reyes increíble. No le di mayor importancia. Aquella fiesta me parecía una real mierda. Quizás debía haber hecho un esfuerzo por ir. Aunque en el fondo, con el tiempo supuse que lo que pasó aquella noche fue lo mejor que me podía haber pasado.

Por todo lo anterior, aquel lunes iba todo lo feliz que se podía ser con mi maletín nuevo, regalo de una novia maravillosa que creía que me quería mucho. Solo esperaba que pasasen aquellas horas para irme a casa, ponerme un moño, tomarme un café caliente y perderme en alguna novela romántica para ahogar mis penas y no pensar en la mierda de relación en la que estaba naufragando. No estaba el día para algo mejor. Martina volvería de trabajar, charlaríamos lo justo, cenaríamos, y cucharita en la cama. Quizás ni eso.

Prometo que la mañana iba bien, un dictado, unas cuentas, una lección sobre el ciclo del agua, una hora libre mientras iban a música y me tomaba un café rellenando estúpidos papeles, un par de horas más y fila para irnos a casa. Había tomado el café con Cris, la secretaria del cole y amiga. Me permitía el lujo de aconsejarle sobre su vida sentimental cuando la mía estaba patas arriba. Mientras ella estaba colada por la maestra de educación física, yo no sabía ni lo que sentía.

Quedaban unos minutos para entregárselos a sus familias, unos malditos minutos, cuando Carlos decidió tomarse la justicia de su mano, pegándole un puñetazo a uno de sus compañeros. Gritos, lloros, sangre, mareo, curar el desaguisado y dirección.

Allí estábamos, un niño a cada lado con la cara de odio de la directora por no poderse ir a comer. La madre del niño apaleado y Bruna. Sus ojos marrones posándose sobre mí, pidiendo compasión por lo que estaba sucediendo. En el fondo, me daba pena, a pesar de ser una gilipollas de las grandes, no era nada agradable su situación

—A ver Carlos, ¿por qué lo hiciste? —Preguntó la directora pacientemente. Todos miramos

al niño atentamente.

—Dijo que era un niño de mierda sin padres. —Todos lo miramos sorprendidos mientras lloraba, esperando la respuesta de la directora a tan cruel afirmación. Nadie se atrevía a hablar hasta que la madre del niño golpeado soltó la perla del día.

—Bueno, pero eso no es para arrearle un puñetazo a mi hijo. —Noté como Bruna se revolvió en su sitio, tratando de contenerse. La miré, intentando calmar su mirada salvaje. Temía que se levantase y le atizase un guantazo, si yo tenía ganas, no podía imaginar las suyas.

—No justifico la violencia en absoluto, pero hay cosas que no se pueden tolerar… —La directora dijo con acierto—. Creo que deberíamos hablar nosotras dos a solas —dijo dirigiéndose a la madre indignada—. Elba, ¿puedes acompañar a Bruna y Carlos un momento fuera? Me gustaría hablar con ellos después.

Asentí, dejando que Bruna pasase primero. Cruzamos el pasillo en silencio cuando le pidió a Carlos que se quedase en una silla, suplicándole a la conserje que le echase un ojo, quien aceptó sin problemas. Me empujó con violencia en un aula y me arrinconó muy alterada. Mi corazón empezó a brincar ante su cercanía.

—¿No me digas que no es una gilipollas increíble? Esa señora no tiene ni puta idea de lo que estamos pasando, Elba.

—Lo sé, bueno no, no lo sé, pero su comentario ha estado fuera de lugar. De verdad, lamento mucho que hayáis tenido que oír semejante tontería. —Yo no me quería posicionar demasiado, pero aquella madre no había estado para nada acertada.

—Gracias, de verdad. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y comenzó a llorar desesperadamente. Me quedé inmóvil, con otra persona no hubiese dudado, pero era Bruna. El polvo perfecto que me dejó tirada, a quien estuve esperando semanas y semanas tras aquel nido de promesas que se enredaron perdiéndose en la nada.

Finalmente no aguanté y la abracé. Noté como sus manos me agarraban con fuerza mientras hundía su cabeza en mi cuello. No sé lo que duró aquel abrazo, tal vez una eternidad en un universo paralelo, un par de minutos en el nuestro.

—Perdona —dijo limpiando las lágrimas que había dejado en mi ropa.

—No pasa nada.

—Me siento muy sola en esta ciudad, he dejado todo y se me está haciendo muy grande. —Traté de comprenderla, me hubiese gustado darle mi móvil, quedar para un café de vez en cuando, pero era ella, Bruna.

—Va salir bien, de verdad, vamos a luchar con uñas y dientes y haremos que sea un buen curso.

—Gracias, Elba. Eres tan bonita, ojalá nunca te hubiese… —Se quedó en silencio rozando con la palma de su mano mi rostro.

—Tranquila —contesté dando un salto atrás. No podía soportar estar tan cerca de ella. Me ponía mucho más nerviosa de lo que había imaginado. Miré sus ojos, haciendo que mi mente se perdiese en un trailer que se repite una vez tras otra para anunciar la película de moda. En ella nosotras éramos las protagonistas. Sus besos, uno tras otros pasando por mi mente. Sus labios, sus manos, su cuerpo contra el mío…

Alguien llamó a la puerta y agradecí que aquel momento tan incómodo fuese cortado. Me despedí de ambos y esperé a que los latidos de mi corazón se calmasen para irme a casa.

****

Llegué a casa agotada, una presión importante se apoderó de mí, y la única solución que encontré

fue atacar el armario de los dulces de la cocina. Me senté con un paquete de galletas y el bote de emergencia de chocolate untable. Martina llegó y me pilló en pleno mordisco al que pretendía que fuese el último trozo, me lo hubiese creído de no haber sido porque llevaba diciendo eso desde el segundo pedazo.

—Hola cariño —se acercó a mí y me dio un sonoro beso.

—Hola.

—Uy, ¿qué ha pasado? Si estás atacando al chocolate de ese modo es que veo un drama a la vista.

—Mucho lío con la tutoría, peleas, reuniones, pero todo controlado. —No quería contarle demasiado, y menos si Bruna era la protagonista de la conversación. Temía que se me notase algo, pero *¿el qué?*

—¿Seguro?¿Quieres contarme algo? —Me preguntó con una mirada protectora mientras me limpiaba un trozo de chocolate. Estos momentos me hacían tirar por la borda toda esa concurrencia de pensamientos en los que yo comienzo a hablar sensatamente para decirle que lo nuestro no puede seguir así y que quizás debemos tomarnos un tiempo.

—Sí, seguro, pero debo dejar de darme estos atracones. Luego me siento peor.

—¿Por qué no te apuntas al gym? Te vendría bien para soltar adrenalina. Además, a ti siempre te ha gustado mucho el deporte.

—Puffff —solté un gran bufido—. ¿Vendrías conmigo?

—Ojalá, con estos turnos del infierno me es imposible, pero tengo una idea. ¿Por qué no te apuntas al gym en el que está trabajando mi prima? Así si algún día puedo acompañarte, me cuelo con tu tarjeta y no me hará pagar otra cuota.

—Me parece buena idea, aunque no sé si me dará más pereza si tengo que ir hasta allí.

—Venga, con el aparcamiento gigante que tiene no tendrás problema. Te vendrá genial, cogerás la rutina y prometo que yo iré contigo algún día. —Se acercó a mí y me dio un suave beso—. Me cambio y vamos a apuntarte, venga.

Y así es como en unos minutos Martina me arregló la tarde, animándome a apuntarme al gimnasio para sacar la rabia que recorría mi cuerpo. Es posible que aquella pareciese la mejor solución a todos mis problemas. Sin embargo, los complicó mucho más.

Bruna

Me costaba, se me hacía un triunfo todo lo que estaba viviendo. No sabía cómo hacerlo con Carlos, por más que lo intentaba, no podía. En ocasiones la situación me superaba.

En Gijón no tenía amigas, mi madre estaba perdiendo la cabeza, y más después del accidente. Me sentía completamente sola, con una situación jamás buscada. Porque sí, tuve una época en la que fui una cretina, en la que pensé que el mundo era mío y que podría con todo, pero ahora no. Me sentía indefensa, sola, abandonada y sin ganas de nada. Sin embargo, llevaba por bandera mi chulería, porque me salvaba de parecer un animalito vulnerable que a veces solo necesitaba un buen abrazo o un beso de verdad. Como el abrazo de Elba, en el que me hubiese quedado a vivir una buena temporada, donde parecía que mis problemas se hacían tan pequeños que casi desaparecían.

Estaba cansada de polvos esporádicos, de chicas que no me llenaban, de relaciones que no avanzaban. Sabía que Carlos me necesitaba fuerte, pero flaqueaba. Había días que sentía que me dolía hasta el alma. Días de tristeza absoluta, que deseaba meterme en la cama y llorar, esbozando una sonrisa tan falsa como los cientos de sentimientos que había llegado a inventar para permanecer cerca de alguien y pasar el rato.

Pensé de nuevo en Elba y un halo de esperanza se mostraba en mi camino. Me había apoyado esa misma mañana con la madre gilipollas. Sabía que no tenía una posición cómoda, que yo había sido una gran desilusión en su vida, como en la de otras tantas personas. Tenía claro que Carlos le estaba dando la tutoría, y aún así permanecía estoica, buscando soluciones mientras en su fuero interno seguía lidiando con las ganas de mandarme a la mierda por lo mal que me había portado con ella. Sentí ganas de mandarle un mensaje a través de la aplicación del colegio, pero no me pareció propio.

Busque una canción de las Nornas y la puse en bucle. Necesitaba aquellas líneas para terminar mi día de mierda. Algo que me uniese a Elba sin molestarla, sin seguir haciendo que su odio hacia mí aumentase.

Elba

Llegamos al gym. Realmente no estaba lejos de casa, y me quedaba muy cerca del colegio. Martina acabó convenciéndome, y la verdad es que el deporte siempre me había ayudado a despejar la cabeza cuando los problemas me comían por dentro.

Su prima estaba en el mostrador, recibiéndonos con una gran sonrisa. A pesar de vivir en la misma ciudad, nos veíamos muy pocas veces, y eso que era una tía muy maja.

—Ya era hora de que me hicieseis una visita. No hay quien os vea el pelo. Sois la pareja más solicitada del mundo.

—Pues no será por el montón de planes desenfreados que tenemos —solté riendo irónicamente notando como la cara de Martina cambiaba.

Nuestros planes de pareja cada vez eran más aburridos. Martina solía salir más de fiesta con sus amigas, me animaba a salir con ellas pero yo solo iba a las justas y necesarias. Normalmente me quedaba en casa, viendo alguna serie, leyendo o haciendo alguna tarea del cole. Sentía que no tenía edad para ir a una disco a darlo todo. Prefería ir al teatro, una cenita en un sitio bonito, una copa y una conversación agradable. Parecía que con el tiempo, Martina había desarrollado una alergia incurable a mis planes.

Sin embargo, a mí no me importaba que mi chica saliese, siempre habíamos sido muy independientes. No podíamos obligarnos a hacer las mismas cosas, aunque sí que hubiese agradecido haber tenido más cosas en común. Por un segundo pasó por mi cabeza Bruna, no entendí por qué en ese momento. Con ella tenía demasiadas cosas en común, aunque eso no había sido suficiente cuatro años atrás. Seguramente tampoco lo fuese ahora.

—Marti, apúntate tú también y os hago una oferta familia.

—No, de verdad que no. Yo odio esto, no duraría ni un día y tiraría el dinero.

Su prima y yo nos miramos con resignación. No podíamos obligarla. Me informó de los horarios, funcionamiento y me hizo una buena oferta con el permiso de su jefe quien, entre risas, le dijo que a la familia había que tratarla bien.

—Si vienes a las 4 no hay casi gente. Estarás muy a gusto. Los profes son muy buenos, al final te acabarás enganchando.

—Creo que me llevaré el tupper al cole y me vendré directa. Está tan cerca que así no tengo que andar de un lado a otro.

—Me parece una idea estupenda cariño. Si vienes a casa a comer, te quedarás en el sofá y será peor.

—Como haces tú los días que no tienes tardes, ¿no?

Mi novia me miró con odio, aunque en seguida las tres nos reímos y asentimos. Formalicé todo y nos fuimos a casa. Por un momento me sentí motivada a retomar el deporte, no pensar

demasiado y no terminar cada tarde atacando a punta de pistola el armario de la cocina.

Bruna

Odiaba que todo el mundo me dijese que me acabaría acostumbrando a esa nueva ciudad. *"Total, si llueve lo mismo"*.

Cómo si el tiempo fuese todo. Echaba de menos a mis amigas, las cañitas aunque fuese muertas de frío, las tardes corriendo por el paseo o las noches de fiesta. Ahora tenía que hacerlo todo sola. Tomar todas las decisiones que involucraban a la pobre criatura que tenía bajo mi cuidado, además de aquellas que me afectaban a mí. Cómo iba a tomarlas buenas para otra persona si en los últimos años pocas habían sido buenas para mí.

Llegué a casa agotada y con un dolor de cabeza increíble. Aquella semana no había dejado de tener reuniones. De lo único de lo que no podía quejarme era del trabajo. En la nueva sede me había adaptado a la perfección. Había propuesto un nuevo envasado para las anchoas de esa temporada, con la sorpresa de que al jefe le había entusiasmado. Me había pedido desarrollar la idea e incluso hacerle unos bocetos. Me sentí orgullosa de que alguien me dijese palabras bonitas, de respeto y admiración. Pensé en el idiota de mi antiguo jefe y la caña que me había metido para innovar, sin darme una sola oportunidad de expresarme. Por un momento, en este nuevo lugar, me sentí viviendo de rentas. Ya era hora de que me tocase algo bueno. Quería hacer cosas importantes en una empresa que no me mirase con desprecio.

Miré el reloj. Llegaba a casa un poco antes de la hora que le había dicho a Ana, la chica que me ayudaba con Carlos, tomándome el lujo de parar a recoger el correo del buzón. Había demasiada propaganda. Cogí el ascensor, ojeando aquellos panfletos. De pronto, uno de ellos cayó frente a mí. Había sido una señal. Lo necesitaba y me lo merecía. Era incapaz de dejar escapar aquella oferta.

Elba

No necesitaba mallas nuevas, ni la camiseta que llevaba y mucho menos la mochila de gym que me había comprado, pero oye, necesitaba algo que me motivase. Siempre había sido muy deportista pero los últimos años, lo único que hacía era alguna pequeña ruta de montaña con alguna amiga y sus hijos, por lo que su nivel era básico, sin demasiadas exigencias. Martina odiaba hacer deporte, y yo, me dejaba llevar. No es excusa, pero siempre era más fácil estar en el sofá que calzarte las deportivas y salir a hacer deporte.

Empecé con la elíptica, cogiendo ritmo. Después de los primeros diez minutos pedaleando pensé que me moría. No dejaba de maldecir la idea de estar allí dándole a mis piernas, viendo como el pedal iba más rápido que mis fuerzas. Estaba a tiempo de bajarme de allí, cancelar la matrícula y volver a mi sofá. Martina ya estaría en casa, veríamos una serie y comeríamos algo rico. Sin embargo, seguí allí subida. Sentí como ese momento crítico pasaba, notando como mis músculos me daban una tregua al entrar en calor. Me miré de soslayo en el espejo. No estaba en mi mejor momento, pero sabía que podría volver a estarlo. Aguanté un poco más. Las gotas de sudor me caían como las lágrimas que deseaba derramar de dolor.

Finalmente me bajé de aquella máquina del infierno. Tanteé echando un vistazo a los demás amasijos de hierro que servirían para torturarme lentamente de aquella estancia. No me gustaba mirar a la gente por si se pensaba que me paraba a criticar lo que hacían, pero necesitaba quedarme con la dinámica de algunos de aquellos aparatos. Me daba demasiada vergüenza preguntar a la monitora de la sala. Me había quedado con el funcionamiento de dos que servían

para trabajar la fuerza de los brazos. Coloqué el peso, el menor, y tiré con ganas. No era complicado. Me había concentrado haciendo un par de repeticiones.

—Si no pones la espalda recta, te la destrozarás —Una voz conocida sonó detrás de mí. Sentí un escalofrío al notar como con sus manos colocaban mi espalda.

—Eh… —No fui capaz de decir nada al ver su cara.

—Lo siento, no debí entrometerme, pero no he podido evitarlo.

—Tranquila —contesté sin mirarle a la cara, con desgana. No es que me molestase que me corrigiesen, pero que fuese ella quien lo hiciese, sí.

—Elba, lo siento, de verdad que lo siento. No puedes seguir juzgándome por algo que hice hace cuatro años.

—Déjalo, no vuelvas con lo mismo. No quiero oír tus excusas. —Me levanté con la idea de largarme de allí.

—Venga, por favor. No te molestaré más. El gym es grande, no tenemos ni que tropezarnos.

—Joder, de todos los gyms que hay vienes a este.

—Había una oferta que no podía rechazar, vivo al lado, concretamente en el portal de enfrente. No tengo demasiado tiempo y quería venir a hacer algo de deporte para despejarme. Siento que te hayas tenido que encontrar conmigo. —Su voz me partió el alma. Triste, como el quejido de un gatito abandonado, como si fuese alguien que molestase a todo el mundo, siempre en medio, cargando con una culpa que no le correspondía.

—Lo siento, estoy estresada, solo es eso. —Me volví a sentar en la máquina.

—¿Mi sobrino? —Sonrió aún con semblante triste.

—No, para nada. Demasiadas cosas pero todo tiene solución. Venimos aquí para dejar los problemas de lado, ¿No?

—Sí, tienes razón. Hace meses que no hago nada de deporte. —Todavía quedaba un ápice de la Bruna que conocí al levantarse ligeramente la camiseta con chulería, mostrándome su tripa y sentenciando—. Mira que cuerpo escombro me ha quedado. Llevo meses comiendo poco, sin dormir nada. Necesito volver a ser un ser humano normal.

Y en el fondo, yo solo veía a una chica súper atractiva. Quizás con unas arrugas un poco más marcadas, nada más. Me costaba creer lo que acababa de decir al observar sus tersas piernas en unas apretadas mallas, una camiseta de tirantes que dejaba al aire unos brazos moldeados, y un colgante de plata cayendo de su cuello que le daba un toque interesante. Tenía ganas de preguntarle qué era aquello pero no me atreví. No en aquel momento. Tampoco tenía ganas de entablar mucha amistad con ella. Mejor lejos de Bruna.

—Venga, te dejo tranquila. Empezaré a darle un poco yo también, no quiero que me saques ventaja.

—Espera —Sabía que debía dejarla ir, pasar de ella, pero no pude. En el fondo sabía que llevaba cuatro meses evitándola, siendo bastante desagradable con ella. Me dedicaba a pasarle las informaciones del colegio y poco más. Ella al principio había hecho algún intento por acercarse, pero había acabado desistiendo, ciñéndose a mis instrucciones y poco más. Ni una risa en su rostro—. ¿Me ayudas?¿Cómo me coloco?

Bruma asintió, deteniendo la marcha que había emprendido.

—Personal trainer, a sus órdenes —Sonrió y recordé porque había estado tan colgada de aquella sonrisa. En los días que la había visto desde que había vuelto a mi vida, no la había mostrado ni una sola vez. Cuatro años sin observar cómo se formaba esa curva por la que suspiré más días de los que debía. Bruna se metió en el papel. Sentí sus manos colocando mis hombros, mi espalda y mis manos.

Salimos del gym a la vez, con una tibia despedida. Le agradecí la ayuda, a lo que asintió sin mediar palabra. Cruzó la calle rápidamente mientras sacaba las llaves de la mochila. Se giró para mirarme, yo seguía quieta en el mismo lugar, me miró y se rio señalándome el portal. Finalmente se metió dentro, perdiéndose en el ascensor del edificio. Fui a buscar mi coche y ya dentro busqué una canción en mi móvil. La canción.

—Ya está, es una simple canción de Las Nornas. *Tu cuerpo contra el mío.* Es solo una canción, nada más.

Me autoconvencí de ello, como si fuese una verdad absoluta, pero algo estaba pasando, y no tardaría en saber lo que era.

Bruna

Había tenido una sensación muy extraña con Elba esa misma tarde en el gym. No solo porque al tocarla del modo que lo había hecho hubiese activado una parte de mis recuerdos que creía apagada, si no como de pronto, sintiese que después de todo lo que me había pasado algo bueno se acercaba. Estar a su lado implicaba calma y sosiego. En tan solo una hora que había pasado a su lado me había sentido en paz, devolviéndome a un lugar olvidado. *¿Y si la vida me había dado una segunda oportunidad para no desaprovecharla?* Aún era muy pronto para hacer nada, pero aprovecharía cada uno de los entrenamientos en los que coincidiésemos para ir dándome cuenta de si Elba era lo que mi vida necesitaba en ese momento.

Carlos ya se había dormido. Me preparé una infusión calentita y me tapé para leer unas ideas que había desarrollado en la oficina aquella mañana. Me puse los auriculares de nuevo, escuchando una de las mejores canciones que habían sacado las Tres Nornas en su último disco. Me sabía cada una de sus letras, subidas, bajadas… Todo.

“Y es que necesito tu cuerpo junto al mío. Cerca, muy cerca, quemándome hasta el último poro de mi piel…”

Era la canción, la dichosa canción que siempre me devolvía a ese rincón de su colchón, a sus ojos chocando contra los míos. Aquel momento que tanto me hizo dudar de si debía portarme como lo hice. Algo se encendió dentro de mí. Hacía tiempo que no sentía ese ardor, esas ganas de sentir que unas manos recorriesen mi cuerpo. Sus manos. Mi libido había vuelto, ojalá fuese para quedarse. Necesitaba volver a encontrarme, a ir siendo la persona feliz que durante mucho tiempo había sido.

CANCIÓN 9: REPARANDO RECUERDOS

Bruna

Llevábamos un par de semanas coincidiendo en el gimnasio. Al principio era un poco incómodo, nos ayudábamos con alguna máquina los días que llegábamos casi al tiempo. Creo que poco a poco nos fuimos tanteando, haciendo que nuestros horarios se fuesen sincronizando. Puede que fuese una sensación mía. Los egos desorbitados no se deshinchan en dos días.

Lo que sí empecé a tener claro es que los días que no podía ir a entrenar, eran días peores. Los catalogaba como días de mierda. Elba faltaba menos que yo, se lo había tomado en serio. Ya se le notaba.

—Ponme un poco más. —Orgullosa me pedía un poco más de peso.

—¿Estás segura? No quiero que te hagas daño.

—¿Brunita tiene sentimientos?

—Hombre pues claro… —Las dos reímos. Me había acostumbrado a las puñaladas de Elba. A veces me parecía un tonteo en toda regla, pero terminaba venciéndome la idea de que en el fondo sentía compasión por mí.

—Venga, te toca. —Se levantó, animándome. Me había perdido en mis pensamientos mientras ella había hecho una serie perfecta.

—No, no puedo. Hoy estoy muy cansada.

—¿Mala noche?

—Horrible. Hoy necesito una cervecita, despejar la cabeza un poco. Me queda una hora para subir con Carlos.

—Pues va, vamos a la ducha y nos la tomamos rápido.

—¿Seguro? —Me sorprendió la oferta de Elba. No quería que se arrepintiese.

—Lo hago por mí, no aguanto ni una serie más. Es egoísmo. —Sonreí. Era preciosa cuando me hablaba de esa forma.

Nos sentamos la una frente a la otra, esperando las cervezas. Por un momento aquel contacto visual que se hubiese antojado extraño, me estaba gustando. Fue Elba quien no lo soportó.

—¿Qué te pasa? —Me preguntó para escapar de aquella tensión.

—Realmente no me pasa nada nuevo. Es una saturación de todo. La maternidad es muy dura. ¿Tienes hijos?

—¿Yo? Que va, no. Ni de broma.

—Bueno, creo que serías muy buena madre —solté sin pensar demasiado.

—Me lo tomaré como un piropo.

—¿Me odiaste mucho? —Aproveché aquel momento de debilidad para acercarme y zanjar algo que llevaba años quemándome por dentro.

—Un poco. Fuiste una capulla.

—Capulla me parece una palabra muy suave. Fui una…

—No era el mejor momento para ninguna de las dos. Créeme, yo no estaba bien tampoco. En el fondo creo que nos hubiésemos destrozado y ahora nos odiaríamos —hizo una pausa—, aún más. —Reímos las dos.

—Bueno, al menos hemos conseguido que solo me odies tú. Es la primera vez que me alegro de haber hecho lo que hice.

—No es odio. Dañaste mi ego, en aquel momento estaba hecho mierda, y tú me lo jodiste un poco más. Tocado fondo, pero salí a flote.

—Supiste que estaba con otra chica, ¿verdad?

—Sí, no fuiste muy inteligente ocultándolo. Yo solo hubiese agradecido un poco de sinceridad. Nada más. No podía culparte por enamorarte de otra persona.

—No me enamoré de nadie. Elvira era el camino fácil.

—Lo sé, en el fondo lo entiendo.

—No duramos mucho. No fue una relación del todo sincera. Tuve un lío con Carmen por el medio.

—¿Tu ex?

—Sí. Seguía enamorada de ella. Creo que Elvira nunca lo supo.

—Joder, Bruna…

—No queda nada de esa persona. Créeme.

—No te juzgo. Ya no.

—¿Sabes lo más gracioso? Hace dos años vine una semana entera con mi hermana. Su marido se había ido de viaje y me apetecía pasar esa semana con ellos. A mí madre le tenían que hacer unas pruebas y quería estar también con ella. Ella me insistía en que viniese a buscar a Carlos. Me acordé el otro día. Es posible que ella supiese que tú estabas en este cole, aunque Carlos estuviese en infantil.

—Sí, yo dudé de si tu hermana traía a tu sobrino a este cole.

—¿Qué? —Me sorprendió su afirmación.

—Bueno, cuando pasó todo tu hermana me escribió un mensaje privado. No nos llegamos a agregar. Solo hablamos un par de veces. A ver. No te lo había contado porque era una tontería. Simplemente me deseaba lo mejor. Cruzamos cuatro palabras, y acabamos hablando de coles. Le aconsejé un par y ya. Ella siempre fue muy respetuosa conmigo.

—¿Y nunca la viste en los años que venía con mi sobrino?

—El edificio de infantil, aunque está pegado, tiene otro acceso y no solemos cruzarnos salvo familias que tienen hijos en primaria e infantil. Un día me pareció verla de lejos, pero solo la había visto una vez de fiesta y no estaba yo muy lúcida. Y por la foto del mensaje que tenía en su perfil no podía saber de fijo que fuese ella. Tampoco había visto nunca a tu sobrino, y la verdad que no investigué.

—Joder…

—Son casualidades, Bruna. Cuando le recomendé este cole ni siquiera yo trabajaba en él. Ha sido una coincidencia. Puede que se viese influida por mi consejo, pero no lo hizo a posta.

Agradecía la conversación con Elba. Las risas, la complicidad de una persona que te saca de tus pensamientos. Llegué a casa con una sonrisa, hasta Ana me dijo que parecía otra. Esperé a que se marchase, cogí una foto de mi hermana que tenía en el armario del salón y le solté:

—Capulla, por eso insistías tanto en que fuese al colegio. ¿Por qué te gustaba tanto Elba?

En realidad a aquella pregunta podía responder yo misma, porque era imposible que una persona como ella no te gustase. Guapa, simpática, amable, cariñosa, respetuosa…

Elba

Llevaba un par de semanas en el gym y lo notaba, estaba más activa, cuidando lo que comía y disfrutando del deporte. Tengo que reconocer que Bruna tenía mucha culpa de ello. Me enseñaba cómo funcionaban las máquinas, hacíamos series juntas y acabábamos riéndonos de todo. Era una persona con una nube gris sobre ella, pero en el fondo, su simpatía acababa saliendo. Era ingeniosa y me hacía reír, muchas veces sin ser capaz de terminar el ejercicio del todo. Notaba

como ese momento era una vía de escape para ella, aunque para mí también lo estaba siendo. Milagrosamente nuestros horarios se habían sincronizado y coincidíamos casi todos los días.

Y allí estaba yo en el patio, mordiendo sin apenas ganas una manzana, cuando un niño llegó corriendo al patio para terminar con mi paz.

—Profe, Carlos, Carlos.

—Joder —Lo dije tan bajo que nadie me escuchó. No debía decir palabrotas en el colegio, pero fue oír su nombre y pensar que la había liado. A pesar de llevar semanas muy tranquilo, era el alumno más trasto de mi clase.—¿Qué ha hecho ahora?

—Se ha caído y llora mucho. —Me asusté y corrí detrás del niño que me indicaba el camino.

Un revuelo de niños lo tapaban, pude verlo en el suelo llorando, agarrándose el brazo y gritando de dolor.

—Profe, me duele, me duele mucho —No podía dejar de llorar.

—Tranquilo, es el golpe. —Fue todo lo que pude decir mientras lo cogí como podía. Sí, sin dudas el gym se notaba.

Lo llevé a secretaría para informar de lo que había pasado. El niño se había tranquilizado con un poco de hielo, pero era rozarle el brazo y llorar. Permanecía sentado en una silla mientras yo llamaba a Bruna para contarle lo que había pasado. No tardó demasiado. Aparcó su moto y entró en el cole asustada.

—¿Qué ha pasado?

—Bruna, tranquila, te dije que no era grave, relájate por favor.

Vi que asomaba una lágrima, supuse el susto que se había llevado.

—¿Qué ha pasado? —Volvió a repetir.

—Me he caído en el patio y me he hecho mucho daño, pero estoy bien, tita —La vocecilla de Carlos calmó a Bruna.

—¿Crees que está roto?

—Tiene pinta por como se queja, pero necesita que lo lleves al hospital.

—¿Al hospital? —Vi su cara de terror.

—Sí, tendrán que hacerle una radiografía. No es el primer niño que se cae y siempre hacen eso, mejor hospital. Está aquí al lado.

—Joder.

—Bruna —contesté mirando a Carlos.

Bruna me cogió del brazo y me alejó un poco hasta que su sobrino no pudiese escuchar.

—Por favor, ven con nosotros.

—¿Con vosotros? Tengo clase. No puedo irme.

—Por favor, yo hablo con la directora. No te lo pediría si no lo necesitase de verdad. El hospital, Elba, otra vez…

—Solo será un brazo roto, quizás ni eso.

—Por favor —Sus ojos suplicaban.

—Veré que puedo hacer. Dame un minuto.

La directora comprendió el caso y me dio permiso para irme sin ningún problema. Me pidió que le informase con las novedades.

—Venga, vamos, no hagamos esperar ni un segundo más a este pobrecillo.

Ambos se levantaron y me siguieron.

—Madre mía, si conduce tu profe, igual ni llegamos. —Bromeó Bruna. Sin embargo, en su cara se dibujaba pavor.

Los tres reímos. Carlos agradeció su broma con una bonita sonrisa y Bruna me miró

dándome las gracias con sus preciosos ojos.

Bruna

Llegamos al hospital. Miré a Elba aterrorizada. Era el mismo hospital que hacía unos meses había cambiado mi vida. Ni siquiera había sido capaz de pasar por delante de él, prefería rodearlo. No podía dejar de recordar aquella fatídica noche en la que conduje como una loca para llegar y ver a mi hermana y su marido por última vez, y de todo lo que pasó después. Intenté aguantar las lágrimas. Elba notó como mis ojos se empañaban y distrajo a Carlos hasta que recuperé la entereza. Noté como acarició mi mano en señal de apoyo. Agradecí su gesto con una tenue sonrisa.

Una enfermera nos atendió en seguida. Al ser pediatría nos mandó para otra zona y rápidamente estábamos en la consulta de la médico.

—Le haremos una radiografía para comprobar la magnitud de la lesión. Podéis esperar un momento mientras se hace. Será un momento.

Las dos agradecimos y esperamos mientras una celadora se lo llevó para hacerle la prueba. Aproveché ese momento.

—Gracias, muchas gracias. No sé cómo pagarte lo que has hecho por nosotros. Bueno, por mí… No me sentía con fuerzas… —No pude continuar.

—Tranquila, ¿vale? No va a ser nada. Entiendo que este sitio no es nada agradable. —Elba me dio la mano.

—Aquí fue donde tuve que reconocer a Marta —No pude evitarlo y rompí a llorar.

—Lo siento, Bruna. No tenía ni idea. Me alegro de haber podido venir contigo. —Sentí como me abrazaba. Un abrazo infinito, hasta que la voz de Carlos me sacó de ahí. De un lugar que no sabía que existía, pero que me estaba gustando.

—Ya está, todo listo. Vuestro niño es un campeón.

Las dos nos miramos y reímos. Aunque era imposible saber qué había pasado por la cabeza de la enfermera, podíamos intuirlo por sus palabras. Carlos estaba más tranquilo, con un montón de pegatinas por lo valiente que había sido.

Elba

Esperamos un rato hasta que supimos que tenía una fractura no desplazada. Un poco de escayola y como nuevo. Salimos del hospital más calmadas y agradecidas de que solo había sido un susto.

—Venga, os llevo a casa. Además sé donde vivís.

—¿Lo sabes? —Preguntó Carlos intrigado.

—Hombre, la profe lo sabe todo. Sabe hasta lo que cenaste ayer, imagínate.

—Si, clarooo —dijo incrédulo. Bruna me hizo el gesto de batir huevos y puso cara de pez. Me dio la risa y probé con su adivinanza.

—Tortilla francesa con atún. —Carlos me miró con sorpresa.

—¿Ves? Te lo dije.

—Me muero de hambre —soltó recordando su tortilla.

—Sí, yo también —Le acompañé.

—¿Os apetece un burger? —Preguntó Bruna.

—Siiiiii —gritó Carlos como loco.

—Venga, os dejó donde me digáis.

—No, no, profe. Que menos que nos dejes invitarte a comer, después de haber pasado este

rato con nosotros —propuso Bruna.

—Siii, profe, ven a comer con nosotros.

—Yo…es que…

—¿Le vas a decir a un pobre niño convaleciente que no? —Carlos se asoció con su tía poniendo cara de pena.

—Está bien, vaaaamos.

No me costó demasiado aceptarla invitación, en realidad tenía ganas de pasar más tiempo con ellos. Carlos, a pesar de revolverme toda la clase, era un niño encantador. Notaba en sus ojos el dolor, el sufrimiento por el que estaba pasando. Al igual que en los de su tía, que se veía sobrepasada por una situación que no hubiese imaginado ni en la peor de sus pesadillas.

Era extraño pero comenzaba a ver a Bruna de una forma muy distinta al recuerdo que tenía de ella. El tiempo, pero sobre todo, las circunstancias, le habían hecho cambiar por completo. Quizás ya era momento de olvidarme de aquello que había pasado entre nosotras, tratando de apoyarla y ser la amiga que necesitaba con urgencia. Sin embargo, no dejaba de preguntarme a mí misma, *¿podía ser amiga de alguien que me había encantado?*

—Ya estamos aquí —Bruna me sacó de mis ensoñaciones. Traía una gran bandeja con un montón de comida.

—Creo que hambre no vamos a pasar —dije, haciendo hueco.

Carlos y Bruna se sentaron en frente de mí. Carlos me miraba con sorpresa, como si fuese un bicho raro, pero con una sonrisa preciosa. Bruna estaba con el reparto de hamburguesas y de patatas.

—Gracias —contesté al recibir mi ración.

—Profe —Carlos comenzó a decir mientras cogía un puñado de patatas y sonreía sin parar—, esto no es una comida muy saludable ¿eh?

—Oye, lo que pasa fuera del cole, se queda fuera del cole —amenazó Bruna a su sobrino.

—Lo dice porque estamos estudiando la comida saludable, y les expliqué que de esto no se debe comer mucho.

—Pero nos dijiste que alguna vez podíamos y que tú también te comías de vez en cuando alguna hamburguesa.

—Sí, es verdad —no pude evitar reírme al ver como recitaba cada una de las palabras que yo había dicho en clase. Era un niño muy inteligente.

—Ea, pues aquí tienes el ejemplo de que tu profe siempre dice la verdad. Es la primera hamburguesa que come este año —soltó Bruna sonriendo mientras le daba un mordisco a la suya.

Es posible que mi semblante se empañase ligeramente. En realidad era cierto que era la primera vez que iba ese año. Martina odiaba los sitios de comida rápida. A mí no es que me fascinasen, pero de vez en cuando si me apetecía algo así. Llevaba años sin ir porque sola me daba vergüenza.

—¿Estás bien? —Bruna me rozó con su pierna por debajo de la mesa haciendo que un escalofrío recorriese mi cuerpo.

—Sí, perdona. Un poco cansada, nada más.

—Eso es porque te falta lo mejor —Bruna se levantó de la mesa y se acercó con el ticket al mostrador donde había pedido todo.

—¿Qué hace? —Pregunté a Carlos por si él lo sabía.

—Creo que hoy no será nada sano —Los dos reímos.

Bruna se acercó con tres helados, con mucho chocolate.

—Te faltaba lo mejor, lo que no solucione esto, es irreparable. —Asentí, disfrutando del helado con muchas ganas. Me gustaba mirar a Bruna, su sonrisa canalla, sus movimientos seguros a pesar de estar rota por dentro.

—Bueno, creo que es momento de que estrenemos esa escayola —dije sacando un rotulador de mi bolso. Como buena maestra, siempre llevaba algo para escribir—. ¿Me dejarás hacer los honores?

Carlos sonrió, sentándose a mi lado y acercándomela para poder plasmar mi firma y un corazón. A Bruna le dio un ataque de risa.

—¿Qué pasa? —Pregunté intrigada.

—¿Es un requisito fundamental ser tan cursi para ser profe?

—Serás ca…—dejé mi insulto guardado al ver que Carlos nos miraba sin perder una palabra.

Bruma estalló en una risa aún más fuerte.

—Venga, vamos a casa. Me ha escrito Ana. Dice que está llegando a casa.

—¿Ana? —Pregunté arrepintiéndome al momento.

Bruna se rio. Carlos ya estaba en la puerta.

—Uy, ¿te has puesto un poco celosa? Venga, ¿nos llevas a casa y te presento a Ana?

—¿Celosa? No seas imbécil. No te dejo aquí porque tendría que hacerme cargo de Carlos, y no me gusta hacer horas extra.

Bruna

Yo quería que aquella tarde se alargase pero tenía claro que Elba nos dejaría en el portal y tendría que despedirme de ella. Miré como conducía, con qué cariño y esmero hacía todo. Sus movimientos tan simpáticos, su perpetua sonrisa. Dudé si la miraba así por sentirme sola o si es que mis sentimientos hacia ella se habían vuelto a despertar. Quizás solo permanecían dormidos, donde yo les había obligado a mecerme para no hacernos daño. Al final fui yo quien tomó aquella decisión de no dañarnos cuando no tenía ni idea de si nos hubiésemos podido hacer muy felices. Siempre había sido muy egoísta decidiendo por todo el mundo. Me había creído dueña de la verdad absoluta, como si tuviese una bola del futuro y con mis actos presentes pudiese evitar mucho dolor. Sin embargo, no era consciente del perjuicio que provocaba a mi alrededor por ello.

—Ya estamos aquí. —Elba había aparcado en la calle para dejar que saliésemos con calma.

—Muchas gracias. Creo que nunca te he dicho que tengo una cafetera maravillosa. Te cambio un café, de esos que te encantan, si luego me acompañas a por la moto. La dejé en el cole.

Elba dudó un instante. Quizás tenía ganas de huir, pero también sentía que quería ayudarme. Me odiaba ligeramente pero era demasiado empática como para dejarme así.

—¿Es muy bueno?

—El mejor.

—Un café y nos vamos.

—Un café, te lo prometo —sentencié.

—Tus promesas… —Las dos reímos.

Elba

Subimos hasta el piso y Bruna me presentó a Ana. Una chica joven, con una sonrisa que iluminaba la estancia. Carlos le relataba la aventura que había pasado aquella mañana,

detallándole todo lo que había hecho. Ana lo escuchaba con mucha atención, de vez en cuando le daba algún beso de preocupación. Finalmente, Carlos le preguntó si jugaba un rato con él, aprovechándose de la situación, a lo que Ana accedió sin dudarlo.

—Si me dijeses que es tu novia me llevaría una alegría. Es un encanto de chica. —Bruna rio.

—Si tuviese 10 años más no dudaría en entrarle —bromeó Bruna.

—Me lo creo —dije amargamente.

—Venga, acompáñame. —Bruna ignoró mi misil, llevándome hasta la cocina. Me invitó a sentarme en una de las sillas mientras ella se dispuso a preparar un café.

—Con leche, ¿verdad?

—Si, por favor. Me gusta mucho este piso, qué vistas más bonitas.

Desde la cocina se veía a lo lejos el mar. Al lado, un gran parque, pulmón de la ciudad.

—Era el piso de mi hermana. En su testamento me pedían que si les pasaba algo me quedase con Carlos y todos sus bienes. Decidí quedarme aquí para que no hubiese tantos cambios. No es el sitio ideal ya que me trae muchos recuerdos, pero he dejado de pensar en mí, y hacerlo en Carlos.

Asentí. Por momentos sentía que debía dejar de juzgarla como si fuese la Bruna irresponsable de hacía años para centrarme en conocer a la nueva. En realidad, nunca la había conocido del modo que me hubiese gustado. Solo me quedé con la parte superficial de una persona que no era capaz de comprometerse.

Bruna colocó un perfecto café con espuma y un toque de canela.

—Espero que te guste.

Le di un trago, disfrutando de su sabor. Estaba riquísimo.

—Me encanta, muchas gracias.

—Gracias a ti. Hoy me has ayudado mucho. Eres la primera persona, a parte de Ana, que me ha acompañado y escuchado desde que estoy aquí. No quiero victimizarme pero me está costando mucho.

—Siento estar tan a la defensiva. Entiende mi posición. Hace cuatro años nos acostamos varias veces, ibas y venías, me empecé a ilusionar…

—Lo sé. Conociste la peor versión de mí, bueno, no es que esté en mi mejor momento, pero al menos ya sé lo que tengo que hacer para no hacer daño a alguien. De verdad que siento mucho lo que hice. Me gustabas, me gustabas de verdad, pero no estaba preparada para nada. Muchas veces he pensado en ti, en lo que dejé escapar, pero también supe que no podía ofrecer nada mejor en aquel momento.

—Será mejor que dejemos un poco de lado todo aquello y tratemos de llevarnos bien. Quiero ofrecerte mi ayuda.

Bruna empezó a reírse sin yo entender demasiado por qué lo hacía. De golpe se había cargado el dramatismo de aquel momento.

—Creo que nunca podré olvidar cómo me dejaste con aquel calentón a las puertas de tu ascensor.

—Te lo merecías. Fuiste una capulla. Créeme que yo no me quedé mucho mejor.

Las dos reímos. Noté como Bruna, que se había sentado cerca de mí, me miró profundamente. Se detuvo en mis ojos, como si estuviese recordando su color. Ya habíamos estado así de cerca en otras ocasiones. Sentí un escalofrío al pensar en aquella oscura habitación donde un rayito de luz iluminaba sus labios en el momento previo al primer beso. Aquel beso que lo cambió todo, que desató nuestras ganas de sentirnos siendo dos desconocidas que no le debían nada a nadie. Volví a aquella cocina, al olor a café, su sabor en mis labios. Los ojos de

Bruna cada vez estaban más cerca, debía reaccionar pero no, no quería hacerlo. Faltaba poco, tan poco que casi creía sentir que me volvía a besar, pero no, no fue así. Una voz en el pasillo nos despertó de la tontería que íbamos a hacer.

—Bruna, me llevo a Carlos a dar un paseo. Tardaremos un rato, vamos hasta casa de mi madre a por un recado. ¿Necesitas algo?

Bruna dio un brinco, marcando un abismo entre su posición y la mía.

—No, nada. Le pediré a Elba que me lleve para recoger mi moto, pero poco más. Muchas gracias, Ana.

Las dos sentimos como la puerta se cerraba. Bruna, aún de pie me miró asustada. Imaginé que estaba buscando las palabras perfectas para romper aquel momento. Podía volver a su posición, rehacer el camino que había tomado hasta mis labios, besándolos de una vez. Yo debía frenarla, decirle que aquello estaba mal, que tenía novia, pero nada de eso sucedió. No en aquel momento.

—¿Quieres que te lleve? —Pregunté tímidamente.

—¿Te importa?

—No, claro que no. Deja que me acabé el café.

—Claro, no hay prisa. —Sus ojos me seguían mirando, como si hubiese olvidado lo que era la comunicación verbal.

Me terminé el café de un trago, acercando mi taza al fregadero donde Bruna permanecía inmóvil. Necesitaba que se moviese para dejar la taza dentro.

—¿Puedo? —Me reí. Bruna amagó. Volvía a tenerla cerca, con un poco más de peligro pues la taza seguía en mis manos.

—Déjame, te ayudo. —Bruna acarició mis manos, tratando de coger la taza, deteniéndose en abarcar con su piel la mía, mientras sus ojos atrapaban a los míos, pidiéndoles el cariño que nadie le daba. No podía soportarlo, debía terminar con ese momento. Me acerqué a ella, decidida a besarla, cuando en el último instante me arrepentí de lo que iba a hacer, y me aparté, soltando la taza en sus manos.

—Debemos irnos, se nos hará tarde —solté bruscamente para salir de aquella situación.

Bruna notó mi nerviosismo y dejó que me tranquilizase mientras fregaba la taza sin hacer ni un solo comentario de lo que acababa de pasar.

—Si tienes mucho que hacer, puedo ir dando un paseo. Hoy no creo que vaya al gym —soltó Bruna al verme tan nerviosa.

—No, no me cuesta nada. Venga, vamos. —No quería que aquella tarde terminase de ese modo.

Bruna

El trayecto hasta mi moto fue silencioso. Elba aprovechó para poner una canción de las Tres Nornas. Noté como ante el trozo que venía quiso darle al reproductor para cambiarlo, pero no le dejé.

—Me encanta esta parte —sentencié.

“Cariño, aún estamos a tiempo de reparar los recuerdos que nos hicieron tanto daño.
Esta noche tienes una cita en el pliego de mis labios, puedes quedarte a dormir.
Reparemos los recuerdos, reparemos los recuerdos…”

Ninguna había dicho nada de los dos momentos en los que nuestros labios habían estado a

punto de reparar esos recuerdos que tanto daño nos hacían. En realidad, de algún modo sentía como me miraba de otra forma. De golpe, todo el odio que sentía hacia mí se había ido diluyendo.

—¿Te acuerdas de la fiesta aquella después del concierto? Mi hermana se había bebido hasta el agua de los floreros. —Fui incapaz de no sonreír ante ese recuerdo.

—Madre mía, creo que no pagué ni una copa. Marta se encargó de suministrarme toda la noche. Me lo pasé genial. Era muy divertida.

—Si que lo era. No se merecía lo que le pasó.

—No, Bruna. No se lo merecía, la vida es una putada muy grande en algunas ocasiones, pero tú ahora tienes que ser fuerte, tratar de sacar la energía que te caracteriza y luchar por ese niño que te adora.

No me había dado cuenta pero Elba acababa de aparcar al lado de mi moto. Se había quitado el cinturón de seguridad y había cogido su bolso para acercarme un pañuelo.

—La echo mucho de menos. A ella le gustabas, quería que me portase bien contigo, que lo intentase, ojalá hubiese escuchado más sus consejos cuando era joven.

—Va, no puedes cambiarlo. Me encanta como hablas de ella, estoy segura de que está muy orgullosa de ti.

—Gracias, muchas gracias, Elba. Siento haberte tratado de la forma que lo hice, eres una tía increíble.

—Sí, sí que lo soy. —Reímos mientras una lágrima se deslizaba por mi cara. Elba me abrazó. No pudo evitarlo—. Quizás me arrepienta de esto, pero, déjame tu móvil.

—¿Mi móvil? —Pregunté mientras lo ponía en su mano con la pantalla iluminada y desbloqueado. Abrió la app del teléfono, apuntando su número y llamando hasta que escuché sonar el suyo.

—Aquí tienes mi móvil, si necesitas hablar en algún momento, me puedes llamar. Podemos ser amigas, ¿no?

—Gracias. —Fui incapaz de decir nada más.

Parecía que no sabía decir otra cosa. Me acerqué a ella para coger mi móvil, rozándola de nuevo. Cogí un poco de impulso mientras ella se colocaba en el asiento. Alcancé con mis labios los suyos. Besándonos suavemente. Un segundo, no fue mucho más, pero un beso. Recuperé mi postura, ella me miró por última vez, recité otro gracias y salí del coche tan rápido como había sentido su beso. Ninguna dijo nada. Nos habíamos besado.

CANCIÓN 10: REFLEJOS EN EL ESPEJO

Elba

—Lo siento, de verdad que lo siento. No sé qué me pasó. Fue una tontería y siento haberte incomodado, y más después de todo lo que hiciste por mí.

—No pasa nada, de verdad. Ya está. No lo vuelvas a hacer —Amenacé, tratando de quitarle toda la tensión a ese momento. En realidad, yo tampoco lo había evitado.

—Lo intentaré. Ahora, elíptica, vamos.

Traté de no darle demasiada importancia. A fin de cuentas había sido un beso rápido, las dos habíamos sido conscientes de que el día había sido muy emotivo y nos dejamos llevar por un excesivo cariño. No volvería a pasar nada de eso. Estaba segura de ello.

La jornada en el gym transcurrió con normalidad, ninguna de las dos actuó distinto y lo agradecí. Nos ayudamos con los ejercicios y seguimos con el entrenamiento con normalidad.

Estábamos saliendo del gym, agotadas, cuando pude oír la voz de Martina hablando con su prima. Me puse nerviosa. Martina no conocía a Bruna, ni siquiera le había hablado de ella. Por un momento temí que su prima le hubiese dicho algo, pero era ridículo, jamás se asomaba a la sala y cuando salíamos nos despedíamos con naturalidad. Ni siquiera me quedaba hablando con Bruna en la calle, que era el sitio donde nos podría ver. Por un segundo me sentí culpable de lo que estaba haciendo. *¿Estaba haciendo algo malo?¿Me estaba empezando a gustar Bruna de nuevo?* El simple hecho de planteármelo me aterraba. Preguntas que uno se hace ridículamente cuando en realidad ya sabe la respuesta.

—Amor —dijo Martina al verme. La sonrisa de Bruna se borró de golpe.

—Hola, ¿qué haces aquí? —Pregunté un poco cortada.

—Pasado mañana es tu cumple, y como tengo noches estos días, quería darte una sorpresa y llevarte a algún sitio chulo para celebrarlo.

—Bueno, hasta luego Elba, disfruta de tu cena.

—Ey, espera —Tuve, la idea más idiota en mucho tiempo—. Martina, ella es Bruna, tengo a su niño en mi tutoría y coincidimos muchas tardes aquí. Martina se acercó y le dio la mano mientras se presentaba.

—Un placer.

—Ella es Martina, mi chica —dije estúpidamente.

—Encantada, Martina. Lo dicho, pasadlo genial.

Bruna se perdió por la puerta y nosotras nos quedamos despidiéndonos de la prima.

—Parece maja, ¿no? —Preguntó Martina al salir.

—Sí, muy simpática. Estamos motivadas para la operación bikini.

—Bueno, mientras esa sea vuestra única motivación.

Martina no era celosa, aquello sería una broma sin más. Sin embargo, un golpe de culpabilidad me volvió a recorrer el cuerpo. De nuevo, en mi cabeza me volví a repetir, a modo de mantra, lo que llevaba haciendo toda la jornada: *"tú no has hecho nada"*. La noche anterior yo no me había acercado a ella para besarla dulcemente. Había sido Bruna, y se había disculpado por ello. No había nada de lo que preocuparse. Aunque, *¿se habría enterado Martina de ello?* Era imposible.

—Amor, quita esa cara, que era broma. Venga, vamos, que he reservado en un sitio chulísimo —sentenció sin darle más importancia.

Acepté su mano agarrando la mía e intenté olvidarme por aquella noche del beso de Bruna.

Aunque, para ser sincera, me fue imposible. Había algo dentro de mí que había cambiado. Aquel inocente beso había desatado más de lo que hubiese deseado. Llegué incluso a pensar en mandarle un mensaje, a pedirle perdón por no haberle dicho que tenía novia, pero todo aquello me parecía ridículo. No tenía que darle ninguna explicación. *¿Por qué deseaba que Bruna no se alejase de mí después de lo de aquella noche?*

Bruna

Estaba enfadada con Elba sin que ella tuviese culpa de nada. La miraba furtivamente desde la elíptica mientras ella hacía cinta. No podía dejar de pensar en el beso en su coche, aquel inocente beso, dichoso beso que había dado yo. Sin embargo, la rabia se apoderaba de mí al no ser capaz de sacar de mi cabeza la imagen de la dulce parejita marchándose para celebrar su cumpleaños.

—¿Qué tal la celebración de cumple? —Acabé preguntando al no soportar como sus ojos claros se clavaban sobre mí.

—Bueno… —Elba contestó secamente.

—¿No te gustó la cena?

—Creo que fue lo mejor de la noche.

—¿Qué pasó? Puedes contármelo. —Necesitaba que lo hiciese. Iba de amiga cuando en realidad sabía que me afectaría. Necesitaba saber aunque me doliese.

—Martina está muy rara. Siento hablarte de mi novia, pero ya sabes que yo siempre he intentado ser clara, y con los años más. Somos amigas, ¿no?

—¿Qué pasa con ella? —Ignoré su pregunta, aunque sí, era todo a lo que podía aspirar con ella. Éramos amigas.

—Pues que hace cosas raras, nunca se ha comportado así, pero, ¿sabes lo peor?

—¿Qué? —Había perdido el número de veces que había repetido esa palabra.

—Que me da igual, la quiero mucho pero no estamos en el mismo punto, queremos cosas distintas y eso se nota.

La sinceridad de Elba me sorprendió, para nada había tenido la sensación de una pareja rota cuando las había visto el día anterior. Al contrario, estaba enrabiada al imaginármelas felices.

—No entiendo por dónde vas…

—Mira, yo cedo en todo. Entiendo que no podemos tener las mismas aficiones, pero de vez en cuando hago alguna cosa que a ella le encanta, y aunque a mí no, pues me esfuerzo.

—Bueno, eso es lo normal cuando se está en pareja.

—Sin ir más lejos, el otro día le dije que me apetecía muchísimo ir al concierto aniversario de las Nornas. Te juro que no compré las entradas porque estaba segura que serían mi regalo de cumpleaños. ¿Te digo lo que me regaló?

—¿Las entradas? —Probé sabiendo que eso no sería por su cara de enfado.

—Una puta batidora para mis zumitos. Sí, la mejor batidora del mercado, seguro que puedo batir en ella los huevazos que le ha echado para regalármela. —Traté de ahogar la risa ante su comentario.

—Bueno, quizás creía que eso te podría gustar más.

—¿En serio? —Elba me miró con cara de asco—. Llevo semanas hablando del maldito concierto. ¿Tanto te cuesta sacrificarte un poco e ir con tu novia? Es un pequeño detalle, de entre muchos, pero ya sabes que siempre hay una gota que colma el vaso. Y creo que este concierto ha sido la gotaza.

—¿Y qué piensas hacer?

—Pues por lo pronto joderme y no ir al concierto. — Elba rio amargamente como si quisiese

sonar graciosa—. Pues no lo sé, supongo que tendré que hablar con ella.

—¿Tú la quieres?

—Sí, claro que la quiero, pero el amor no lo puede todo, Bruna.

Tragué saliva, dudando si debía hacer la pregunta que se posaba en mi boca para salir disparada.

—El beso que te di, ¿tiene algo que ver en todo esto?

—Joder, Bruna. No es momento.

—Vale, perdona.

Elba se levantó, evitando mirarme. Cogió su toalla y se secó el sudor.

—Me voy a la ducha, ¿te espero?

—Ve duchándote. Hago una serie más.

—Vale. Gracias por escucharme —soltó amargamente.

Supuse que no había sido el momento, pero llevaba semanas coincidiendo cada tarde con ella, hablando de cosas triviales como de aquellas que nos importaban. Por la cara de furia podía intuir que habría días en los que yo la escuchaba más que su novia, y me encantaba sentirme en esa posición tan poderosa. Elba me gustaba, me gustaba de verdad, y no dejaría que se me volviese a escapar, pero no quería jugar sucio.

Elba

Empecé a ducharme, con la rabia quemando mi cuerpo. Terminé de aclararme el pelo cuando sentí que Bruna entraba.

—¿Ya sales? —Preguntó Bruna. Miré de reojo su cuerpo. Sentí un escalofrío, como si mi memoria se hubiese reactivado en un muy mal momento.

—Sí, voy a secarme antes de congelarme.

Bruna asintió, dejándome el paso libre que cortaba su cuerpo hasta ese momento..

Cogí mis cosas, descarté volver a mirar a Bruna directamente y oteé al frente. Para mi mala suerte, un espejo me permitía examinar cada centímetro de su piel sin que se notase que lo hacía. Perdí mi mirada en sus curvas, aquellas que ya conocía, que de alguna forma había borrado de mi mente para no hacerme daño. Maldije aquel espejo que lanzaba los ecos de mis recuerdos, los restos invisibles de los trazos que un día se marcaron sobre la superficie de mis retinas al tenerla así frente a mí.

Sentí la necesidad de repasar con mis dedos aquella silueta, de ir marcando con trazos visibles aquellos que ya estuvieron hacía años sobre el espejo de mi cuarto, de su cuerpo desnudo sobre el mío. Sin embargo, temí cortarme, que un hueco imperfecto en ese espejo rasgase mi piel, volver a hacerme daño con ella.

Agarré lo que me quedaba con prisa y me despedí amargamente.

—Bruna, me voy. Hablamos.

Cuando Bruna pudo reaccionar, yo ya me había marchado.

Bruna

Estaba entusiasmada, mi proyecto de los nuevos envases le estaba gustando a todo el mundo. Aquella mañana se lo había presentado a una de las jefas, quien había dado la luz verde. Necesitaba todo detalladamente para comenzar con las primeras maquetas, probar la capacidad… Estaba pletórica. Para celebrarlo, me había invitado a comer a un pequeño bar muy cerca de las oficinas. Acepté, necesitaba despejarme y no pensar más en Elba.

Melisa, aunque fuese mi jefa, destilaba buen rollo. Me encantaba su forma de decir las cosas, incluso las menos agradables. Era directa, pero jamás se imponía como jefa, sino como una persona con más experiencia que daba su punto de vista. Era una mujer encantadora. Debía rondar los 50 pero no había perdido ni un ápice de su encanto, muy atractiva. Llevaba años coincidiendo con ella, siempre andaba de una sede a otra, pero nunca había podido intimar con ella como aquel día.

—¿Tinto o blanco?

—Prefiero blanco, gracias —asentí con una sonrisa.

El restaurante estaba prácticamente lleno, y las mesas que aún no estaban ocupadas tenían el mensaje de reservado. Yo me había colocado mirando a la pared, dejando que ella pudiese ver el resto del restaurante. Prefería focalizar mi atención en las conversaciones que tuviese con ella, si miraba para los demás comensales, temía dispersarme si la conversación era muy aburrida. Sin embargo, y para mi sorpresa, Melisa era una gran conversadora y en seguida me atrapó con el *timeline* de su vida, sus idas y venidas con su marido, sus dos hijos adolescentes, y sus ganas de jubilarse para comprarse un barco y perderse por el mediterráneo.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Su pregunta me había sorprendido. No pensaba que me tocaría a mí relatarle mi vida. Me daba confianza para hacerlo, pero aún me costaba mucho abrirme como ella acababa de hacer. Supongo que la edad te da esa capacidad de quitarle importancia a las cosas.

—Sí, ya sé todo lo que ha pasado. Puedes contar conmigo si necesitas algo. No soy muy buena exteriorizando mis sentimientos, pero lo intento. —Melisa me cogió la mano, apretándola con cariño.

—Lo sé, agradezco mucho todo lo que la empresa ha hecho por mí. Sé que un traslado así de rápido no es plato de buen gusto.

—Y mira, ha sido llegar aquí y te han dado el lugar que te merecías. Todo pasa por algo.

—Sí, tienes razón —dije sin mucho entusiasmo.

—¿Y de amores? No tienes que contestar si no quieres —preguntó riendo.

—No me va especialmente bien, pero con mi sobrino tampoco tengo mucho tiempo. —Dudé si contarle lo del Elba, pero no había pasado nada y me parecía bastante ridículo contarle a esa señora el torrente de sentimientos que me invadía.

—Hija mía, ya llegará. Apuesto a que antes de lo que piensas estarás como estas dos que tengo en frente. Llevan toda la comida comiéndose con los ojos. Me di la vuelta disimuladamente para verlas.

—Ostia… —No pude evitarlo. Me salió del alma—. ¿Se han besado en algún momento?

—No, todavía no, pero apuesto a que antes de despedirse, lo harán. ¿Las conoces?

Dudé si darle explicaciones, pero a fin de cuentas, Melisa había abierto su corazón y me había sentido muy a gusto con ella.

—Digamos que una de ella es la novia de una amiga.

—Y entiendo que la otra no es tu amiga… —Una sonrisa socarrona se posó en su rostro.

—No, no lo es.

El camarero llegó con los cafés mientras Melisa me iba relatando los gestos de, según ella, la parejita. Pagaron y salieron a la calle. Ahí fue donde, girando un poco el cuello y sin que ellas se pudiesen percatar de mi intromisión a su intimidad, yo pudiese ver lo que pasaba con mis propios ojos y no escuchando el relato de mi compañera de mesa.

—Se van a besar —Melisa estaba entusiasmada con el numerito.

—¿Tú crees?

—Uy, son muchos años de cuernos. —Su risa me contagió y acabé soltando una carcajada.

Dicho y hecho. La novia de Elba abrazó con fuerza a aquella chica, despegándose de ella y fundiéndose en un largo beso que nada tenía que ver con esos que se dan las amigas. Se rieron, separándose un poco más, pero acabaron besándose de nuevo apasionadamente. Finalmente, cada una giró para una dirección opuesta. Miré a Melisa quien con un gesto desenfadado sentenció:

—Te lo dije, que eso acababa en beso. No me gustaría ser yo quien le dijese a su amiga que su novia le pone los cuernos.

Apuré el café pensando en lo que acababa de ver. Me despedí de Melisa, quien me dio su teléfono y me pidió que la escribiese con cualquier cosa. Me preguntó si quería que me avisase para comer alguna vez más, acepté sin dudarlo. Nos despedimos y me encaminé a casa. Miré la hora y tenía un mensaje de Elba.

¿Vas hoy? Ya sé que te dije que hoy no iría, y no tengo muchas ganas pero mejor que quedarse sola en el sofá…

Elba

Aquella tarde no tenía ganas de ir al gym pero si me quedaba en casa acabaría discutiendo con Martina. Me había escrito diciendo que tenía mucho trabajo y que después se iría a tomar algo con otro compañero para hablar de unos asuntos importantes. Ni siquiera se había dignado a comer conmigo ese día. De nuevo, había asumido que iría a buscarme al colegio para comer juntas. Y yo, no tenía ni ganas de andar preguntando con quién estaba. Solo me apetecía ver a Bruna, aunque no haciendo ejercicio en esas dichosas máquinas. Prefería ir a tomar algo, hablar con ella, reírnos de tonterías, que nadie nos pudiese mirar. Sabía que empezaba a sentir algo incontrolable por ella, pero no tenía claro que fuese recíproco. Tampoco tenía claro qué podría pasar si eso era así. Bruna me sacaba de mis preocupaciones, de ese camino sin salida que parecía no querer ver.

Llegué a la entrada del gym y allí estaba. Le había pedido que no entrase, que me esperase. Era mi cumpleaños y no tenía ganas de pasarme la tarde sudando, al menos no de esa forma. Bruna aún no me había felicitado y dudaba si se acordaba de que era mi cumple. En varias ocasiones había recalcado que era horrible para los detalles, que nunca se acordaba de los cumpleaños y que era una auténtica dejada aun teniéndolo apuntado en su agenda. Sus palabras textuales eran: *"Tiene que importarme mucho la persona para que pierda el tiempo en andar felicitándola"*.

—Ey, ¿cómo vas? Traes carita de cansada. —Su saludo sonó cercano, cariñoso.

—Sí, un día duro. ¿Y si no entramos? —Solté sin muchos adornos.

—¿Cómo? Pero hemos quedado para hacer deporte, ¿no?

—Hoy no me apetece. —Noté como Bruna se ponía nerviosa.

—¡Ay! —exclamó.

—¿Qué?

—Nada, nada. —Sacó el móvil y escribió algo rápidamente.

—¿Qué pasa, Bruna?¿Tienes planes? —Todo me irritaba.

—No, dame dos minutos. Es una cosa del trabajo.

Bruna se alejó un momento y tecleó con prisa. En seguida noté que su cara cambiaba de expresión, sonriendo. Por un momento sentí celos. *¿Bruna estaba con alguien?*

—Hola Ana, ¿qué tal? —Saludé a Ana y Carlos que acababan de bajar al portal mientras

nosotras cruzamos hasta estar a su lado.

—Profe, ¿le has contado a mi tía que hoy es tu…

—Shuu, calla, no digas nada. —Le puse la mano en la boca impidiendo que acabase la frase.

—¿Qué pasa hoy? —Preguntó Bruna.

—Nada, que aprendieron a hacer unas operaciones muy difíciles y les dije que era mi día de suerte.

—¿Estos mandriles? —Soltó Bruna mientras todas reíamos.

—Tíiiaaaa —se quejó Carlos.

—Bruna, no seas bruta.

—Bueno, ¿vosotros vais a estar todo el día ahí plantados? —Soltó cortándome y dirigiéndose a Ana y Carlos—. ¿No tenéis nada mejor que hacer?

—Jope, Bruna. A veces eres más desagradable…

—Nos vamos al parque. Tardaremos. —Ana le guiñó el ojo a Bruna y esta sonrió tontamente.

Ambos se perdieron por la calle en dirección al parque.

—Bueno, ¿y qué hacemos? —Pregunté. Necesitaba que me dijese que irnos por ahí.

—Ir al gym, ¿qué vamos a hacer? —Soltó Bruna riendo. Me resigné, enfocando mis pasos hacía la entrada. No me podía creer que la tarde de mi cumpleaños la fuese a pasar allí metida—. ¡Qué no! Te lo crees todo.

Bruna me agarró por la cintura, acercándome a ella y haciendo que un escalofrío recorriese mi cuerpo.

—¿Entonces?

—Me he dejado la cartera en casa, ¿me acompañas?

—Puedo pagar yo, ¿eh? —Pensé en decirle que era mi cumple y me apetecía invitarla.

—No, no es solo la cartera. Venga, que no tardamos nada.

No tenía ganas de discutir. Me dejé llevar. Bruna salió del ascensor, abrió la puerta de par en par y me empujó dentro.

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos, cumpleaños feliz —la miré sorprendida mientras cantaba entusiasmada.

—Bruna…

—¿De verdad pensabas que me iba a olvidar de tu cumpleaños? Le pedí a Ana y Carlos que me ayudasen, por eso cuando me dijiste que no entrabas pensé que no les daría tiempo, aunque cuando había bajado lo tenían casi todo. Eso sí, les dije que tardaríamos una hora, no diez minutos.

—Jope, me encanta —acerté a decir.

El salón estaba decorado con globos de muchos colores. Unas letras donde estaba escrito un *felicidades* enorme.

—Siéntate, tengo otra sorpresa.

—¿Otra? —Bruna se había perdido por el pasillo.

—Cierra los ojos —Oí como gritaba desde la cocina.

—¿Otro café de los tuyos? Mira que la última vez no pegué ojo de lo cargado que estaba.

En realidad no lo había hecho porque era incapaz de dejar de pensar en su beso. Sus boca sobre la mía.

—Ciérralos, que me acerco. Te conozco demasiado y sé que los tienes abiertos.

Tenía razón. Me porté bien y los cerré. Noté como Bruna se acercaba poco a poco.

—Ábrelos. —Una bonita tarta con dos coloridas velas, y de frente, sus bonitos ojos y su sonrisa de orgullo. Me levanté para estar a su altura.

—Pide un deseo, el que quieras. Piénsalo bien, se va a cumplir. —No lo dudé. Tenía claro lo que quería. Soplé con fuerza esperando que se hiciese realidad.

—Me encanta, gracias. —No me salían las palabras. No me esperaba una sorpresa tan especial.

—Espera, espera. Falta lo mejor.

—¿Lo mejor? —Bruna me entregó un sobre—. Uy, no me digas que es un sobre lleno de dinero…

—Mejor que eso. Estoy segura que te va a encantar.

—Muy segura estás de ti misma.

—¿Lo abres? —Me preguntó entusiasmada e impaciente.

—Voy, voy.

Los ojos de Bruna se clavaron en mí. No era la primera vez que lo hacían de esa forma. Saqué una hoja y por fin pude ver lo que era.

—Joder, ¿de verdad?

—Me ha costado muchísimo conseguirlas, pero volveremos a compartir asientos contiguos en un concierto de las Tres Nornas. Ya sé que aún queda tiempo, pero para que te vayas preparando.

—Ya está, 15 de julio reservado en mi agenda. Es una pasada. No sé qué decir, Bruna.

—Con un gracias me conformo. —Rio.

Me acerqué a ella y la abracé. No estaba segura de si era eso solo lo que quería, pero en ese lugar me sentía momentáneamente segura. Oliendo su perfume, sintiendo su calor, tratando de imaginarme que si me separaba la distancia justa podría tener sus ojos frente a los míos y sus labios. Me sentía culpable por tener rondando esos pensamientos cuando mi noviazgo se iba al traste. Yo no estaba haciendo nada por arreglarlo. Al contrario. En vez de sentarme con mi novia, para dejar las cosas claras, estaba en los brazos de Bruna. Deseando vivir la historia que no pudo ser ni siquiera de desamor hacía unos años.

Nos separamos, mirándonos en silencio… Yo sentía su respiración entrecortar la mía. Me acerqué suavemente, no quería reprimir más lo que sentía. Necesitaba besarla. Posé con cuidado mi boca sobre la suya, esperando que ese beso fuese correspondido, aumentando la fuerza de mis labios contra los suyos, notando el abrigo de su lengua rozando la mía, fundiéndonos en un beso de verdad. Un beso duradero, sincero.

—No voy a pedir perdón como hiciste tú —acerté a decir nada más separarme. Sentía ese beso de verdad.

—No quiero que lo hagas.

Nos miramos sin ser conscientes de lo que aquello significaba, sin tener la fuerza suficiente como para describirlo. Nos quedamos la una pegada a la otra, comiendo un trozo de tarta, hablando del concierto, desencadenando una conversación tras otra. No quería que esa tarde terminase nunca. No quería irme a mi casa.

Bruna

La tarde con Elba había sido perfecta. No podía dejar de pensar en el beso, la celebración de su cumpleaños y la cara de ilusión con la que había visto las entradas para el concierto. Me estaba pillando por ella, de verdad. Deseaba romper todas esas barreras que llevaba años interponiendo con cualquier relación que iniciaba. Con Elba me sentía segura en el peor momento de mi vida, me daba esa estabilidad y felicidad que no podía encontrar en ningún resquicio de mi vida.

Aquella misma mañana había estado reunida con Melisa, debatiendo todos los detalles del

envase. Estaba agotada pero muy orgullosa de todo el trabajo que habíamos desarrollado durante tantos meses.

—Te noto contenta. ¿Has hablado con tu amiga? —Melisa se refería a contarle a Elba lo del beso.

Por un momento, había olvidado por completo lo que había visto el mismo día que había terminado yo misma con los labios de Elba sobre los míos. Martina había desaparecido totalmente de mis pensamientos. En toda la tarde que pasé con Elba, no me acordé de contarle aquello.

—La verdad es que no, es todo un poco más complejo. Dime que te da tiempo a comer conmigo antes de irte y te cuento.

—Para ti siempre tengo. Déjame hacer una llamada y seré todo tuya. Eso sí, después de todo lo que hemos hecho hoy, necesito una buena pizza, de esas que gotean y están llenas de cosas.

Asentí con la cabeza y aproveché que salía a llamar para reservar en mi pizzería preferida.

El camarero nos sentó en la mejor mesa. Me la conocía de sobra y le había pedido el favor de hacerlo así. Siempre que iba con Marta acababa invitándonos a chupitos de *limoncello*. Era de los pocos sitios que iba con mi hermana a los que había podido regresar. Allí me sentía feliz, recordando momentos vividos acompañada de una buena pizza. Tenía que llevar allí a Elba.

—Madre mía, qué vistas. Ya solo con esto me has impresionado.

—Pues cuando pruebes sus pizzas, te conquisto. —Las dos reímos.

—¿Qué ha pasado? Sabes que puedes contar conmigo.

—Lo sé, ayer me sentí muy cómoda contigo. Hoy he visto como has luchado para que cada una de las propuestas que hacía fuesen hacia delante.

—Yo siempre he visto tu potencial. El cabrón de Sergio siempre te ninguneaba. Te propuse para el puesto que vas a conseguir en Gijón miles de veces, más que ganado.

—¿Qué voy a conseguir?

—Sí, esto debería ser secreto, pero me apetece ser yo quien te lo diga, aunque has de sacar tus dotes de actriz cuando te lo digan oficialmente.

—¿De verdad? —No me lo podía creer.

—Bruna, has trabajado como una leona, incluso después de todo lo que has pasado.

—En realidad el trabajo ha sido un poco terapéutico, me servía para evadirme de toda la locura de vida que se me venía encima.

—Lo sé, y por eso te mereces todo lo bueno que te vaya llegando. Ya sabes, guárdame el secreto.

—Hecho. De aquí no saldrá ni una palabra.

—Venga, ahora cuéntame lo que te inquieta —rogó Melisa.

—¿Te acuerdas de la chica que vimos ayer besando a otra?

—¿La novia de tu amiga?

—Sí, resulta que es la novia de la chica que me gusta.

—Pues estás de suerte.

—No, no te creas. No puedo contárselo.

—¿Por qué no? —Melisa no entendía nada. Me encantaba las caras que ponía. Era demasiado expresiva.

—Nos hemos besado un par de veces, temo que piense que es para que la deje o algo así.

—¿Qué os habéis besado?

—Sí, ayer era su cumpleaños, y mientras la otra andaba besando a una por ahí, yo le preparé una especie de sorpresa y acabamos besándonos también. La primera vez yo no sabía que tenía

novia, y esta segunda me dejé llevar porque la vi con otra.

—Vale, hay que pensar algo sensato y no cagarla.

—Por eso necesito que me aconsejes. Yo ahora estoy demasiado alterada con todo, no puedo pensar bien.

—¿Puedo saber qué le regalaste por su cumpleaños?

—Dos entradas para el concierto de las Tres Nornas. Es una larga historia.

—¿No jodas? —Era la primera vez que la oía soltar un taco de esa forma—. Raquel es amiga mía, pero muy amiga.

—¿Qué? —No podía dejar de alucinar.

—Espera. —Melisa sacó su móvil del bolso y empezaron a sentirse los pitidos de una llamada.

—¿Sí? —Se oyó una voz al otro lado.

—¿Estás visible?¿Puedes ponerte la cámara?

—Claro, capulla. Siempre estoy divina. —Raquel encendió la cámara y Melisa se sentó a mi lado.

—Quiero presentarte a una súper fan tuya. Se llama Bruna y ama tu música, tanto que le acaba de regalar entradas a la chica de la que está enamorada. —Melisa me enfocó, haciendo que una gran vergüenza me invadiese. *¿Estaba yo enamorada de Elba?*

—Hola —saludé tímidamente.

—Hola Bruna, me alegra mucho que te guste nuestra música…

Y tras esa conversación donde, a modo de resumen, les conté mi historia con Elba, terminamos despidiéndonos con una idea en marcha. Melisa y yo seguimos hablando, disfrutando de la comida y poniendo el broche con un rico tiramisú y dos cafés bien cargados. Poco podía hacer para parar aquello que Raquel, mi cantante favorita desde que tenía uso de razón, y Melisa, habían ideado. Un último sorbo al café, nos miramos y reímos. Yo solo esperaba que todo lo planeado saliese bien. Aún estaba muy lejos de que pudiese pasar lo que ellas dos deseaban.

***

Llegué a casa agotada. La jornada en la oficina y la charla con Melisa me habían dejado bajo mínimos. Sin embargo, por primera vez desde hacía mucho tiempo, me sentía bien, feliz con todo lo que vendría y con la ilusión de que saliese todo como me merecía. No podía seguir atrayendo tanta mala suerte.

Me desplomé en el sofá revisando mis mensajes. Esa noche Carlos se quedaba en casa de un amigo. Mia, la mamá de su amigo, había sido mi salvación. En varias ocasiones me había ofrecido alguna noche de liberación, entendía mi situación perfectamente. Llevaba semanas cavilando todo lo que haría aquella noche, pensando que escribiría a Elba para ir a tomar algo. Sin embargo, esa misma semana me había dicho que tenía una fiesta a la que no podía faltar. Una gran desilusión se apoderó de mí. Pensé en decirle a Mia de cambiarlo para otro fin de semana, pero estaban tan ilusionados que me daba pena. En el fondo, necesitaba descansar, me vendría bien un poco de soledad.

Ana me acababa de llamar porque se había dejado unos apuntes sobre la mesa del salón y los necesitaba urgentemente.

—Qué desastre, Anita.

—Joder, ya lo sé. En realidad no los necesito hasta mañana pero sé que si no venía a por ellos hoy, mañana me moriría de pereza y acabaría llamándote para suplicarte que me los acercases. ¿Tú que haces en pijama? ¿No me habías dicho que hoy salías?

—Salía, pasado… —dije amargamente.

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, cambios de última hora. Salir sola con mi edad me parece patético.

—Pues te vienes conmigo. Hoy solo salimos un par de amigas, hay una fiesta del semáforo a la que va a ir media ciudad. Luego viene un personaje de esos que sale por la tele a dar una especie de concierto. Seguro que nos reímos mucho.

—¿Es hoy?

—Claro, si yo pensaba que habías organizado todo para poder ir. Tenía esperanzas de que me invitases a una copa por ser la mejor niñera del mundo —dijo Ana riendo.

—Joder, sí que me apetecía.

—Pues ven con nosotras, de verdad que mis amigas son majas. No les importa en absoluto.

—¿Cuántos años tenéis?

—Bruna, ya lo sabes, 21, ¿qué más da eso? Si luego allí hay de todo. Además, en este bar es LGTBI friendly… Hay chicas muy guapas —sentenció.

—Oh Dios, ¿qué hago yo con unas niñas de 21?

—Tú vienes con nosotras, tomamos algo, bailamos, y cuando fiches algo, te despides.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?

—Nada, yo me marcho a prepararme. En dos hora nos vemos en la cuesta del cholo. Echaremos unos culines para entrar en calor.

—Bien, volveré a tener 21 años.

—Hasta luego, Bruna. Ponte guapa, que presiento que esta noche ligas.

Ana se marchó riendo. Era de las mejores personas que había conocido. Mi hermana la había empezado a llamar para alguna tarde suelta, conocía a su madre y sabía que era una chica muy responsable. Cuando pasó todo, fueron las dos personas que más me ayudaron. Muchas tardes, mientras Carlos leía o jugaba, Ana repasaba sus apuntes. No entendía cómo lo había hecho, pero mi sobrino era otro con ella. La mano de Elba también había tenido mucho que ver. No pude evitar sonreír, sentía que tanto Ana como Elba estaban ahora en su camino por su hermana. La primera, por ser ella quien la contrató, la segunda, porque si su hermana no llega a comprar las entradas de aquel concierto, jamás la hubiese conocido.

A veces hay personas que nos dejan sin su presencia pero sus actos en la tierra nos hacen recordarlas cada día. Siguen de alguna forma, nunca se van, y continúan cambiando el rumbo de nuestra vida tan solo con lo que hicieron antes de irse. Da igual el tiempo que haya pasado.

Elba

Me apetecía una mierda salir aquella noche. Sin embargo, la insistencia de Martina, repitiendo que no fuese y me quedase en casa, fue lo que finalmente hizo decidirme a que era mejor que no me perdiese esa fiesta. Ahora mismo sé con certeza que si me hubiese quedado en casa, hubiese cometido uno de los mayores errores de mi vida, como el que creía que había sido Bruna durante muchos años.

Llegamos a la discoteca y la dinámica me pareció simpática. Solo Martina y yo cogimos la chapita roja, de ocupadas. El resto de amigas verde. Menos una que cogió la amarilla mientras le lanzaba a Martina una risita tonta. No le di mayor importancia. Sabía que ellas dos se llevaban muy bien y a veces quedaban a tomar algo. Supuse que Martina sabía algo de ella que las demás desconocíamos. No había nada que me hiciese sospechar de mi novia, aunque he de reconocer que ese gesto me inquietó.

Me dejé llevar por la música. Había demasiada gente, y había bebido más de lo que estaba

acostumbrada. Miré al grupo de amigas y casi todas estábamos igual. Me acerqué a Martina, pero estaba fría y distante. Tan solo conseguí un tibio beso de soslayo. No me importó demasiado. Me pareció ver a lo lejos a Ana y Bruna, pero no estaba segura de que la realidad fuese lo que mi vista me ofrecía. Me aparté del grupo, tratando de acercarme a aquellas dos chicas. Sin embargo, había tanta gente que me era imposible avanzar. Desistí de ir hacia esa zona y me escurrí por el lateral hasta el baño. Esperé un rato pero de allí no salía nadie. Toqué a la puerta, noté que no estaba bien cerrada pero no tenía intención de abrirla solo porque tardase. No había que ser un lince para saber lo que estaba pasando ahí.

Me mojé la cara, sintiendo el frío del agua resbalar. Empezaba a encontrarme un poco mejor en cuanto al alcohol, pero necesitaba ir al baño con más urgencia. Aproveché que estaba un poco más abierta para echar una ojeada y ver qué pasaba, me podía la curiosidad. Ya lo dice el dicho, la curiosidad mató al gato, y lo que mis ojos vieron me mataron en ese mismo momento.

—Serás capulla —grité enfadada.

Solo recuerdo que le di una fuerte patada a la puerta, haciendo que saliesen de su acaramelado momento y se percatasen de lo que había sucedido. Tuve tiempo para salir corriendo, sin mirar atrás y notando como las lágrimas se arremolinaban en mis ojos. No era capaz de ver por dónde iba, solo sabía que quería salir de esa discoteca e irme lejos de ahí.

—Cuidado, mira por dónde vas. —Una voz familiar.

—¿Bruna?

—¿Elba?¿Estás bien?

—Me voy, no quiero, me voy.

Salí de nuevo corriendo, sin mirar lo que dejaba atrás. Por fin llegué a la calle y una bocanada de aire me abrió los pulmones. Respiré con fuerza, sintiéndome un poco mejor.

—Elba, ¿qué ha pasado?

—Nada, déjame. No quiero hablar.

—Dame un minuto.

Bruna salió disparada de allí y yo enfoque la vista para echar a correr. Buscaría un taxi y me iría a…

***

Caminé la calle de la discoteca con prisa, sintiendo como el motor de una moto rugía a mi espalda. El error fue darme la vuelta y encontrarme sus ojos mirándome fijamente. No quería hablar con nadie.

—Sube anda, te llevo a casa —soltó Bruna con una risa irónica.

—No, gracias. Prefiero ir caminando.

—Va a empezar a llover y te vas a mojar —soltó riendo tratando de animarme.

—Prefiero mojarme. Estoy muy cabreada, Bruna. Ni siquiera tengo claro lo que he visto.

—Siento no habértelo dicho antes.

—¿Qué? —Elba me miró con ojos de furia—. ¿Lo sabías?

—Joder, la vi en un restaurante, pero no me quería meter. Nos habíamos besado y pensé que quizás creerías que lo hacía para crear una pelea y que estuvieses conmigo. De verdad, no quería joder tu relación.

—Pensaba que éramos amigas, aquí no se trata de mi relación. Lo que a ti te jode es plantearte algún puto sentimiento que no sea tu maldito ego. Que siempre que sientes algo sales huyendo.

—Joder —dijo Bruna con rabia—. Está bien, sube y vayamos a algún sitio para hablar

tranquilamente.

—Bruna, no tenemos nada que hablar. Si quieres algo, te concierto una tutoría y hablamos de Carlos todo lo que tú quieras. De otros temas, nada. Se acabó este jueguecito de mierda. La culpa es mía por haber traspasado la línea.

—Joder Elba, entiendo que hace cuatro años lo hice mal, lo comprendo. Fui una capulla, pero no estaba preparada para seguir viéndote. Me parecías una tía tan perfecta que me aterraba la idea de volverme a enganchar, de hacerte daño… —Paré de caminar y me puse frente a ella, escuchando sus palabras con atención.

—Sigue.

—No tenía ganas de pensar en sentir, quería conocer más chicas, pasármelo bien, salir de esa rutina de quince años. Me sentía horriblemente triste por dejar escapar a una tía maravillosa como era Carmen, pero a la vez tenía ganas de esas primeras veces. Cada vez que notaba que una chica se enganchaba un poco, desaparecía. Contigo me costó un poco. Dudé, por eso volví a aparecer, pero en el fondo fue un alivio cuando hiciste aquello. Nos hubiésemos destrozado.

Tontamente me puse a llorar. Recordar aquel momento de mi vida, donde me sentí utilizada, aunque sabía que era yo quien había fomentado todo, de remover sentimientos de fracaso, de rechazo, una chica que me había hecho sentir tan viva durante unas semanas, y a la vez tan perdida en los siguientes meses, me partió en dos de nuevo.

Bruna aparcó su moto con prisa y se abalanzó sobre mí, dándome un abrazo que me cortó el aire.

—Lo siento, de verdad que lo siento. No pensé…no…en realidad se resume en eso, no pensé. Me dejé llevar, estaba perdida. Ahora tengo muy claro que fui gilipollas, si volviese a tener la oportunidad que tuve entonces ahora, no la desaprovecharía.

Me despegué de ella, observando sus ojos con angustia. Me secó las lágrimas con las palmas de sus manos y me clavó su mirada como ya había hecho las últimas veces que nos quedábamos a solas. Esa mirada que en muchas ocasiones recordaba en la penumbra de mi cuarto, guardada en un rincón totalmente desordenado. Aquel pensamiento me distrajo del momento, cuando sus ojos cada vez estaban más cerca, al igual que sus labios. Me despegué de golpe de ella.

—Lo siento, joder, lo siento. Soy imbécil —soltó dando un paso atrás.

—No importa —dije sin fuerzas—. ¿Me llevas a casa?

—No, te llevaré a un sitio mejor.

Me aterraban las motos pero estaba tan removida por dentro que me daba igual dónde me llevase. Ni siquiera me apetecía preguntarle. Me agarré a su cintura, cerré los ojos y me dejé mecer por el olor de su pelo contra mi nariz.

CANCIÓN 11: HACERNOS POLVO

Bruna

Conduje con cuidado, sabía que Elba odiaba las motos. Sentía como se agarraba con fuerza. No tardé demasiado en llegar a donde quería.

—¿Un burger? —Pude ver su sonrisa.

—Marta siempre decía que las peores decisiones se toman con el estómago vacío.

—Siento que Marta se llevase toda la sabiduría, dejándote a ti la cabeza de chorlito. —Me reí con ganas. Me gustaba que se metiese conmigo de esa forma. Me declaraba adicta a su sonrisa, a su risa.

Le indiqué que se sentase mientras pedía un combo reparador.

—Al menos ya te has aprendido cual es mi preferida.

—No hace tanto que vinimos.

—El próximo día doble sesión de gym, ¿lo sabes?

—Estaré encanta de hacerlo contigo —dijo picaronamente Bruna.

—Sigues hablando del gym, ¿verdad?

Me atraganté con la bebida, salpicándolo todo.

—Joder, Elba. Eres idiota.

—¿Desde cuándo lo sabías? —Cambió de tema radicalmente.

—Desde el día de tu cumple —contesté apenada.

—¿Bromeas? Me estás diciendo que el día de mi cumple, la que todavía creo que es mi novia, se estaba tirando a otra.

—No, te digo que el día de tu cumple vi a tu todavía novia besar a otra tía, pero también te recuerdo que esa misma tarde, tú estabas besando a otra. Si vamos a ser honestas, debemos serlo todas.

—Tienes razón. Lo que más me está jodiendo es haber llegado a este punto de cuernos por parte de las dos. La relación ha sido bonita hasta ahora. Al menos creo que es la primera vez que hacemos algo así. Por mi parte sí, ahora ella…

—Tienes que hablar con Martina, aclararlo todo, tomar decisiones —corté antes de que se metiese en una espiral de pensamientos.

—Sí, tienes razón. No quiero volver a casa, hoy no.

—Puedes dormir en la mía.

—¿Y Carlos? No quiero que vea a su profesora de esta forma.

—No lo hará. Es tu día de suerte. ¿Te suena Mia, la mamá de Leo?

—Quién puede olvidar a Mia… —dijo Elba con una sonrisa.

—Joder, ¿tuviste algo con ella?

—No, Bruna, no. Lo he dicho con ese tono porque es una madre ejemplar. A pesar de lo mal que le ha tratado la vida, ella es de lo mejor que te puedes encontrar.

—¿Mal?¿Por qué?

—Su marido murió cuando Leo tenía dos añitos. El mayor tenía cuatro. Acabó de dejar la tutoría del mayor, y coger esta con Leo. Cuando supe que la tendría dos años más me alegré mucho. Es una luchadora. No quedan muchas personas como ella.

—Joder, no lo sabía. Un día, al recoger a los niños, me dijo que si necesitaba ayuda, estaría encantada. Supongo que en aquel momento ya sabía lo de mi hermana. El caso es que un día me preguntó si me apetecía tomar un café con ella.

—Ajá — Elba atacaba mis patatas después de zamparse las suyas. Me dio la risa.

—Tomamos un café y me desahogué con ella. Pobre, quizás no le dejé hablar demasiado. Le dije que la situación con Carlos me sobrepasaba, que no salía mucho, que me estaba costando todo una barbaridad…

—¿Y qué pasó?

—Pues que hace unas semanas, cuando salieron del cole me preguntó si podía quedarse Carlos hoy a dormir. Leo y él han hecho buenas migas. De primeras me dio miedo, pero los vi tan ilusionados. Pensé que era buena opción para salir y despejar un poco, lo necesitaba.

—Claro, Carlos no puede estar en mejores manos. Mia es un ángel caído del cielo.

—Lo sé. Todo esto para decirte que estoy sola en casa y puedes quedarte a dormir, pero mis patatas déjalas quietas.

Elba apartó su mano de ellas con cara de susto y yo no pude evitar echarme a reír. A ella le costó un poco más, pero acabó contagiándose, acompañando mi risa y regresando a modo de reto a mis patatas.

Elba

Nos cerraron el burger y acabamos tomando cañas debajo del bar de su casa. El amable señor también nos invitó a dejar el bar, de la forma más educada que puedes cortarle el rollo a alguien. Pagamos con una sonrisa y nos fuimos de allí.

—¿Y ahora? —Pregunté muy triste.

—Creo que tengo una botella de licor gallego en casa.

—¿En serio?¿Otra vez?

—Ostras, no lo he hecho a posta. Esta vez no es de café. Es lo mejor que te puedo ofrecer.

—Acepto. ¿De verdad que no te importa que duerma en tu casa?

—No, ya sabes que no. Puedes dormir en mi cama, yo dormiré en el sofá. Es muy cómodo. No veas que siestas nos echamos Carlos y yo los domingos. —Sonreí al oírla decirlo con tanta ilusión.

—Gracias, pero el sofá es mío. No pienso perdérmelo.

Subimos en silencio. No estábamos demasiado perjudicadas a pesar de las cervezas. Quizás alguna risa tonta de más, pero nada serio. Me di cuenta de que no podía fijar mi vista en sus ojos, una tensión recorría todo mi cuerpo, un deseo de hacer algo por lo que estaba cabreada y enfadada en su casa ahora mismo. En el fondo, lo mío con Martina ya estaba muerto, cualquier cosa que hiciese daría ya igual. Sin embargo, seguía pareciéndome deshonesto hacer algo sin haber tenido esa última conversación.

Llegamos a su piso, me acomodé en el sofá y supe que no saldría de él en toda la noche. Bruna me acercó un pijama y aprovechó para ponerse el suyo.

—Gracias. Estás muy sexy —dije bromeando, aunque sonase así, lo pensaba de verdad. Bruna se levantó y desfiló para mí.

—Diseño primavera- verano.

No pude evitar estallar en una risa. En realidad, desde la primera en el burger, no había dejado de reírme con ella.

—Gracias, estás siendo una amiga de verdad.

—No hay de que.

Las dos nos quedamos en silencio. Amigas. Eso era todo lo que éramos. Dos personas que habían coincidido en tiempo sobre el mismo colchón y que ahora habían empezado una amistad. Al revés del mundo.

—Venga, ha sido un día muy raro. Es hora de dormir —dijo finalmente Bruna.

—Sí, tienes razón.

Se acercó a mí para darme un abrazo que acepté con mucho gusto. Sin embargo, cuando se apartó me lancé, dándole un beso en los labios. Noté como Bruna seguía el beso, pero al momento se apartó.

—Es mejor que no, Elba. Hoy no. Mañana podemos arrepentirnos de ello.

—Sí, tienes razón. Lo siento.

—Tranquila. Descansa, ¿vale? Si necesitas algo, llámame.

Bruna se perdió por el pasillo. Me quedé quieta en ese mismo lugar un rato, sin saber qué hacer. Por un momento dudé que Bruna sintiese lo mismo que yo estaba empezando a sentir por ella. Que ahora ya no fuese un juego, ni una noche más. La veía más humana, más íntegra y mucho más sensata que la Bruna de hacía años. Traté de no darle demasiadas vueltas, acostándome en aquel comodísimo sofá, tratando de dormir. Sin embargo, fue una noche horrible donde apenas pegué ojo.

Bruna

Me había costado un triunfo parar ese beso. Quizás era el único que había conseguido frenar sin dejarme llevar por mis instintos más primarios con Elba. En un par de ocasiones me incorporé en la cama, pensando que aún no era tarde para llegar hasta el salón y proseguir con el comienzo que aquel beso traía. Sin embargo, sabía que aquello sería un gran error. Elba acababa de pillar a su novia con otra, estaba dolida y yo no debía aprovecharme de esa situación.

Pensé que habría tiempo de tener una ocasión mejor, aunque la vida ya se encargaba de ir jodiéndome sin cesar. Me dejé caer sobre la almohada y decidí dormir. No era el momento. Esperaba no arrepentirme de la decisión que acababa de tomar, pues las ganas que tenía de ir a donde ella y besarla apasionadamente luchaban duramente con el deseo, de por una vez, hacer las cosas bien, pensando en los demás por encima de mí misma.

Elba

Me desperté con un fuerte dolor de cabeza. Por un segundo no tenía claro dónde me encontraba. La poca luz que se colaba por la ventana del salón me hizo percatarme de que aquella no era mi casa y finalmente la noche anterior sacudió mi cabeza. Pensé en volver a dormirme pero el gran número de llamadas y mensajes me indicaron que debía enfrentarme a aquello. Estaba hecha polvo, aunque en muchas ocasiones, necesitamos llegar a ese punto para poder volver a renacer y empezar de nuevo. Cuando no tienes nada que perder, te atreves a todo.

Fui al baño y abriendo un poco la puerta del cuarto de Bruna observé que ya no estaba en la cama. Deseaba que lo hiciese, saltando sobre ella, despertándola. Avancé por el largo pasillo, llegando a la cocina que tenía la puerta cerrada. Pude ver a través de sus cristales como Bruna estaba cocinando mientras cantaba. Entré sin llamar.

—Joder, qué susto. Estaba concentrada con el estribillo.

—Ya veo, ya. —Me reí—. ¿Tortitas?

—¿Te gustan?

—Me encantan —asentí.

—Pues venga, siéntate y empecemos el sábado con energía. Es día de decisiones.

—Yo las tengo claras, Bruna. No quiero seguir con Martina.

—¿No perdonas lo que has visto?

—No la quiero como debería. —Noté como Bruna asentía mientras colocaba un par de tortitas sobre mi plato.

—Con leche, ¿verdad?

—Oh sí, a veces sueño con los cafés que preparas. —Esta vez fue Bruna quien rio.

—Algo bueno tenía que hacer —soltó con resignación.

—No digas chorradas, haces muchas cosas bien.

—Sí, bueno. ¿Te ha escrito? —Bruna cambió de tema.

—Sí, que está en casa de su madre, lo dudo, y que necesita que hablemos.

—¿Le has contestado?

—Sí, le he dicho que esta noche volvería a casa, que le doy unas semanas para que recoja sus cosas y se vaya con su madre, o con quien quiera.

—¿Así de directa?

—¿Qué quieres?

—No, no. Tienes razón. ¿Y por qué se va ella? —Quiso saber Bruna.

—Porque el piso es mío. Lo compré hace unos meses.

—Sí, entonces es mejor que se vaya ella. ¿Te ha contestado?

—No, acabo de escribirle y he dejado el móvil en el salón. No quiero que me amargue la mañana. Termino de desayunar y me voy, no quiero molestarte más.

—No seas tonta. Yo quería proponerte algo. Me ha escrito Mia, que hoy va hacer sus riquísimos macarrones con carne y Carlos quiere probarlos. Me ha pedido que se quede más tiempo. No sé si ponerle un monumento o una casa en la playa.

—Mejor la casa en la playa, que así te la deja algún fin de semana. —Las dos reímos.

—El caso, ¿me acompañas a comprarle un detalle? Y de paso… —Bruna dudó—, me hablaron hace tiempo de un restaurante fusión… Reservé hace un mes para una persona, acabó de llamar preguntando si podrían ser dos y me han dicho que sin problemas. Me da vergüenza ir sola…

—¿Seguro que es vergüenza? —En el fondo deseaba que todo esto lo estuviese preparando ella.

—Sí. Mucha vergüenza. —Se rio.

—Venga, va. Haré un esfuerzo, tienes suerte de que ese tipo de comida me encante. Aunque pensándolo bien, ¿qué comida no me gusta? —Reímos.

—Menos mal. Después podemos venir a casa, te prepararé un café de los míos, y cuando acabemos, te llevaré a casa —sentenció poniendo sobre mi lado de la mesa un café recién hecho.

—En ese caso, no hay nada más que hablar. Iré contigo.

—Bieeeen —Su voz sonó a triunfo.

Bruna se sentó a mi lado y no pude evitar la sensación de paz apoderándose de mí una vez más. Su presencia me tranquilizaba, su forma de contarme cosas. Me podía acostumbrar a esos desayunos, incluso con Carlos. No me importaba en absoluto aquella idea. Mi cabeza formando planes, momentos, situaciones…

—¿Quieres más?

—¿Qué? —Desperté de mi bonito sueño.

—Que si quieres más tortitas.

—No, gracias. Me reservo para esa fabulosa comida.

Las dos reímos y seguimos charlando mientras mi café se enfriaba con cada sorbo, cada palabra que avanzaba un poco más a conocerla de una forma de la que me era cada vez más difícil de escapar. De un sentimiento que crecía y unas ganas de seguir en ese lugar sin que los

minutos avanzasen para que no se terminase. Bruna, Bruna estaba de nuevo en mi cabeza.

Bruna

El restaurante era muy bueno, me daba rabia no haberlo conocido antes. Una cuidada decoración donde las plantas eran las protagonistas de tan idílica estampa. Empezamos con un tartar de salmón con crujientes de plátano y unas *gyozas* de langostino y verduras.

—¡Madre mía qué bueno está esto! —Soltó Elba mirándome con cara de fascinación.

Seguimos con una selección de *sushi*, perfectamente ejecutado, sabroso y con mucho color. California *rolls*, *nigiri*. Roll de angulas y *gunkan* de huevo trufado. Finalmente unas patatas rellenas de carne guisada que hacían la boca agua y unas carrilleras con arroz trufado.

—Creo que voy a explotar. Hacía tiempo que no comía tan bien, tengo que traer aquí a Melisa.

—¿Melisa?

—Sí, es una compañera con la que me encanta hablar, hemos ido un par de veces a comer juntas y nos hemos prometido repetir. —Mentiría si dijese que el semblante de Elba no cambió. No quería que pensase lo que no era, pero a la vez, me divertía creer que se estaba poniendo celosa.

—¿Te gusta? —Su pregunta me dejó fuera de juego. Tan directa como pocas veces acostumbraba a ser. Quizás los jueguecitos ya cansaban y las dos necesitábamos dejar las cosas claras.

—No, para nada. Me saca unos cuantos años. No tengo nada en contra de la diferencia de edad, pero no es mi tipo y es hetero. Rotundamente no.

—Vale, perdona la pregunta. Me alegraré mucho si encuentras a alguien que te haga feliz. Te lo mereces. Os lo merecéis los dos. —Su mirada se perdió en la copa ya vacía.

No dije nada. Era inútil decirle en ese momento que quería probar, de una vez, a ser feliz a su lado. Conocernos con calma, como ese desayuno en mi casa o la comida que acabábamos de disfrutar. Quería tener cerca a una Elba relajada, donde las dos pudiésemos confiar la una en la otra, como nunca lo habíamos hecho.

—¿Postre? —El camarero nos había sorprendido a las dos tras nuestro largo silencio.

—No, yo no puedo más. Un cortado.

—Yo otro.

Esperé a que se marchase el camarero.

—¿Y el mío? —Pregunté extrañada.

—Creo que será mejor que me vaya ya a casa, prepare todo y organice qué voy a decirle a Martina.

—Está bien. Lo entiendo.

Terminamos los cafés en silencio, todo lo contrario a cómo había estado la comida. No quise agobiarla con preguntas innecesarias, a fin de cuentas aún debía enfrentarse a su todavía novia. Terminamos los cafés mirándonos intensamente. Había tanto que decir, sentimientos tan necesarios de ser expresados, y a la vez, tanto miedo como hacía cuatro años. Sin embargo, esta vez era diferente. Al menos, yo lo sentía así. No dejaría que las oportunidades siguiesen pasando por delante de mi cara sin yo hacer aquello que más anhelaba. Solo necesitaba un poco de tiempo, para Elba, para que ordenase su cabeza y su corazón.

Elba

Bruna me dejó en casa. La despedida había sido rara pero desde el momento en el que Melisa

había salido en la conversación, todas mis inseguridades se habían activado. No estaba en el punto de pedir explicaciones. A fin de cuentas, Bruna solo se había convertido en una buena amiga que me ayudaba y apoyaba en un momento de cambio. Sin embargo, mis sentimientos hacia ella no eran de amistad. Sabía que nos habíamos besado y eso nos alejaba de ser amigas, pero mis miedos se activaban cada vez que recordaba a una Bruna que odiaba el compromiso y solo deseaba divertirse. Sabía que estaba siendo muy injusta con ella, aquella chica ya no existía.

La noche anterior hubiese besado a Bruna, me moría de ganas, y el hecho de su rechazo me había hecho salir espantada sin insistir. A fin de cuentas, Bruna no había sido la persona que mejor me hubiese dejado el autoestima años atrás. En cambio, ahora era una persona diferente. Me costaba creer que fuese la tía que ante el más mínimo sentimiento fuese a escapar. Me sentía a gusto hablando con ella, confiaba más que nunca pero en el fondo sabía que, una vez más, no estábamos en el mejor punto. *¿Cuándo es el momento perfecto para que dos personas se encuentren?*

Me dejé caer sobre el sofá, incapaz de parar de pensar en Bruna. Estaba a punto de tener una desagradable conversación con la que había sido hasta ahora mi pareja, y estaba más preocupada de esa chica de ojos oscuros, que hacía años me había hecho enloquecer. Quizás estuviese ahora aún más loca por ella que entonces.

Martina llegó, cogió un par de cosas mientras una conversación de reproches se cruzaba entre nosotras y sin apenas mirarnos a la cara. Ninguna quería seguir atrapada en esa relación de mierda. Yo llevaba meses luchando por salvar algo que no me hacía feliz, y por sus argumentos, ella estaba en la misma situación. Al final, por aguantar y alargar algo que no tenía solución, habíamos terminado de esa forma. La amistad, durante un largo tiempo, estaba descartada.

Tardó cerca de 30 minutos en llevarse lo imprescindible. Lo demás lo cogería durante el resto de la semana por las mañanas, aprovechando que yo estaría en el colegio. No pude evitar echarme a llorar en cuanto la puerta se cerró. Sin embargo, lo único que deseaba era escribir a Bruna. Sabía que ella tendría el consuelo que yo necesitaba. No consuelo a mi estrenada ruptura, sino al saber que lo que llevaba sintiendo semanas, podría llevarlo a cabo. Un sentimiento de culpabilidad se instauró en mi cuerpo, estaba aliviada por poder liberar lo que sentía por otra persona.

Elba: Ya se ha ido.
Bruna: ¿Estás bien? Bueno, entiéndeme…todo lo bien que se puede estar.
Elba: Sí, ha sido lo mejor.

Dudé en escribir lo que pasaba por mi cabeza, si no lo hacía me arrepentiría.

Elba: ¿Estás en casa de Mia?
Bruna: Sí, acabo de llegar. Le ha encantado el pañuelo. Tienes buen gusto.

Tenía el móvil de Mia. Una larga historia, nada pasional ni tórrido. Estaba en un punto donde debía hacerlo. La llamé, preguntándole si podría quedarse con Carlos esa última noche. Se rio diciendo que sí, que lo hacía encantada. Entre risas me recordó el montón de favores que me debía. Yo no lo sentía así. Mia comenzó siendo la madre de un alumno, pero por cosas de la vida, acabó siendo una amiga, y de las buenas. No se lo había contado a Bruna, aunque no tenía mucha importancia. Le di las gracias unas mil veces. Nos despedimos, y nada más posar el móvil sobre la mesa, un mensaje de Bruna apareció en mi teléfono. Sabía que si yo se lo pedía a Mia, Bruna no se sentiría culpable de dejar a Carlos una noche más con ella, además no tenía la

suficiente confianza como para ello.

Bruna: Mia ha insistido en quedarse con Carlos. Voy a tu casa. ¿Me invitas a cenar?
Elba: Sí.

No podía contestar mucho más. Necesitaba que Bruna viniese a casa, aclarar las cosas y dejar que todo funcionase de una vez por todas. Ahora o nunca.

Bruna

Subí las escaleras de dos en dos, no tenía paciencia ni para esperar al ascensor. Elba abrió la puerta con media sonrisa. Entré en la estancia y sus brazos me rodearon.

—¿Estás bien?

—Me siento liberada. Como si me hubiesen quitado un peso de encima. Llevaba muchos meses dándole vueltas a la decisión, pero no me decidía. Y sí, te contesto a la pregunta que me hiciste hace unas semanas en el gym. Tú y tu beso tuvisteis algo que ver en todo esto.

—Joder, ahora me siento culpable. Parece que lo echo todo a perder —Traté de zafarme de ella. En ese momento me entraron ganas de llorar y escapar de ahí. No quería ser el motivo por el que Elba hubiese acabado así con su novia.

—¿Estás tonta? —Elba me cogió con fuerza, acercándome aún más a ella—. Nosotras no estábamos bien, apareciste en el momento oportuno. Fíjate que cuando te volví a ver no podía soportarte, pero poco a poco me fuiste conquistando. Me he hecho adicta al gimnasio, y no precisamente por las máquinas. —No pude evitar reírme.

—Lo siento. —Una lágrima rodó por mi cara. Aún me sentía pagando los intereses de la mierda de decisiones que había tomado en el pasado.

Elba pasó su mano para retirarme las lágrimas, colándola por detrás de mi cabeza, introduciendo sus dedos con suavidad en mi pelo. Bajó lentamente hasta la nuca y me acercó a sus labios. Un suave beso. Podría decir que lo sentí como la mejor medicina que alguien puede tener ante una situación como esta.

—Me gustas, me gustas demasiado. Y esta vez nos vamos a dejar de tonterías.

Asentí, volviendo a sus labios. En ese momento solo necesitaba que me besase.

Elba

Asentí, retomando sus labios. En ese momento solo necesitaba que me besase.

Bruna llegó como un torbellino, sus besos …Nos perdimos en una noche de pasión, donde las ganas de sentirnos de ese modo eran más fuertes que cualquier otra cosa. No teníamos claro por qué, pero aquel regreso al cuerpo de la una a la otra había sido más intenso y mejor que el de años atrás. Puede que la carga de sentimientos que habitaban en nuestras entrañas hacía que todo se acentuase con mucha más fuerza.

De esta forma, perdidas entre las sábanas y escribiendo nuevos versos de nuestra historia con los pliegues de las sábanas, terminó aquella semana donde al inicio del fin de semana me habían hecho polvo, el cual se recompuso en un tiempo récord para acabar en el mejor polvo de mi existencia. La vida es un conjunto de incongruencias, de sin sentidos, de no entender demasiado y dejarte llevar, encontrando grandes tesoros en esos momentos no planeados. Había hallado en Bruna un bálsamo, el fin de un tiempo pasado totalmente imperfecto. La abracé con aún más fuerza, como si aquel movimiento me acercase más a ella. Noté como su cuerpo se pegaba más a

mí, y como su gesto fue recíproco apretando con sus brazos mis caderas.

Quién me iba a decir a mí que quien me hizo polvo en el pasado, ahora podría estar en ese punto conmigo. Quién mejor que las Tres Nornas para describir todo lo que estaba pasando por mí.

"Deja de hacerme polvo con tus dudas. No es ese polvo el que necesito de ti…deja de hacerme polvo."

CANCIÓN 12: … a fin

Elba

Después de aquel último encuentro con Bruna intenté escapar como ella lo había hecho años atrás. Me podía el miedo a comenzar algo en un fracaso que todavía no se había secado. Digo fracaso aun sabiendo que el fin de mi relación con Martina fue un triunfo en mi vida. Sin embargo, cuando algo no va como planeamos, sobre todo aquellas personas que le damos tantas vueltas a las cosas, pensamos que es un chasco más en nuestra vida.

La paciencia de Bruna me fue acercando a ella, como un gatito asustado que quiere comer, se muere de hambre pero teme acercarse a la mano donde podrá encontrar su alimento preferido. Bruna me gustaba de una forma distinta a las otras personas que habían habitado en las curvas de mi piel. Es imposible catalogar todas las relaciones, y un error compararlas, pero hay latidos que suenan con más fuerza que otros. Etapas de la vida donde te conformas con la paz de una persona que apenas hace ruido a tu lado, y otras donde la vorágine de sentimientos te hacen sentir que estás más viva que nunca.

Bruna

Me atrevo a decir con toda seguridad que la relación que comencé a tener con Elba empezó de cero, forjándose una confianza que no llegamos ni a soñar años atrás. Lo conseguimos hablando mucho, largas conversaciones que llegaban a ocupar nuestras noches juntas. Para tener una relación sana y sincera es necesario tener muchos diálogos incómodos. Notaba el miedo paralizando su cuerpo, pero poco a poco la calma fue llegando a nuestra vida.

Empezamos a vernos con calma, un café, un vino o un paseo por la ciudad. Mia fue nuestra gran salvadora, conocedora de todo y cómplice a la hora de quedarse con Carlos muchos sábados.

Elba y yo acordamos no decirle nada hasta que terminase el curso. Alguna vez llegó a encontrarla en casa, pero lo evitábamos. Estaba siendo un curso muy intenso. Elba, junto con todos sus compañeros, habían conseguido que Carlos estuviese contento en el cole. Mia y su hijo Leo también habían sido un soporte imprescindible. Por fin, parecía que todo se ordenaba. Al menos, yo conseguí dormir más tranquila.

En el trabajo, tal y como Melisa me había anticipado, me dieron un puesto importante. Yo me hice la sorprendida ante el nombramiento y Melisa me abrazó con una sonora carcajada. Más que una jefa, se había convertido en una amiga con la que compartía comidas interminables y confesiones sanadoras. Elba se unió a alguna de ellas. Melisa y ella encajaron a la primera.

Por fin iba encontrando un lugar en este mundo que tanto me había castigado. Ni un solo día dejaba de echar en falta a Marta, el recuerdo imborrable de la mejor persona que había tenido mi vida. A veces hablaba con ella, me enfadaba por no poder tenerla cerca, y le preguntaba si todo había sido un macabro plan desde donde estuviese para que Elba volviese a estar en mi vida. Me reía sola, mirando su foto, dándole un suave beso y durmiéndome sin la ayuda de las dichosas pastillas.

—Marta, te quiero. —Siempre terminaba con esas palabras.

Elba

La relación con Bruna avanzaba con sosiego. Había conseguido sentirme a gusto con ella,

desenquistando los temores del pasado. Cada vez que la miraba me quedaba atontada sus ojos. Era capaz de ver a una Bruna que poco a poco sanaba, que se acercaba a mí calmando mis miedo, en lugar de salir huyendo. Llorábamos juntas y buscábamos el modo de arreglar todos los conflictos que fuesen surgiendo.

Aquella mañana me acordé de Marta, de la conversación que habíamos tenido sobre colegios y cómo yo le acabé aconsejando en el que acabaría dando clase a su hijo. Aún tenía guardada la conversación, la leí con calma con Bruna y terminamos llorando a moco tendido las dos. Era como si Marta nos hubiese tendido un puente para reencontrarnos después de todo lo que había pasado.

—¿Pero no la viste nunca en el cole? —Ya me había hecho esa pregunta mil veces, pero le gustaba volverla a hacer.

—Directamente no, pero creo que una vez sí que la vi. Carlos aún iba a infantil, al edificio se entra por otro lado. Son tantos padres, y yo a Marta tampoco la había visto mucho.

—Es verdad, llevábamos todas una tajada.

—Me sorprendió que me escribiese, pero no te negaré que me hizo ilusión.

—Marta sentía algo bonito hacía ti, como si hubiese visto algo que yo en aquel momento no pude.

—Menos mal que lo has acabado viendo, ¿no?

Bruna me acercó hacia ella dándome un sonoro beso.

—Pues sí, al final me he dado cuenta de que alguien como tú no se puede dejar escapar.

—Anda, calla la boca y prepárame un súper café que tengo mucho que corregir.

—A sus órdenes. Pórtate bien con esos niños, ¿eh?

Salió de la habitación con rumbo a la cocina, no sin antes darme un fuerte abrazo y un largo beso, de esos que te mecen en un rincón de placer y seguridad.

—Te quiero, imbécil.

—Te quiero, idiota —Las dos reímos.

Bruna

Raquel y Melisa me esperaban en la puerta del restaurante. Apagué mi vena fan enloquecida, debía comportarme ante mi artista preferida, al menos estando al lado de mi jefa. Me moría de ganas de contarle a Elba lo que estaba a punto de vivir, me odiaba por ocultárselo, pero sabía que merecería la pena.

—Hola —agité mi mano torpemente.

—¿Ya? —Melisa estalló en una sonora risa.

—Meli, quiero comportarme, no parecer una grupie loca.

—Pareces una pardilla a la que no le interesa estar delante de la mejor vocalista del país —soltó Melisa.

—Haaaaala, te has pasado —Raquel esbozó una larga sonrisa y me abrazó.

Agradecí ese contacto y poco a poco, tomando nuestro primer vino, fui bajando del pedestal a una persona de carne y hueso que había endiosado hasta niveles estratosféricos. Me gustaba escucharlas hablar.

—¿Te contamos un secreto? —preguntó Meli feliz.

—Me muero por saberlo.

—Esta pardilla —Melisa miró a Raquel sonriendo, esta ya sabía de sobra lo que iba a contar

—, fue a un concierto con su compañera de uni. Yo era amiga de Sandra, muy amiga. Aquella noche no quería salir pero la convencí, como hizo Raquel con Julia. Raquel iba a la barra, como nosotras, gritaba como una tarada. Entonces, la escuché decir algo de un grupo. Me metí en la conversación…y hasta ahora.

—¿Qué? ¿Fuiste la culpable de todo? —Pregunté sorprendida.

—De todo. Los primeros ensayos los hacíamos en su casa —aportó Raquel a la convesación.

—Ya ves, todo lo que le pidamos, lo hará, Bruna. No se puede negar, y más, sabiendo que eso te hará muy feliz. Te mereces lo mejor.

Me emocioné. No pude evitar notar como me fue imposible ahogar aquella lágrima que rodó por mi cara. Junto a Elba, era lo más bonito que me había pasado en todos esos meses.

—Gracias, de verdad. Es muy importante lo que vais a hacer por mí, por nosotras.

—Venga, suelta. ¿Qué quieres que hagamos las Tres Nornas? —Preguntó Raquel entusiasmada.

Raquel acercó su mano a la mía, y la apretó. Nunca podré olvidar ese momento.

Elba

Había sido el curso más extraño de mi vida. me había enfrentado a una tutoría que al comienzo había sido un completo desastre, pera poco a poco, la clase se fue encauzando, tratando de integrar a todos mis alumnos y obteniendo resultados más que satisfactorios.

En lo sentimental… del caos de Martina a la paz de Bruna. Un comienzo sobre un final amargo, pero a fin de cuentas, un comienzo. Bruna y yo hacíamos malabares para poder vernos sin hacer que Carlos notase lo que pasaba entre nosotras. Yo tenía ganas de normalizarlo, poderle decir que estábamos juntas. Temía su reacción aunque en realidad, en el fondo sabía que me tenía cariño. Por otra parte, Bruna nunca le había ocultado sus parejas, y con Marta había sido un tema súper normal. Que su tía tuviese novia no le preocupaba en exceso, pero que esta novia fuese su profe... Sin embargo, días antes del concierto, Bruna y yo tuvimos una conversación acerca de todo esto.

—¿Le diremos que somos novias? —pregunté a Bruna mientras estábamos encoscadas en el sofá mientras Carlos había ido a nadar.

—¿Somos novias? —Contestó Bruna sorprendida.

—Hombre, digo yo que sí, ¿no? Llevamos meses conociéndonos, haciendo muchas cosas juntas… —dudé.

—Ya, pero eso es ir sabiendo de la otra persona, no que sea tu novia.

—¿En serio?

—¿Necesitas decir que soy tu novia? Aquí nadie se lo ha pedido oficialmente a la otra —soltó riendo.

—Pues no sé.

Dudé si me hablaba en serio o estaba de broma. El timbre sonó y allí se cortó la conversación que no pude retomar.

He de admitir que surgió un poco de inseguridad en mí, pero a fin de cuentas, me gustaba la relación que teníamos, y ponerle nombre tampoco cambiaría demasiado, ¿verdad?

Bruna

No podía dejar de reír mientras le contaba a Melisa la escena que había tenido con Elba hablando

de si éramos novias o no.

—A ver si ahora que la chica está contigo se va a asustar. ¡Miedo me da!

—¡Qué no pasa nada! Un poco de drama no viene mal. Tengo una ganas de que llegue ya el sábado…

—Yo también me muero de ganas. Raquel dice que va a ser increíble. Saldrá todo bien, ya lo verás.

—Nunca podré agradeceros todo lo que hacéis por mí.

—Tranquila que algo se nos ocurrirá.

***

Acababa de dejar a Carlos en casa de Mia, después recogería a Elba para irnos al concierto. Llegué a su portal y allí estaba ella con cara de circunstancia. Se subió al coche precipitada.

—Bruna, no encuentro las entradas.

—Pero si las tengo yo, te lo dije antes de salir.

—¿De verdad? Dios qué susto, pensaba que las habríamos perdido.

—Por nada del mundo dejo yo que te pierdas el concierto de hoy.

—Será muy chulo, ¿verdad?

—Tengo el presentimiento de que será el mejor concierto de las Tres Nornas que viviremos en nuestra vida.

—¿Sí? Me siento en consonancia con el final de su disco. Un fin de paz y tranquilidad, de estar con la persona adecuada, a pesar de todos los pesares.

—Sí, yo también lo he entendido así, aunque por la mitad del disco pensaba que la historia no terminaría bien.

—Ahora comprendo la portada, la mitad del hilo que está mucho más débil, casi a punto de romperse.

—Claro, como nuestra relación. Parece que habla de nosotras; ¿no? Fuerte en un extremo, a punto de romperse en el medio. Sin embargo, había algo que nos seguía atando, y finalmente fortalecido para anudarse con fuerza.

—Somos muy afortunadas de haber llegado hasta el final.

—Es verdad. —Elba se acercó a mí, dándome un sonoro beso.

El resto del trayecto condujimos con las canciones de fondo. Ambas estábamos muy nerviosas, y eso que Elba no tenía ni idea de lo que iba a pasar.

Elba

Llegamos al concierto. Nos pedimos una cervecita bien fresca y cogimos posición. No estábamos en la primera fila pero bastante cerca, todavía quedaba un rato para que empezase. Bruna estaba especialmente nerviosa. Me divertía verla así, como si fuese su primer concierto.

—¿Tienes ganas de que empiece? —Pregunté.

—Muchas.

Las Tres Nornas aparecieron en el escenario y todos comenzamos a gritar exaltados de alegría. *Euforia* sonó con fuerza:

“Y es que necesito tu cuerpo junto al mío. Cerca, muy cerca, quemándome hasta el último poro de mi piel…”

—¡Son el mejor grupo del mundo! —grité emocionada al terminar su décima canción

Noté que Bruna reía nerviosamente. Las luces se apagaron. Miré a mi lado pero no estaba.

—Bruna, ¿dónde estás? —Pregunté sin respuesta.

—Esta noche para nosotras es muy especial. Tengo el gusto de ayudar a una persona a la que le encanta nuestra música, y por suerte, hoy ha podido venir con la persona que, hace unos años, conoció en uno de nuestros conciertos.

—¿Bruna? —Exclamé al verla al lado de Raquel. Vi como temblaba.

Raquel le entregó el micrófono y Bruna empezó a tartamudear.

—No se me dan especialmente bien estas cosas, de hecho ahora al ver toda esta gente, me estoy cagando. —Risas generalizadas—. Voy a intentar no extenderme mucho e ir al grano. Antes de nada, gracias a vosotras por vuestra música y por dejarme hacer esto. Es una pasada… ¿Elba? ¿Dónde estás? Esta luz…

—Aquí —grité, viendo como todo el mundo me miraba y se formaba un corrillo a mi alrededor. Mis mejillas se pusieron rojas de golpe.

—Lo siento cariño, sé que ahora te apetece matarme, pero no lo hagas. —Risas de nuevo—. Sé que esta relación comenzó y acabó demasiado pronto, pero la vida nos ha dado una segunda oportunidad. Vida que no creí jamás que pudiese permitirme volver a reír, y mira, lo has conseguido. Sé que quiero estar a tu lado. No tengo ninguna duda de ello. Por eso, y sin hacer esto demasiado largo, quiero preguntarte si quieres ser mi novia… Oficialmente, haciendo las cosas bien.

Todo el mundo me miró. Esperaban mi respuesta. Me moría de nervios, estaba bloqueada, sin saber cómo aquello podía estar sucediendo.

—Espera, para crear un poco más de tensión, vamos a dejar que Elba suba al escenario. Por favor, retirad todas las armas, no quisiera que nadie acabase herido —sentenció riendo y guiñando un ojo a Bruna.

La gente se apartó rápidamente. Mis pasos eran lentos, me estaba muriendo de vergüenza, no recordaba haberlo pasado así de mal en mucho tiempo. Me subí al escenario, sintiendo como mis piernas temblaban. Bruna me sonrió y Raquel me dio el micro.

—Espera a que lleguemos a casa…bueno, al coche. —Todo el mundo empezó a reírse—. No, no pienso matarla, hay demasiados testigos. —Miré a Bruna, estaba preciosa—. ¿Cómo no voy a querer ser tu novia, atontada? Claro, claro que sí. Quiero que esto salga bien y podamos ser felices los tres. —Miré al público, creyendo que les debía una explicación. Mis nervios me dominaban—. Bruna se encarga de su sobrino, un niño precioso al que quiero, ahora que no me oye nadie, más que a ella. Ella es la persona más generosa y amable con la que he podido estar. Hace unos años era una imbécil integral, pero ahora la quiero con locura. Es el amor de mi vida. —La miré y noté como una lágrima caía por su cara. Oí vítores y aplauses. Me acerqué a ella y la abracé. Bruna me separó y nos dimos un beso. La gente se volvió loca. Todos celebraban nuestro amor.

El concierto terminó y Las Tres Nornas nos invitaron a entrar en su camerino. Celebramos con ellas el noviazgo, la hazaña que llevaba un largo recorrido de planeamiento, disfrutamos de una noche perfecta. Un círculo empezado por ellas hace años en un concierto, se cerraba de una forma muy bonita tiempo después en otro. La música había ganado, al igual que nuestro amor. Bruna y yo estábamos juntas, queriéndonos y haciéndonos felices.

Bruna

Aquella noche, a pesar de los nervios, me sentí muy afortunada. Elba era como mi canción preferida, el momento justo donde vas a dejarte la piel cantando aquellas letras, que da igual el tiempo que pase, que no se te olvidan. Era esa bocanada de aire que te cambia el estado de ánimo mientras pronuncias esas palabras acompañadas de una música que es capaz de cambiar tu estado de ánimo. Y cuando tienes algo así, ¿cómo lo vas a dejar escapar? Ni de broma.

Tres años después

Uno de los mayores riesgos de hacer un gran evento en el norte es que las posibilidades de que llueva aumentan considerablemente. Pensar que hacer algo en junio, o incluso julio, te asegura un brillante sol es un gran error. En aquella tarde de abril se asumía un gran riesgo, pero era la mejor fecha para concentrar a todas las personas que querían las protagonistas de esta historia. El tiempo aguantaba, pero el sol seguía sin aparecer.

Una gran carpa había sido la mejor idea ante una posible amenaza de lluvia, e incluso si aquel día le daba por calentar más de lo que estaban acostumbrados. Todo el mundo estaba esperando a que comenzase el evento. Bruna vestía un traje color camel de chaqueta y pantalón con una fina camisa debajo. En ningún momento estuvo entre sus planes escoger un vestido. Con aquel atuendo se sentía segura, totalmente ella. Su madre llevaba un vestido azul claro con una pamela a juego con su atuendo. Las amigas de Coruña de Bruna se sentaban en las primeras filas, acompañando a su madre y al pequeño Carlos. Había pegado un gran estirón. Se había dejado el pelo un poco más largo de lo que acostumbrada, y estaba guapísimo. Llevaba un traje con pajarita que le hacía parecer más mayor de lo que era. Se acercó a su tía y le dio un beso.

—Me hace muy feliz verte sonreír así. Te quiero, tía.

Bruna ahogó una lágrima dándole un fuerte abrazo. Pensó en Marta y su cuñado. Ellos estarían junto a su madre, felices de ver como por fin había sentado cabeza. Atrás quedaban los años de idas y venidas con chicas a las que no daban ninguna opción. Sonrió un vez más al mirar a su sobrino, estaba orgullosa de él, cada vez se parecía más a su hermana en todos los aspectos. También estaba orgullosa de sí misma, consiguiendo que los dos saliesen adelante, a pesar de esa pena infinita que se había instaurado en los surcos de sus ojos para acompañarlos, pero no torturarlos, el resto de su vida.

Todo el mundo comenzó a cuchichear, la novia se acercaba. Bruna se ajustó una vez más la chaqueta. No podía soportar los nervios de verla aparecer por el pasillo. Era la mujer que quería tener a su lado el resto de su vida. No titubeaba ni un ápice en formular tal afirmación. Ellas pasarían juntas el tiempo que la vida les regalase. Mientras sonaba una canción suavemente, Elba empezó a avanzar por el pasillo. Bruna imaginó que sus mejillas ya estarían rojas, apenas se notaba por el maquillaje. Elba sonreía saludando a todo el mundo. Sus padres, sus hermanos, todas sus amigas, compañeras del colegio…La boda era algo más grande de lo que imaginaron cuando comenzaron a planearla. Sin embargo, estaba todo el mundo que tenía que acompañarlas en tan importante fecha.

Elba llegó al lado de Bruna. Esta no pudo aguantarlo y le dio un suave beso en la mejilla.

—Estás preciosa.

—Tú también, cariño.

La ceremonia comenzó mientras todo el mundo escuchaba atentamente. Un par de discursos de familiares y amigos y el esperado momento.

—Sí quiero —dijo Bruna con decisión.

—Sí quiero —contestó Elba con una sonrisa.

Ambas, unidas en matrimonio. Un derecho que tanto sudor y lágrimas había costado en el

pasado, ahora era un acto que tan felices hacía a muchas parejas que, en igualdad, podían sellar su amor. Bruna y Elba se dieron un beso y todo el mundo estalló de felicidad.

—Ahora, ¡que empiece la fiesta! —Gritó una amiga de Bruna.

Unas gaitas sonaron, acompañando a las novias hasta donde se celebraba la fiesta. Mesas sencillas con detalles florales: hortensias, lavanda, paniculatas, narcisos y peonía con un halo de romanticismo, adornaban las mesas. Un picoteo y bebida para todos. Un brindis donde se deseaba un largo y feliz matrimonio y por fin el momento de sentarse a cenar. La gente se arremolinaba, sonriendo, junto a un panel donde había diferentes discos con los títulos de las canciones preferidas de ambas de las Tres Nornas. Era su forma de sentir que estaban cerca en un día tan especial. A fin de cuentas, eran las culpables de que ese día se estuviesen declarando amor eterno.

Todo el mundo comía y disfrutaba de la boda. El menú había sido una fusión astur-gallega, donde no podían faltar los vinos típicos y la sidra. Besos, abrazos, alegría de ver como dos personas tan importantes para muchos de ellos unían sus vidas.

—Chicas, enhorabuena. No sabéis lo feliz que me hace vuestra boda. Os deseo un futuro muy dichoso. —Melisa se había acercado para darles un sonoro beso y un fuerte abrazo.

—Gracias, Mel. Qué bien que hayas podido venir.

—No me perdería esto por nada del mundo. Tengo un regalo.

Melisa sacó su móvil del bolso y les puso un video donde Las Tres Nornas les felicitaban por la boda y se disculpaban por no poder estar. Habían sido invitadas, pues era la ilusión de ambas, pero comenzaban una pequeña gira por Latinoamérica y no habían podido desplazarse.

—¡Qué guay! Dale las gracias de nuestra parte. Nos ha hecho mucha ilusión —dijo Elba.

–Hecho. Ahora os tengo que dejar, no me debía haber levantado, pero me moría por saludaros. Luego os veo.

Melisa se sentó y la tarta salió para que ambas la pudiesen cortar. Postre, chupitos, y risas. Las risas cada vez eran más sonoras. Llegó el momento lágrimas donde las amigas de ambas habían hecho un video para recordar momentos especiales. Marta apareció en las fotos y los pañuelos volaron recordándoles. Al final, risas entre lágrimas y nostalgia con alegría. La luz se encendió y Bruna cogió el micro.

—Gracias a todos por estar con nosotros. Para nosotras es muy importante este día. Elba y yo no estamos preparadas para un baile, lo sentimos pero nuestros dos pies son izquierdos. —Todo el mundo rio—. Sin embargo, y para suplir esta carencia, tenéis una increíble barra libre y un DJ que os amenizará la fiesta hasta muy entrada la noche. Podéis disfrutar, con moderación.

Bruna soltó el micro pero la luz se apagó de golpe. Nadie entendía nada. De pronto, unos grandes focos alumbraron el escenario donde debería aparecer el DJ.

—¿Qué pasa? —Preguntó Elba.

—No tengo ni idea, debe de haber un fallo en la electricidad.

El foco del medio se movió ligeramente apuntando al centro y Las Tres Nornas aparecieron. La gente enmudeció. Julia y Sandra se colocaron en sus puestos. Lanzaron un beso a las recién casadas que todavía no habían quitado su cara de asombro al verlas aparecer. Raquel salió un instante después y la gente no pudo evitar gritar de alegría.

—Buenas noches a todos. Chicas, enhorabuena. Por nada del mundo nos perderíamos esta boda. Sabéis lo especial que es vuestra historia para nosotras, y lo feliz que nos hace saber que nuestra música ha sido capaz de conseguir algo así —dijo señalando a Bruna y Elba—. ¡Qué viva el amor! —Todos vitorearon—. Nosotras os hemos traído un regalo que esperamos os guste. Cuando nos enteramos de vuestra boda, no pudimos evitar sentir algo mágico por dentro… —

Raquel dudó—. No me quiero liar, ahora veréis lo que hemos hecho. Os deseamos mucha felicidad, tanto como la que regaláis vosotras a todas las personas que os tienen cerca. Por muchos años de Elba y Bruna. Aquí está vuestro regalo.

La luz se desvaneció y el bajo comenzó a sonar ligeramente. La batería, con unos ligeros golpecitos, marcó el ritmo. La dulce voz de Raquel marco el inicio:

"Perdidas en el cosmos, como dos asteroides, marcadas por la fila 5, dos chicas … del concierto al desconcierto."

Una letra pegadiza con un estribillo que se repetía dejando claro que aquella relación había comenzado en el mismo instante en la que aquellas dos chicas habían coincidido en el concierto de su grupo preferido. Cómo un concierto podía cambiar su vida, las idas y venidas, las buenas o malas decisiones o las ganas de una nueva casualidad que las quiso unir de nuevo.

Elba y Bruna emocionadas, fundidas en un abrazo, tarareando aquella canción que hacía que las lágrimas se asomasen por sus ojos. Felices de estar rodeadas de tantas personas mientras todo el mundo tarareaba la frase que resumía su historia de amor.

"…del concierto al desconcierto…"

Agradecimientos

Gracias por llegar al final.

Antes de que abandones esta novela en un rincón, quiero decirte un par de cosas. Muchas de las personas que escribimos este tipo de novelas nos dedicamos a algo que nada tiene que ver con el mundo literario. No vivimos de escribir, aunque apuesto que muchas desearíamos hacerlo. Por eso, ¿cómo sabemos si nuestra obra os ha llegado? A través de las críticas, tanto positivas como constructivas. Si nadie nos da su opinión sobre lo que hemos escrito, pensaremos que no sirve para nada y dejaremos de hacerlo.

Si has reído, llorado, odiado o disfrutado la novela y nos lo haces saber, eso nos impulsará a seguir escribiendo y creando más personajes que puedan ayudar a más gente. Otra forma de contribuir con el autor, si te ha gustado, es comprando la novela, si es que la has leído pirata. Escribir, corregir y maquetar una novela como la que acabas de leer lleva mucho tiempo, en el que nos dedicamos en cuerpo y alma con mucha ilusión, dejando de lado otras muchas cosas que podríamos hacer en ese tiempo libre. Por eso, si detectas algún error en la novela, antes de poner el grito en el cielo, recuerda que no hay ninguna editorial ni un equipo que ayude a corregir, salvo alguna amiga que también tiene su trabajo. Si me quieres ayudar tú también, puedes mandarme una foto del error y yo lo corregiré. Gracias.

¿Te ha gustado? Apoya con una crítica en Amazon, una recomendación o un mensaje con tus impresiones. Tienes varias vías para contactar conmigo:

Twitter: @hydrarosis

Facebook: Hydra Rosis

Email: hydrarosis@gmail.com

Hashtag #cabecitadegolondrina

Si es la primera cosa que lees mía, recuerda que tengo dos libros más. Podrás encontrarlos en Amazon:

https://www.amazon.es/Hydra-Rosis/e/B07BQHJ5KF/ref=dp_byline_cont_ebooks_1

El primero fue “Buscando tu aprobado”.
El segundo “Amores con sentidos”.
El tercero "Cabecita de golondrina"

Y por último, volver a agradecerte todo el apoyo por contribuir a que la literatura de estas características pueda tener un hueco en el panorama literario de hoy en día. Sin tu ayuda, sería imposible seguir creando.